

Entonces lo matan...

(Del asesinato del gobernador potosino, don Julián de los Reyes)

Jesús Motilla Martínez



Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 2001

Diseño y formación

Carlos Felipe Lobato Moreno

Corrección de estilo

José de Jesús Rivera Espinosa

Fotografías

Rafael Morales Bocardo

Derechos reservados *hy*

© Jesús Motilla Martínez

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí

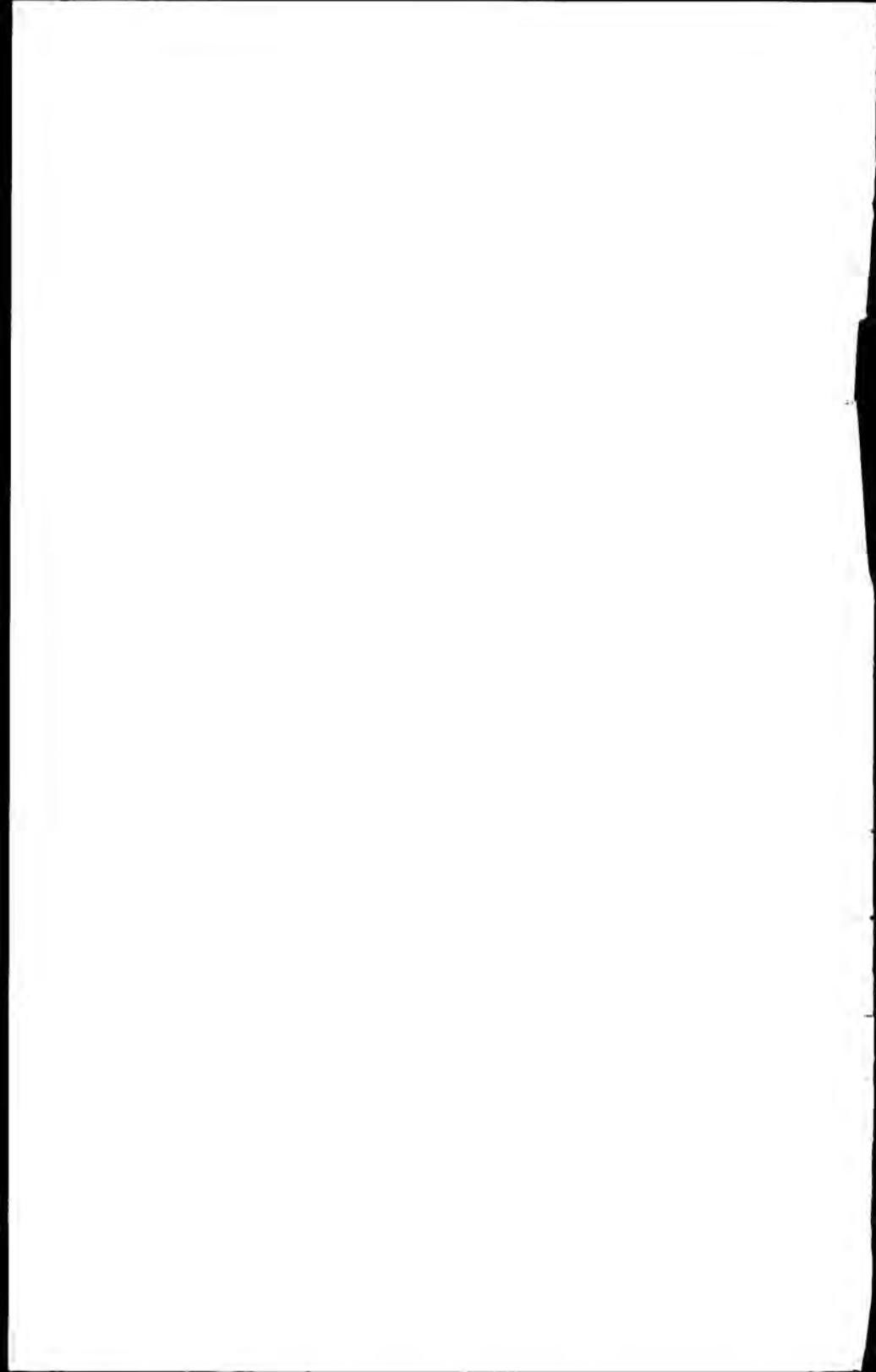
ISBN 968-7674-96-2

0743-00152-A0226

Entonces lo matan...

(Del asesinato del gobernador potosino, don Julián de los Reyes)

Jesús Motilla Martínez



Arriba el telón

Casi le arrancaba el brazo. La mujer, no caminaba, corría disimulando su nerviosismo y en su prisa, tiraba del chiquillo, como si se tratara de un bulto estorboso.

Aquél, quien aparentemente poco entendía de la urgencia de esa sirvienta, su niñera, molesto se resistía, diciendo: *—María no corra, me lastima—* increpándola por esos jalones.

—¿Qué es lo que quiere el señorito?— exclamó con desprecio aquella mujer del pueblo, que ese día precisamente esperaba cambiara su vida.

—¿Qué que quiero?— volvió a enfrentarse el niño. *—Quiero, primero que no me arrastre. Ya me cansé; usted, mis hermanos, el maestro; todos me jualan, empujan y no me sueltan. Eso es lo que quiero y después, que vea a su novio y me deje en paz, aunque sea por un ratito—* y continuó el niño, casi ordenando: *—Usted lo ve, se aleja de mi y yo juego un rato en el paseo de Guadalupe; junto a La Caja del Agua. ¿Qué le parece?—* y se quedó mirando a ella fijamente, urgiendo una respuesta.

—¿Cuál novio? Es mi primo— se defendía la mujer, pero la idea no le disgustó. Después de todo, se le facilitaban las cosas; temía estar embarazada y de no arreglarse el asunto, hasta el trabajo perdería.

—¿Entonces?— insistió el niño.



—*Está bien, pero cuidadito y que su señora madre se entere; juegue prometiéndome portarse bien. Al rato paso por usted, ¿qué le parece?*—

La mujer soltó la mano del chiquillo y éste, liberado, corrió hacia La Caja del Agua, *La Conservera*, como muchos la conocían.

Atrás del niño que entonces corría, pero por gusto y con libertad, la imponente construcción del templo y hospicio de Nuestra Señora de la Merced Redención de Cautivos, de la Ciudad de San Luis Potosí. El día, 8 de enero de 1853.

Mientras tanto, el taciturno fray Juan, desde una de las ventanas del hospicio, en el segundo piso, no dio importancia a aquel chiquillo que corría, mientras su niñera hacía lo mismo, pero en sentido opuesto. Comendador de esa su iglesia, sus pensamientos y reflexiones iban más allá de un paisaje que, a fuerza de serle familiar, poco le sorprendía.

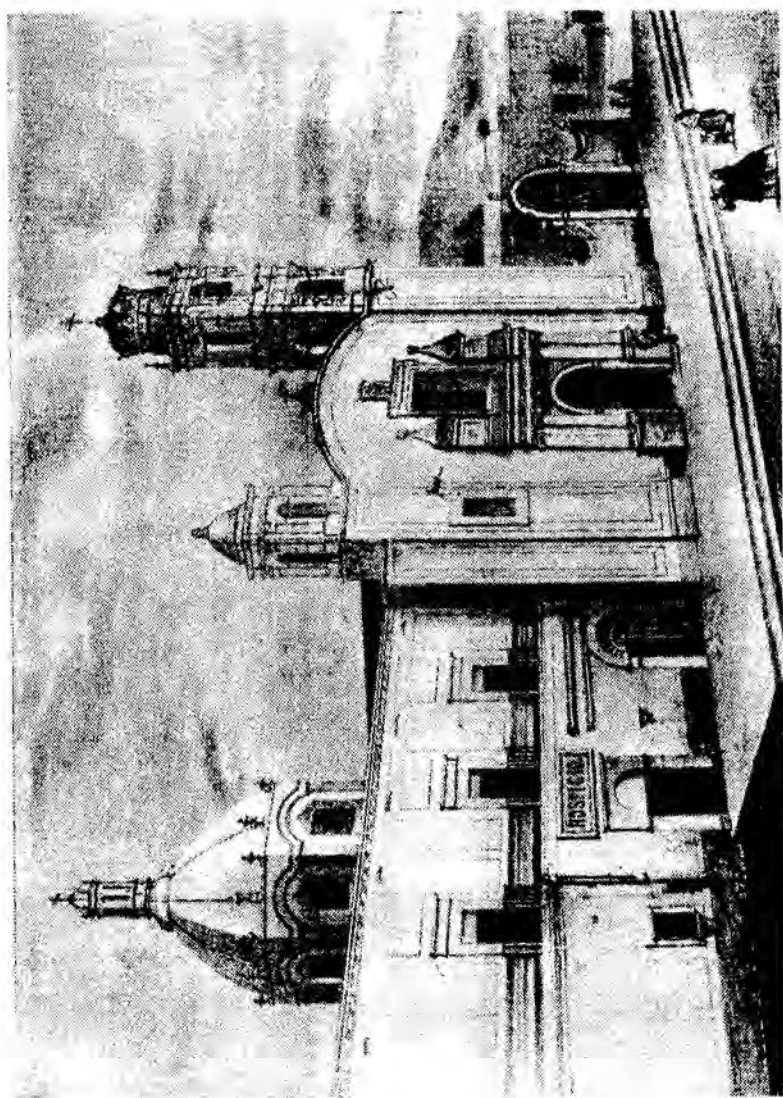
Tenía el fraile tareas más importantes, e incluso se atrevió, más allá de sus obligaciones, a plantear los por qué y las razones de los políticos del lugar, como aquello a propósito de las enemistades del señor gobernador don Julián de los Reyes, quien habiendo tenido en su contra a algunos prominentes catedráticos del Guadalupano Josefino, propició un decreto que a muchos disgustó, porque autorizaba que la institución educativa se entregara, y quedara bajo el control del obispo de Michoacán.

Frente al impotente templo, cerca de su puerta principal, una pareja discutía.

—*Mería . .*

—*¿Entonces?*— No le preguntaba; suplicaba. El la miró y nada dijo. Dio media vuelta, para evitar verle la cara y arrepentirse. Era casado; la había engañado.





Convento de la Merced. De una litografía de la época (S. XIX)

Ella se inquietó, pero petrificada, ni sus lágrimas querían salir. Vio simplemente cómo se alejaba aquel que le quitó el sueño; que la hizo mujer y que en su ingenuidad, pensó que hasta cambiaría su vida. Ya no corrió; dejó de estar nerviosa. Después de todo, debía regresar por el señorito, *—no fuera a ser—* se dijo— ya bastante malo había sido el día.

El grupo se dividió en el cruce de San Ramón con Arenal; unos rodearían el Convento de la Merced; el resto, pasando por la Garita de México, llegarían primero a la Caja del Agua. La suerte estaba echada; no había marcha atrás.

Corceles y jinetes, cronometrados, se desplazaban rompiendo la serenidad de una tranquila tarde provinciana; de fresco atardecer, del paseo de aquellos que deseando disfrutar del sano esparcimiento, que es caminar charlando, rompían su rutina.

El golpeteo de los cascos de los caballos sobre el empedrado se hizo cada vez más fuerte, incluso llegó un momento en que fue ensordecedor.

Todo fue tan rápido.

—¡Viva Jalisco; viva Jalisco!—, fue lo que alcanzó a oír el niño.

Desde el mercado algunos comerciantes incrédulos de lo que presenciaban, no daban crédito *—no puede ser—* se decían, *no puede ser...*

María, la niñera, presintiendo peligro, comenzó a correr, *—el niño, el niño—* se dijo, sofocada por el esfuerzo. Fue cuando empezó a llorar, prometiéndose, que aún sin padre, conservaría al fruto de sus entrañas. ¡Sí, estaba embarazada!; ese día cambió su vida.

El niño no entendía, sólo vio aquel correr de caballos; ruidosos caballos que dejaron tras de sí polvo, desconcierto y, en algunos testigos, un sentimiento de impotencia así como de coraje reprimido.





Caja del Agua

Río revuelto, ganancia de pescadores _____

Era cruel verdad (*así lo reflexionaba don Manuel*), que los acontecimientos tuvieran a todo mundo confusos. Actuar con decisión y rápidamente era imperativo; hacerlo, además, con habilidad, so pena de perder todo.

El temido terrateniente y jefe político de la región, se veía como protagonista forzado; como uno de los actores principales de la tragedia. Cambiaban los tiempos y él, en lugar de escapar de las situaciones, se encadenaba a ellas día a día, entrampándose en un destino ingrato; a un no muy promisorio e incierto futuro.

En efecto, el país se desmoronaba; se perdía irremediablemente en una lucha fratricida, o producto, entre otras causas de la codicia norteamericana, que se había convertido en una reciente guerra perdida. Fuerzas ideológicas encontradas de todo tipo, provocaban el caos que todo lo dividía: opiniones, familias, fortunas y patrimonios; amistades, e incluso a las conciencias y él, don Manuel, uno de los obligados jefes del lugar, el señor político, señor prefecto del Departamento de Ríoverde, en lugar de escapar, seguía irremediablemente involucrado en esa maraña de intrigas, traiciones y sucios pactos, respetados por necesidad temporal.

Confuso vivía y observaba que como él, aunque no lo aceptaran sus familiares cercanos, todos ellos grandes terratenientes de estirpe, para muchos caciquil, también se manifestaban inseguros.

Manuel ignoraba a ciencia cierta qué quería; qué causa o bandera defendía. De hecho, le parecía estar fuera de lugar y por ello, a ratos fantaseaba pensando en otra situación, en diferente tiempo; dueño de otros bienes, e incluso de apellido distinto. Pero también reaccionaba justificando lo que hacía; después de todo, se trataba de defender lo heredado; de luchar por el orgullo familiar, de ser protagonista de las soluciones urgentes del Estado y del país, pero estaba cansado, muy agotado; irritado consigo mismo y con los demás; agobiado por ese peso cruel, que la circunstancia de su destino le había impuesto.

¿Cómo o por qué había empezado aquello?

Primero, el Eleuterio; aquel rebelde con el que por necesidad o necesidad, tuvo que pactar y a quien poco a poco —así lo pensó— fue dominando, hasta utilizarle y manipularlo.

Después Eulogio; Eulogio Andrés, mejor conocido como el *Amito*, peor que el anterior; asesino desalmado y harto cruel. ¡Par de bribones!. Ambos se habían cruzado por su camino. ¡Qué paradoja!, tratar como iguales y por necesidad de circunstancias, a quienes no eran de su clase social. Pero en fin, para sus propósitos, a veces inconfesables, le habían sido útiles; pero, icarajo!, la factura que cada uno de ellos había pasado era alta y la estaba, contra su voluntad, pagando con intereses.

Manuel, para reposo de su conciencia, se engañaba; se justificaba y en descarga de sus pecados, se repetía que todo era por “La Causa”; su causa. Pero ¿cuál era esa misión, esa válida razón para actuar como lo estaba haciendo? Definitivamente no era la causa social que decía Eleuterio defender, aunque



se hubiera cobijado en ella. Incluso, con cierta ironía le satisfacía recordar, cómo logró convencer a varios con el famoso *Plan Político y Eminentemente Social*, que redactó para aquél guerrillero, buscando así el puente de la reconciliación con el gobierno en turno y cómo, su interés personal, que originalmente fue la protección a ultranza de sus bienes y los de la familia, gran herencia que había de cuidar sucediera lo que sucediera, lo habían convertido en una *eminencia gris*; en un operador político, en —caramba— un paladín e ideológico y falso profeta de los desposeídos, siendo como lo era, un vil explotador de los mismos.

También recordó aquel primer encuentro, cara a cara, con Eleuterio Quiroz,¹ el para muchos feroz guerrillero. Lo reconstruyó en su memoria: su altura, lo grueso de su cuerpo y sobre todo, la crueldad de sus pequeños ojos de penetrante mirada que a muchos imponía. Su voz, a ratos fastidiosa; sus enojos, e incluso su ingenuidad. Todo un caso. Manuel aceptó —muy a su pesar— haberle tenido al principio miedo, mucho miedo; pero también, orgulloso, pensó que pudo más su inteligencia, venciendo ese temor, esa cobardía que no podía darse el lujo de aceptar, porque ello implicaría debilidad y el débil siempre, siempre irremediablemente pierde.

Hizo remembranza de cómo pudo más su ingenio, habilidades e inteligencia, contra aquel indio, a quien fue convirtiendo en su escudo. Pudo, en fin, más él y no el otro, no obstante su fuerza, carisma y poder de guerrillero. Manuel se regocijó —porque los triunfos pasados dan esa legítima satisfacción— de cómo persuadió a Eleuterio para negociar con las autoridades federales y cómo —pobre tonto— aquel memorable 6 de diciembre de 1849, descansó, liberándose de aquel rebelde, quien para esas fechas estorbaba y para nada servía a *La Causa* y motivos personales, ni al proyecto que entonces había comprometido con sus amigos y hermanos; con su cofradía, con

su grupo de secretos propósitos. —*¡Qué bueno que fusilaron al tonto de Eleuterio!; un enemigo menos.*

Se le concedía entonces, sentarse y ver pasar rumbo al cementerio, a quienes se oponían al proyecto; su proyecto. Pero la lucha no había terminado; por eso la urgencia de actuar y hacer lo que se tuviera que hacer, y pronto.

Se serenó —esos monólogos internos le agotaban— y dejando de cavilar se acercó a la gran mesa de mezquite que utilizaba como escritorio, que era tosca y antigua, fuerte y bien hecha como su árbol genealógico; cerró el libro donde diariamente como un ritual, no sólo registraba de mano propia su contabilidad, sino su apego forzado a esos bienes materiales que lo hacían aparentemente poderoso, pero tristemente no un hombre libre.

Se encaminó a la ventana, desde la que pudo observar el gran jardín, lugar preferido de su hogar que mucho le hacía recordar su niñez, y que colindaba con la calle principal y, atraído por algo no explicable, pudo observar que a lo lejos, frente a su gran y señorial propiedad, estaba ella. Aquella extraña mujer que un día —no lo recordaba con certeza— se le metió en su cabeza; en sus entrañas, en todo su ser.

Disfrutó de ella; de su imagen, como si fuera parte de su propiedad; lo hizo conscientemente, porque además se trataba de una real hembra de esbelta y espigada figura; de edad no precisa; de largos cabellos, de andar cadencioso, ademanes libres y tan, tan espontáneos. Ella, aquella mujer, que no necesariamente dama sino hija del pueblo, había llegado al lugar y a su vida, tan de pronto, tan rápido, tan silente y de la que ni siquiera conocía antecedentes; mucho menos su nombre.

Alguien entró a la habitación; se distrajo.

—*Manuel, Manuel buen amigo; espero no interrumpirte.*

Quien llegó era Miguel, cuya voz lo regresó abruptamente a la realidad; a esa tarea impuesta, en la que varios que se decían hermanos estaban comprometidos y él, don Manuel, hasta el cuello.

Inconscientemente, resultado de un reflejo, sacó del chaleco el reloj de oro; herencia del abuelo al nieto preferido, que como amuleto formaba parte integrante de toda su vestimenta; se dio cuenta de la hora y dirigiéndose a quien lo había interrumpido de esa distracción hacia lo femenino, que por un momento lo había liberado de sus amarguras y resentimientos, le ordenó - porque para ello había sido educado; para mandar -, con esa voz pesada y segura: - *Siéntese Miguel; lo esperaba más tarde, pero en fin, qué se le hace. Dígo, no perdamos tiempo, ¿asistirán todos?, ¿confirmó usted?*

Miguel, el bueno de Miguel, conocedor del mal humor de Manuel, de quien se decía amigo y a quien tuteaba, aunque él le hablara de usted, lacónicamente contestó: - *Sí Manuel; confirmaron su asistencia. Después de todo, se trata de apoyarte; de respaldar "La Causa", de luchar por el proyecto. Vendrán todos, incluso don José Rundo y don Ignacio Gama.*

Horas más tarde, en el mismo lugar, y bajo el manto de la noche perfumada por ese singular y penetrante olor de hojas de naranjo y humedad, el grupo se reunió. Personajes involucrados que por un pacto no escrito y por ello de más peso, se habían comprometido.

Algunos de los integrantes de esa singular hermandad, denominada Directorio - que no todos - se habían identificado bajo el pretexto de preservar el regionalismo; un supuesto compromiso político justificaba su común afinidad, pero la verdad radicaba en intereses creados, algunos ciertamente inconfesables.

Otros, los más, poco a poco se habían integrado alrededor del que reconocían como su jefe: don Manuel. Hacerlo

había resultado más fácil, que propiciar una enemistad. De hecho, ese era el juego, lograr una identificación con el grupo de notables del lugar, fortaleciéndose de esa manera una extraña trama de lazos diversos, ya familiares o de negocios compartidos, que provocaban en ese actuar en equipo, una segura protección; de hecho, afiliarse al grupo, era un deber; un demostrar solidaridad de clase, o visto desde otro enfoque más práctico, sentirse dentro y no excluido, ya que ser parte del Directorio implicaba la aceptación de los poderosos, además de convertirse en uno más de ellos. Así, se sobrevivía, integrándose a esa hermandad privilegiada. Pero, como nada es gratis, se pagaba por ese beneficio, y el precio aunque alto, retribuía futuras expectativas; a corto plazo, protección asegurada, fingiéndose una lealtad nada auténtica, pero en verdad, dados los tiempos y circunstancias, conveniente e incluso necesaria.

Por otra parte y como ingrediente justificador, la figura de don Manuel fue fortaleciéndose, dado su aparente carisma y poder de convocatoria. Junto con sus primos, era líder indiscutible; era y cada día más se le reconocía, el poderoso señor a quien nadie se atrevería a enfrentar, toda vez que no solamente era testarudo, sino también inteligente, además de empezar a ser económicamente poderoso. Su recia personalidad no estaba en duda; era valor entendido. Subyugaba; dominaba sólo con la mirada, o el aplomo de su potente voz. Era prototipo de aquellos que nacieron para mandar, pero respaldados en el miedo; no por el respeto.

Lo que don Manuel decía u opinaba; lo que recomendaba o reprobaba, era ley suprema; de ahí que todo aquel que en mal momento se enfrentaba a él, se convertía de golpe en su enemigo mortal. Por eso, pocos se atrevían a contradecirlo o a manifestar duda o reserva respecto de sus opiniones u órdenes; éstas, irremediamente tenían que ser cumplidas y, además, prontamente.

Por lo dicho, don Manuel era jefe, cacique, señor de horca y cuchillo. Era indiscutible; autoridad dentro e incluso fuera de su territorio. Temido y respetado, poco a poco su fama llegó a la capital del Estado, e incluso al mismo gobierno federal. Así, fortalecido como un mito, lo que hiciera o dejara de hacer, era motivo del análisis de aquellos que no comulgaban con sus ideas, o acciones, y si bien muchos lo respetaban, otros fueron convirtiéndose en sus detractores, cual fue el caso del propio gobernador, a quien poco gustó que de aparente amistad y promesas de respaldo, en los hechos se viera atacado por aquél cacique, que ganaba rápidamente terreno político.

En efecto, don Manuel un día era rebelde, otro gobiernista.

Por lo indicado don Manuel no admitía oposición a sus ideas; se consideraba obligadamente responsable del grupo que lo respaldaba, pero egocéntrico, impedía recibir consejos, desarrollando habilidades importantes para desanimar, apabullar, criticar y censurar aún a los bien intencionados. En efecto, su fuerza era múltiple, aunque a simple vista su físico no ayudara. Quizás algo especial era lo fuerte de su mirada; nadie, o pocos se atrevían a sostenerla. También, como se dijo, le ayudaba el grave tono de voz que poseía y la seguridad en sus afirmaciones, así como el uso o abuso de palabras especiales y frases de contundencia, siempre oportunas y adecuadas a la circunstancia. Su mismo silencio era su aliado, ya que reprobador, a muchos imponía o dejaba al menos, incómodos. Su ironía y velocidad de pensamiento, eran también recursos bien manejados, usando esos talentos con facilidad, sin esfuerzo.

De carácter fuerte; sin embargo nunca se mostraba pendenciero ni amenazador; simplemente daba el golpe; golpes bajos, sucios y directos. No hería; destruía. Firme y retador disminuía a sus adversarios con habilidad y rapidez, especial-

mente si éstos se atrevían y lo enfrentaban y más, cuando era en público, situación que consideraba imperdonable. Así, cruel cuando se requería, también si fuera el caso, mostraba su faz de sentimientos, variando con rapidez estados de ánimo que a todos confundían. De la melancolía y pesimismo, pasaba a la hiperacción y al entusiasmo desbordado, para sumirse en silencios prolongados y supuestas meditaciones no compartidas.

Contradictorio, le distinguía lo refinado de su trato. Diplomático nato, era caballero cuando se requería, pero cuando perdía el control, se tornaba hipócrita y doble. Ese era don Manuel.

Hábil polemista de lenguaje contrastante, pasaba de la frase refinada, al uso de palabras malsonantes; combatía con todo, incluso con la pluma, con la instrucción que no le faltaba aunque tuviera muchas faltas de ortografía y con la fuerza que le daba su carismática personalidad. Había, especialmente en los últimos años, descubierto otra fuerza que pronto empezó a explotar: la *comunicación escrita*, lenguaje ceremonioso, directo, previamente estructurado. Así, ganaban batallas, especialmente en el campo político. De lo que se trataba era dar sentido a sus consideraciones, imponiéndolas; su punto de vista quedaría entonces asegurado, sobre todo y a pesar de todos.

Era este personaje de esa raza, de esa clase de hombres singulares que merecen los que lo rodean; los que dicen respetarles, aunque los odien. De esa raza de dictadores, caciques y lobos con piel de oveja que tanto abundan y distinguen en todas las historias, de todos los lugares y todos los tiempos. De hombres que aprovechan actuar con la razón; no con el corazón, porque se duda que lo tengan. De fuertes y crueles; de viscerales, de ídolos que aunque de barro, son temidos.

Manuel, que no don Manuel, era entonces lo que necesitaban los demás; sin embargo, producto de y para su tiem-

po, era como cualquiera, ya que también debilidades escondidas formaban parte de su especial y enigmática personalidad. Era en realidad un pobre diablo; una máscara que asustaba, sobre una cara muy diferente, la de uno de tantos.

Esa noche se habló en la reunión; se discutió. Se escuchó bastante a quienes por su nivel tenían derecho no sólo a opinar, sino a mandar. Se definieron acciones concretas; la más importante, formalizar lo que era un hecho: el Directorio Revolucionario. Su objetivo a corto plazo... todos juraron guardar el secreto.

Más tarde, terminada la reunión y los trabajos de taller, Manuel abandonado en sus sueños y elucubraciones, se sintió libre. Imaginó, reconstruyéndola, a esa mujer; la de los ademanes libres y espontáneos, la que se mostraba, en su imaginación frente a la ventana; de esa casa que él habitaba; mujer cercana pero al tiempo separada por ese cruel cristal que impedía acariciarla; tocarla al menos. Él le miraba; ella a él, fijamente. De pronto se turbó, algo sucedió; se sintió vencido. No podía sostener su mirada frente a ella. Con cierto rubor y vergüenza, bajó los ojos y cuando se animó para verla de nuevo, ella, aquella mujer como había legado a su pensamiento, igualmente desapareció en cuestión de segundos.

Sudaba. Tuvo miedo y coraje; sentimientos encontrados.

Afuera, la luna en todo su esplendor alumbraba los naranjales; ladraban unos perros y algunas parejas, en algún lugar, se entregaban a ese ritual del abandono, que en algunos lugares conocen como la pequeña muerte.

II



El oriente potosino

Primero *escoceses* y *yorkinos*, así como algunas logias *abiertas*. Posteriormente, el *Rito Nacional Mexicano* que tuvo gran atracción entre los jóvenes liberales.

Corría la década de 1840 y la masonería mexicana propiciaba importantes afiliaciones, e iniciaba a nuevos miembros, observándose que no obstante las diferencias políticas de algunos de sus integrantes, se conservaba y respetaba el ritual. Así, los talleres en varias partes de la República Mexicana trabajaban, afiliando *profanos*, quienes al dar sus nombres a la masonería, recibían su equivalente: el *simbólico*, que los identificaría en su nueva vida de crecimiento personal, al ir logrando grados y dignidades.

En San Luis Potosí, no obstante investigaciones de *hermanos* especialistas en el tema de la masonería, pocas noticias públicas existen del periodo 1826-1868, pero es conocida y actualmente confirmada, no obstante la discreción y secrecía propias de la hermandad, la activa participación de sus principales integrantes, iniciados en logias diversas, incluso ubicadas en otros lugares, en otros *Orientes*.

1868 pareciera ser entonces un parteaguas; fue el año de fundación y consagración de la Resp.: Log.: *Fe y Esperanza No. 1*, y para algunos cronistas *profanos* e *iniciados*, la época de con-



Ponciano Arriaga Leija

solidación de la masonería potosina, respaldada por el *Gran Oriente de México*. Por supuesto es conocido que los talleres denominados de los *grados azules*, trabajaban en la capital potosina regularmente antes de 1868, pero urgía para los hermanos radicados en el *Oriente* local, formar y consolidar una nueva logia que aglutinara a la hermandad. Extranjeros y nacionales fueron entonces fundadores de un nuevo *taller*.

Algunos *hermanos* iniciados en el pasado, vieron con simpatía esa fundación. Se trataba de personajes potosinos de las primeras décadas del XIX, quienes dando sus nombres, fueron aceptados en los ritos de su selección. En efecto, algunos empresarios de la época y gente de estudios superiores, involucrados algunos como regidores en los consejos de los ayuntamientos de la capital potosina, fueron *hermanos* de grados diversos, cual fue el caso de don Juan Bustamante, don Silvestre López Portillo y el entonces joven Lic. Ponciano Arriaga quien, por cierto, destacaría en la política local y nacional, además de otros personajes de no menores méritos.

Resulta entonces —ayer como ahora— que la vocación de algunos masones se dio en lo político, propiciándose en la identificación de objetivos, el nacimiento y consolidación de grupos equivalentes a partidos políticos, con muchos de sus miembros activos en las diversas esferas de la administración pública, el poder legislativo y el judicial, así como en el ejército, compartiendo actividades con *profanos*.

Ser conservador o liberal, en muchos casos, implicó estar afiliado a logias masónicas. Al extenderse el *Rito Nacional Mexicano*, entre otros lugares, en San Luis Potosí, varios liberales de la plaza fueron invitados a afiliarse o iniciarse. Este resurgimiento, después de un periodo de semiparalización en los trabajos de talleres para la búsqueda de la perfección, e incluso



Paulo Verástegui

del hecho de que algunas logias *entraran en sueños o abatieran columnas*, fue al decir de testigos de la época, muy agresivo. En efecto, 1847 año funesto y de crueles recuerdos, dada la invasión norteamericana; fue tiempo propicio para nuevas fundaciones, pero también para lamentables controversias entre *hermanos*. Fue la época de la *Batalla de la Angostura*, en la que fallecieron 10 mil mexicanos.

A nivel nacional se afirma que en lo político hubo en la masonería divergencias. Así, el fortalecimiento de Santa Anna, no puede separarse del apoyo incondicional de sus *hermanos* de logia, pero también sus tropiezos, por la franca oposición de otros. El influjo masónico de la época, en adición a sus normales trabajos de taller, fue, sin lugar a dudas, decisivo en los acontecimientos políticos, tanto nacionales, como locales y en San Luis Potosí no se daba la excepción; fue una realidad.

En 1849, un *baluastre* señalaba: *La Gran Logia de Perfectos Artífices, la de Caballeros del Águila Mexicana, Capítulo de Caballeros del Secreto de Maestros Aprobados, habían sido reorganizados y trabajaban con regularidad*; lo anterior, al decir del hermano José María Mateos.²

En 1850, el *cólera morbus* inhibió trabajos, talleres y toda clase de actividad masónica. Algunos destacados *hermanos* salieron de su templo, para involucrarse en el auxilio a la población. Julián de los Reyes era gobernador y la opinión pública se polarizaba a través de periódicos partidistas; *La Ley* y *La Verdad* antigobiernistas; *El Colibrí* y *El Argos Potosino*, a favor de la administración pública.

Julián de los Reyes batallaba; habiendo quedado viudo en abril de 1849 (su esposa, la Sra. Dolores Sagredo), buscó vía una licencia, separarse provisionalmente del gobierno y con ello paliar su no muy amigable relación con los antiguos miembros del ayuntamiento, así como olvidar un poco, la acusación en su contra, ante la legislatura local, de don Joaquín López.



Julián de los Reyes
(1811-1853)

Hermosa. Viajó entonces a la ciudad de México, para regresar hasta 1852, apoyado por el presidente Mariano Arista.

El acontecer nacional era crítico, y ello propició levantamientos militares y planes políticos; revoluciones locales como las de Tampico y Guadalajara, dando pie a que los enemigos del gobernador potosino don Julián de los Reyes, y supuestos simpatizantes de don Ramón Adame,³ conspiraran, adheriéndose a esos movimientos, donde algunos *hermanos* masones participaban.

El *Acta de Pronunciamiento del 12 de Diciembre de 1852*, transparentó el franco descontento de los principales de Ríoverde. En efecto, se iniciaron trabajos de enfrentamiento al gobernador Reyes, aduciendo la inconstitucionalidad de su gobernatura y, por ende, su desconocimiento a la investidura que aseguraban usurpaba; pero hábiles, no se enfrentaron al congreso local.

Firmaban el dicho documento don Paulo Verástegui,⁴ don Domingo Uthurri, don José Martínez, don Francisco Pimentel, don Domingo Chávez, don Luis Castillo, don José María Morales y don Miguel Castro.

Tras bambalinas, el pronunciamiento se arregló en casa de don José María Verástegui, participando su hermano don Manuel,⁵ el coronel don Manuel Uturriá, don Francisco Estrada, don Ignacio Gama, don Guillermo Senisón y don José Pando; este último, apoyando con recursos monetarios. Era la época en que el Lic. Ponciano Arriaga se desempeñaba en la Ciudad de México, como Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

No cabe duda, 1853 fue un año que inició don Julián de los Reyes, con el pie izquierdo.

III

ingular pareja

Empezaron a trabajar juntos. Ella, cuando nada tenía que perder (de hecho era sola), ni siquiera un nombre que deseara conservar; su familia toda había sido victimada durante la cruel invasión de los norteamericanos. Su juventud, atractivo e ingenuidad, le habían salvado la vida. El precio pagado; su honra. Así, de niña se convirtió abruptamente en una leona herida y por ello, peligrosa; recelosa y cruel.

El, su compañero, arrastraba otra historia: de un seminario brinco al ejército, luego a la guerrilla y finalmente, al Departamento de la Policía Secreta.

Ambos, jóvenes de edad; viejos en experiencias de todo tipo, se distinguían por su arrojo y valentía, lo que facilitó fueran objeto de atención de algún militar visionario, que enrolándoles en su causa, les fue solicitando participar en misiones especiales, delicadas.

Ella y él, despreciando el futuro y no olvidando sus singulares pasados, mostraban en cada acción, temeridad probada; de hecho actuar de esa manera era su protección.

Pronto, de simples compañeros y a fuerza de convivir y rifársela juntos, se hicieron amantes; un par de años después y muchas misiones cumplidas, primero con horror y

después con resignación, descubrieron no sólo que se amaban, sino que no podrían vivir separados. Así, se casaron una tarde cualquiera, horas antes de salir a otra misión secreta. Qué remedio, tendrían que intercambiar trabajo con placer y responsabilidades así como con la promesa de fidelidad que se juraron nunca quebrantar. También pactaron no tener hijos; secreto que guardaban para sí y que en su ingenuidad justificaban, prendiéndole una veladora, de vez en vez, a una casta santa, en aquella iglesia, donde aquel cura bendijo su matrimonio, por cierto, también secreto.

Nunca —fue promesa no externada— se contaron sus pasados. Tampoco propiciaron hacer planes; lo único que les emocionaba y hacía vibrar era la instrucción de alguna misión, que entre más peligrosa, mejor. Vivían, sufrían y disfrutaban el día; lo que sucediera poco importaba.

Por otra parte, tampoco era el dinero su preocupación. Almas gemelas, en su quehacer probaban aquello de que Dios los hace y ellos se juntan.

Hábiles, podían si se lo proponían, encontrar una aguja en un pajar. Pacientes, seguían aún con cansancio y dificultades, pistas de todo tipo. Para ellos no había descanso, sueño, sed o hambre; era como vicio hacer bien su trabajo, el no defraudar a quienes los habían contratado, por cierto, los únicos que conocían su verdadera identidad.

De hecho, si se lo proponían, podían pasar inadvertidos, desapercibidos. Eran incógnitos y escurridizos; en un momento eran campesinos; en otro obreros o quizás una pareja cualquiera, o un anónimo soldado con su compañera. Ella sabía sacar provecho de su personalidad, ya para llamar la atención con su figura esbelta y andar cadencioso; otras, apareciendo como vulgar mujerzuela.

Jóvenes o viejos, según lo requiriera la misión, del disfraz eran maestros consumados. Oportunos, aparecían y desaparecían. Expertos actores, también lo eran respecto a sus tareas. Buenos jinetes, ella mejor que él, cabalgaban sin dificultad grandes distancias. Ella, además, había desarrollado una extraña habilidad, inmovilizar al enemigo, sólo aturdiéndolo o de plano matándolo. Lo único que necesitaba era un delgado chal, que usaba cuando se justificaba. Había aprendido a hacerlo; se trataba de una técnica refinada que implicaba rapidez, la que no tuvo cuando fue violada por un soldado negro norteamericano, que después se la apropió por semanas y a cambio le enseñó ese truco, en el ánimo que se defendiera cuando viese amenazada su vida, o nuevamente su honra.

Su esposo, menos sofisticado, también hería o mataba, y lo había hecho tantas veces que la cuenta había perdido, pero lo único que utilizaba era, o el puñal que escondido en una bota nunca olvidaba, o una pequeña pistola que se le confió al ingresar al servicio de la policía secreta.

Tenían por supuesto defectos, pero no es el lugar, ni tiempo de exponerlos.

IV

Recuerdos de La Angostura

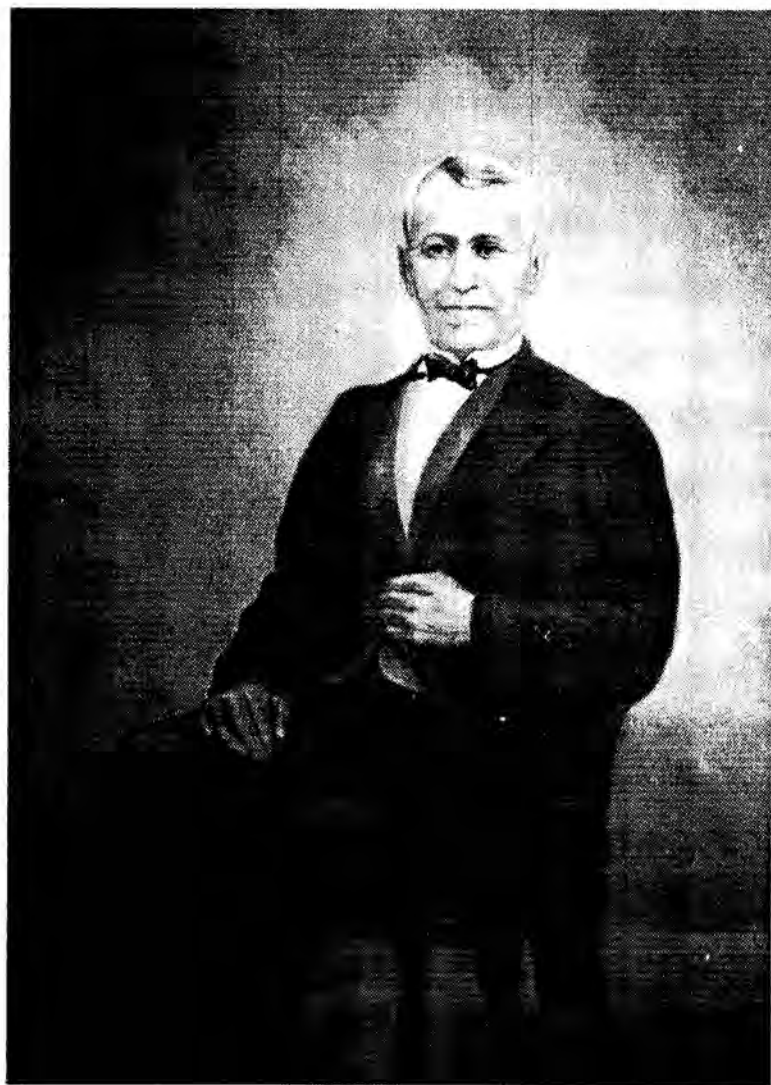
Se dice que el general Santa Anna pronto llegará a San Luis. —*Espero que ahora si la haga, dijo el viejo; en otra remota época, lo único que logró, fue el rechazo a sus mentiras.*

—*No señor, increpó el joven, el general nos salvará. Vengará la ofensa norteamericana.*

En efecto, Santa Anna, aquel zorro político sabía que su llegada a San Luis Potosí, implicaba un riesgo por sus pasados errores. Había aún resentimiento hacia sus soldados veracruzanos y muchos no olvidaban los altos impuestos o préstamos forzados, que había exigido para sostener esa guerra desigual; pero como la esperanza muere al último, el gran general, para no variar su muy conocida estrategia de reconciliación, preparó la consabida *proclama* que encendiera la esperanza y reacción esperada de la población. Se trataba, nada menos, nada más, de salvar el honor de la patria.

Algunos recordaban con cierta vergüenza, aquellos versos de mujeres aguerridas comerciantes de la Plaza del Mercado: *Soldados id a la guerra, los valientes nunca corren; los yankees son los que quieren ser amos en nuestra tierra...*⁶

Entró triunfante a la capital potosina Santa Anna; recibía otra oportunidad. Aprovechar la circunstancia y prome-



Ramón Adame

ter, como estaba acostumbrado; prometería aunque no estuviera seguro de cumplir.

D. Ramón Adame, entonces gobernador, le hizo los honores. Después de todo se trataba de un *hermano*; del salvador del país. Era octubre de 1846.

Mientras tanto, un joven emigrante cifraba su esperanza en un futuro prometedor; en el país que amigos en Francia le habían recomendado para vivir. De hecho su decisión de trasladarse a México fue forzada; la circunstancia le obligaba a ese viaje hacia lo desconocido, ya que de plano no era conveniente regresar a España, su patria. Su mujer decidió diferente; ella regresaría al terruño. Así, con algún dejo de tristeza y sin hijos que lo ataran, aquel joven de 28 años, pronto se convirtió en un habitante más de esa lejana Ciudad de San Luis Potosí. Una carta lo recomendaba con un señor Romero. Él lo ayudaría; sin embargo nunca imaginó que tendría que enfrentarse a otra cruel realidad, precisamente de la que venía huyendo: conflictos políticos y sociales.

Con siete mil hombres pretendía Santa Anna combatir al invasor norteamericano. Los potosinos, en un gesto de nobleza apoyaron con dinero, echando mano a sus ahorros; dieron además alimentos y gente, mucha gente. Se abrieron fosas y levantaron fortificaciones en los linderos de la ciudad. Pronto, un ejército reforzado por la buena voluntad del pueblo, se nutrió de la magra carne de cañón, representada en un desigual y numeroso contingente de soldados improvisados, llegando a juntarse 20 mil almas, cada una de ellas con su particular historia; cada una con sus esperanzas y sueños.

Zacarías Taylor,⁷ general norteamericano del ejército invasor en la zona, informado por sus espías, comprendió que la lucha sería difícil, porque tocaría pelear contra el orgullo de

los mexicanos; al fin militar de carrera, su estrategia fue aliarse a las condiciones de la época y al lugar propicio para vencer a ese pueblo; ese espacio para la batalla final, sería para muchos, nunca olvidado: *La Angostura*.

Taylor escribió a Santa Anna un comunicado, derivado del convenio recién celebrado en septiembre con el general Ampudia,⁸ solicitando la libertad de algunos prisioneros norteamericanos.

Santa Anna contestó rompiendo el convenio y dando pauta al reinicio de hostilidades. Soltó a los prisioneros, pero no aceptó seguir tratando con su enemigo y así, pasaron los meses, apareciendo en hojas de calendario, los días del cruel invierno. El *Benemérito de la Patria*, obligado por la circunstancia, empezó a desplazar grupos hacia el norte; San Luis Potosí no podía con la carga de mantener una población flotante tan numerosa. Por fuerza y necesidad, se decidió violentar la guerra contra el invasor norteamericano. Mala decisión, muy mala...

En algún lugar de la colonial ciudad, el joven exseminarista, anónimo soldado, confundido entre la muchedumbre, recibió la noticia. Al día siguiente habría que partir; dejar la capital potosina.

La proclama del generalísimo encendía corazones:

Las operaciones del enemigo exigen movernos

Soldados, el mundo entero nos observa...

Hoy emprendemos la marcha por un despoblado, sin socorro y sin víveres, pero estando seguros, que muy pronto seremos dueños de los del enemigo, y de sus caudales...

Vencer o morir... nada de transacción: nada que no es heroico es grande.

Enero 27, 1847- Antonio López de Santa Anna.

Nuestro joven soldado escuchaba con frecuencia aquella canción que nunca olvidaría: *¡Adiós!*; vio a aquella mujercita de la que se enamoró, esperando algún día atreverse para

hablarle. Su comandante, el general Andrade, había avisado que su destino primero era *El Cedral*.

Semanas después el viejo sargento, con lágrimas en su rostro, desgarrándosele el corazón, pero con el ánimo de hacer valer la versión no oficial de la derrota, afirmaba que fue hambre, frío y nieve, las circunstancias que diezmaron a aquel ejército de patriotas, que no tenían conocimientos militares.

Por su parte los norteamericanos, conocedores de esas debilidades, se retiraron propiciando ser perseguidos; el lugar clave era *La Angostura*. De hecho, fuera de batallas pequeñas, en realidad escaramuzas, los mexicanos morían, más que por heridas de guerra, por frío, enfermedad y hambre; sobre todo por mucha hambre.

Santa Anna justificaba el fracaso, daba al gobernador del Estado don Ramón Adame, su versión de aquella nada memorable batalla; sin embargo, a otro nivel y frente a otra audiencia aquel viejo sargento continuaba su relato:

—Cadáveres tendidos en el campo eran la prueba de que la batalla se estaba perdiendo; nuestras cargas a la bayoneta eran repelidas con más destreza. Matamos a algunos, pero su capacidad militar era manifiesta y llevaban ventaja en ese lugar maldito, donde la lluvia hacía más difícil el combate.

Y continuaba:

—Quién sabe qué dirán los jefes; quien sabe qué dirá Santa Anna, pero los soldados y especialmente los civiles, muchos de los cuales desertaban, poca esperanza veían de mejorar posiciones. Las emboscadas eran continuas y como moscas caían nuestros paisanos.

Don Bernardo Meléndez, indignado al escuchar la versión, se enfrentaba al dilema de creer o no a aquel testigo presencial de esa batalla; a ese viejo. Dudaba; o daba mérito al sargento, o decidía mejor creer al texto de la carta que el vicegober-

nador don Mariano Ávila⁹ les había compartido a un grupo de amigos; la versión oficial, pero quizás engañosa de Santa Anna.

—Verdad don Bernardo, créame usted, insistía el sargento. *Aquello fue el infierno. Todo sucedió el 22 y 23 de febrero. Fuí herido en una pierna y perdí conocimiento. Días después, no se cómo, me encontraba en una casita, lugar donde los habitantes no obstante haber sido saqueados y sus mujeres ultrajadas, tenían aún caridad. Gracias a una jovencita, de mirada muy triste, ya que había perdido a su familia, pude recuperarme. Nunca la volví a ver, pero que Dios la cuide. Dicen que la batalla terminó al oscurecer.*

Don Bernardo que había leído el parte oficial de la batalla, se prometió conocer otras versiones; recordaba los nombres de algunos militares, a quienes tenía la confianza de preguntar sobre lo realmente acontecido.

Recordó que don José Eusebio Salazar, secretario del ayuntamiento, lo había invitado a cenar, tendría que avisar a su esposa, María de Jesús, a ella le tenía consideraciones de todo tipo, ya que la diferencia de edades lo hacía más paternal que marido, no obstante su numerosa prole. Por cierto, recordó tener que comprar algo especial para Juan, el mayorcito de los hijos.

Esa noche el sargento tuvo pesadillas, siguió, como sucedía a menudo, soñando con esa batalla de *La Angostura*.

El ruido era infernal y al perder el sentido, después de grandes dolores, lo único recordado era el gemir y los gritos de los heridos.

Recordó la cara de esa jovencita triste.

—¿Dónde estoy? Ella respondía, —en *Aguanueva señor; en Aguanueva.*

—¿Por qué estás tan triste?

—Murieron los míos señor; murieron...

—¿Y a tí qué te pasó? Ella callaba, pero recordaba seguramente momentos desagradables.

En efecto, ella, y no lo podía evitar, se veía corriendo, mientras el pueblo ardía en llamas. Corría por que voces extrañas que no entendía, algo ordenaban, pero corría. Volteó y lo que la asustó fue ver esa cara de aquel negro que empujándola, con su propio rebozo intentó ahogarla. La había lazado como a una joven yegua; como a un animal indefenso, y pronto perdió el conocimiento. Cuando se recobró estaba en una casucha; aquel soldado le acariciaba el cabello y ella lloraba de rabia al sentirse ultrajada.

El hombre le obligaba a comer; la tenía bien amarrada. No podía escapar, pero lo que más odiaba era ser sometida a los caprichos sexuales de aquella bestia.

Pasaron algunos días y él sintió confianza; en un pésimo español se disculpó; le regaló un collar, dando a la jovencita ciertas libertades.

Un día le dijo: *—Mira, así fue como te conseguí y le enseñé el truco de utilizar el rebozo para ahogarla. Ella riendo dijo: —Me dejas intentarlo contigo. —Sí, por qué no,* le respondió el negro y con ello firmó su sentencia de muerte. Después de poseerla una vez más, cansado y agotado se durmió, para nunca volver a despertar. Ella huyó y pronto, al entrar al pueblo el ejército de los mexicanos, se dedicó a auxiliar a los heridos.

—¿Por qué estás tan triste? —Murieron los míos señor; murieron...

Quien leyera el parte de Santa Anna, apreciaría lo que sufrieron los civiles de esa pequeña población; en efecto, el *Benemérito de la Patria*, al escribir al general Taylor, lo increpaba de la siguiente manera:

Que saliese del aposento, y verá humear todavía las habitaciones de Aguaneva.

*Que se alejase un poco a Catana, y oiría los gemidos de las viudas y los huérfanos, de víctimas inocentes sacrificadas sin necesidad...*¹⁰¹

Los espías texanos informaron a Taylor de la retirada de los mexicanos. Éste escribió su versión y se dolió también de sus heridos y muertos, por cierto, entre ellos algunos soldados de color.



Los Regidores

Si alguna persona conoce al detalle los manejos en el ayuntamiento potosino, ese es don José Eusebio Salazar. Así se expresaba don Silvestre López Portillo, segundo alcalde del mismo. En efecto, el señor Salazar se venía distinguiendo desde 1823, participando como secretario interino del cabildo, lo que significaban veinte años de experiencia en el mismo puesto. Se dice fácil, pero la dicha permanencia, necesariamente implicaba mucho oficio político, especialmente si se toma en cuenta la diferencia de personalidades, de tantos y tantos potosinos involucrados en los ayuntamientos del municipio de la ciudad capital.

Don José Eusebio había visto desfilar infinidad de prefectos, alcaldes, regidores y procuradores que en el desempeño de sus trabajos públicos, habían sido motor o comparsa de la vida económica y social de la Ciudad de San Luis Potosí. Conocía de cada uno de ellos sus intereses, debilidades, capacidades, compromisos y resultados; en fin, su prolongada permanencia en los cabildos resultaba de su capacidad de trabajo reconocida, sus contactos y amistades, pero también debido a su discreción y honorabilidad. Pocos enemigos tenía, pero quienes lo apreciaban con creces, minimizaban a aquéllos. Además, nuestro personaje se daba a querer por su caballerosidad, don de gentes y disciplina. Tolerante, lograba conciliar e incluso, en varias ocasiones, evitar los enfrentamientos entre esos grupos



José Ildefonso Díaz de León

polarizados de liberales y conservadores. Él mismo, si fuese necesario calificarlo, quedaría clasificado como liberal moderado.

Al paso de los años, nuevos y muy buenos amigos fueron enriqueciendo la vida pública del Sr. Salazar, perpetuo secretario del cabildo potosino.

Cuidadoso de su actividad, escrupuloso en la crónica del ayuntamiento en turno, el señor Salazar tutelaba los formalismos, conocedor como lo era del detalle burocrático, los usos y costumbres, incluyendo la ritualidad. Así, en 1833, participó activamente en la sustitución de la Divisa de los cuerpos municipales, por la del Bastón con la borla negra.

A él podía acudir para tener información de los personajes de la ciudad, políticos, militares, religiosos y todo tipo de autoridades. Recordaba y lo hacía con gusto, a aquéllos que tanto hicieron por la ciudad, como don José Idelfonso Díaz de León¹¹, primer gobernador potosino; los hermanos Gorriño, don Manuel¹² el sacerdote, brillante en toda la extensión de la palabra, y a don Félix; don Pantaleón Ipiña; don Ignacio del Conde¹³; don José de la Gándara; don Pascual de Aranda, médico de la ciudad; don Francisco de P. Cabrera¹⁴; don José Pulgar¹⁵, don Manuel de Othón¹⁶; don José María Otaegui; don Manuel Escontría; don Silvestre López Portillo; don Julián de los Reyes, regidor en 1836 y futuro gobernador; al Lic. Ponciano Arriaga; don Bernardo Meléndez; don Juan Bustamante; don Manuel Calvillo; Lic. Mariano Ávila; don Herculano Manrique de Lara; don Eulalio Degollado¹⁷ y tantos más que sería difícil enumerar, pero que aún con diferencias ideológicas, dieron movimiento político a la entidad y no sólo a la ciudad de San Luis Potosí.

Don Bernardo Meléndez se despidió de don Silvestre López Portillo¹⁸, habida cuenta que bien conocía que su amigo tenía un compromiso con otras personas. En efecto, sabía que de-

bía reunirse con los Bustamante¹⁹, con don Ponciano Arriaga, así como con otros prominentes miembros del Rito Nacional Mexicano, toda vez que esa tarde en diversos talleres trabajaban *azules y filosóficos*. Además, días después habría, en una de las logias más antiguas, la de Ríoverde, una *tenida* para iniciar en el *arca ceremonial* a un grupo de jóvenes inquietos, de gran futuro político; todos ellos, por cierto, simpatizantes de la corriente liberal.

Era la época en que el *Plan de Tacubaya*²⁰ ganaba adeptos, toda vez que preconizaba la urgente formación de un congreso constituyente, y con ello el aseguramiento de nombrar presidente a Santa Anna, situación que a muchos *hermanos potosinos* comprometió y confrontó, no importando fueran centralistas o federalistas. Todos contra todos; rebeliones, pronunciamientos, pero nada pudo impedir que por séptima vez, el inválido general se apoderara de la presidencia.

Tiempo después fueron votadas las *Bases Constitucionales*²¹, obligando a los principales de todas las plazas del país a prestar juramento a la nueva constitución. El ayuntamiento potosino sufría cambios, pero algunos regidores permanecieron, como fue el caso de don Silvestre López Portillo, el mismo don Bernardo Meléndez, don Tomás Ortiz de la Parada, el Lic. José Mateos Terán y, por supuesto, el eterno secretario del cabildo: don José Eusebio Salazar.

Por otra parte, también era la época en que una nueva generación de liberales planteaban su ideología, haciéndola pública a través de la palabra escrita. Manuel Escontría, Ponciano Arriaga, Juan María Ballbontín y Mariano Ávila, jóvenes con futuro político, iniciaban un periodismo combativo, identificándose como radicales federalistas.

Don Bernardo Meléndez, se encaminó a su casa. Años después un nieto daría noticias de este singular personaje:

Su bisabuela, madre de don Bernardo, se llamaba doña María Josefa de la Peña y Santacruz, originaria de Ríoverde, S.L.P.; su padre, don Remigio Meléndez. Tuvo dos hermanos, Francisco Xavier y Margarita. Se casó con doña María de Jesús Díez Zapata, joven a la que le llevaba casi 16 años, y con la que procreó solamente dieciocho hijos. Genoveva²², una de ellas, se casaría con José Florencio²³, hijo de aquél español carlista que llegara a San Luis Potosí en 1847, paisano, por cierto, de aquél famoso cura franciscano de nombre Jarauta²⁴, que como guerrillero, finalmente fue apresado y fusilado por don Anastasio Bustamante²⁵. Don Bernardo nació el primero de agosto de 1811 y falleció viudo, en 1872, de pulmonía fulminante en San Miguelito, a los 61 años de edad. María de Jesús, su esposa, había muerto de 45 años, el 7 de marzo de 1869. Comerciante próspero, conservador, se involucró como político invitado por amigos, integrándose en varias ocasiones como miembro del cabildo potosino en, 1843, 1849, 1853 y en 1855, década en la que vivió y convivió con los protagonistas locales de la historia potosina.

Don Bernardo Meléndez se encaminó hacia su casa y recordó que debía comprar un regalo para su mujer; siempre estaba adquiriendo regalos. Además, debía escribir a aquel amigo que acostumbraba solicitar datos estadísticos de la Ciudad de San Luis; esa comunidad que día a día manejaba un comercio pujante y si no, se dijo, que lo desmientan las 47 tiendas de abarrotes, 34 vinaterías, 18 expendios de carne, 15 pulquerías, 14 puestos de maíz, 9 tiendas de ropa y 4 boticas, ¡no faltaba más!

VI

Regionalismo y política

Doña Micaela, dígame usted, —¿qué opina de la Sociedad Patriótica Potosina? ²⁶

—Pues usted verá, mi querida Carmelita; qué le diré. Por un lado qué bien, qué bien; pero por el otro, extrañamos la mercancía extranjera.

—Nos durá estabilidad no comprar a los extranjeros.

—Sí claro, pero...

Un día antes, para ser más precisos el 17 de abril de aquel año del Señor de 1844, los notables de la plaza, léase, políticos, comerciantes, militares y demás resto de gente acomodada, patriota y regionalista, decidieron fundar una gran sociedad. Ciento cincuenta de los más poderosos, suscribieron su ingreso a ella como fundadores; guerra y competencia a la industria y comercio extranjeros!

—Murió doña Inés García... Pobre de Santa Anna, quedó viudo y es poderoso.

—La soledad es canija y el luto, formalismo puro, y dígame si no, doña Micaela, cómo es eso que a los 40 días, el general se haya casado de nuevo.



—Dicen que es guapa, la Srita. Dolores Tosta...



Gral. Miguel Francisco Barragán de Zárate

—¿Y qué me dice mi querida Carmelita, de la muerte de don Miguel Barraquán?²⁷

—Pobre de don Miguel, tan bueno, tan agüerido, tan, tan buen mexicano; tan buen potosino; mi hermano Pedro colaboró con él.

—Murió en el 36?

—Sí Carmelita, un 27 de febrero. Por cierto, lo de mi hermano Pedro fue, cuando la rendición de la fortaleza de San Juan de Ulúa en 1825. ¿Quiere que le presente al bueno de Pedro?; recién enviudó.

—¿Ervuñó hace cuarenta días?; mejor presénteme a su sobrino, Micaelita...

—¿Y si le presento a don José Antonio Barraquán?

—¿El de la Administración de Rentas?

—Ese merito... ¿pero no es casado, verdad?

—Oiga y ¿qué de nuestro flamante gobernador provisional, don Ramón Adame?

—Las damas no debemos hablar de política; eso es asunto de hombres...

—Tá bien; como dijera la indita, tá bien...

La verdad es que la política y el acentuado regionalismo potosino, eran temas comunes en todos los estratos y en todo momento. Lo que más preocupaba era la inminente guerra contra los vecinos del norte; las controversias políticas internas; la vida y chismes de los notables, y la despreocupación o aparente no interés del pueblo, respecto a la calidad de sus gobernantes: *el mejor, el que menos nos amuele*; sin embargo, y hay que decirlo, la amenaza extranjera identificaba a los contrincantes locales. Lo que siguió es de sobra conocido; el enfrentamiento; una batalla pírrica a favor de los mexicanos en La Angostura; la llegada de Peña y Peña²⁸ a la Presidencia de la



República; la mancuerna Ramón Adame-Mariano Ávila, en la gubernatura²⁹; el primero como titular, el segundo, como vicegovernador; la pelea de éstos contra el Congreso que los suspende y la llegada, después de trabajos de taller, intrigas políticas, concesiones y promesas, de don Julián de los Reyes a la gubernatura, y con él, como su compañero de fórmula, en calidad de vicegovernador, el *venerable hermano* Otahegui. No cabe duda, el cabildo era la antesala y escuela de aquellos que querían protagonismos políticos en las esferas estatales y federales. La verdad es que a muchos se les hizo.

Golpes y contragolpes. Manuel Verástegui, enojado, veía que su *jallo* el Lic. Adame había sido maniatado políticamente. Pronto su enemistad con don Julián se vería, por la opinión pública, como pleito a muerte. Ríoverde como centro de conspiraciones, y a través de sus notables, se involucraba en otras contiendas, la de los rebeldes campesinos, la de los desposeídos, la Revolución de Sierra Gorda³⁰, con un caudillo de arrastre, Eleuterio Quiroz.

Así, pasó el tiempo y don Julián de los Reyes enviuda; su querida esposa pasa a mejor vida, dejando el recuerdo de buena y abnegada persona. Fue un jueves santo; un cinco de abril: descanse en paz, doña Dolores Sagredo.

Don Julián solicita licencia; necesita ordenar sus ideas.

—Doña Micaela, que debemos prepararnos para el cólera morbus.

—Dios nos ampare, doña Carmelita; Dios nos ampare...

VII

Mitad del siglo

¡ *Cólera morbus...*! Don José Andrés bien sabía de las terribles desgracias, que generalmente acompañaban tan terrible enfermedad contagiosa.

Desde 1848, como un singular jinete del Apocalipsis, la epidemia diezmaaba poblaciones enteras; corría que no caminaba, de país en país, de pueblo en pueblo, sin respetar fronteras, condiciones sociales, sexo o edad.

Aquel español inmigrado, todo le había tocado para vivir y sobrevivir en España durante la guerra carlista y en el largo y penoso exilio en Francia; observaba sin asombro, que en todos lados era lo mismo. En efecto, desde su llegada a México, país que lo había recibido con ciertas facilidades, constató que todo lo malo se repetía: guerras, intereses políticos, intrigas locales. En fin, intentaba al menos entender el por qué de esos fenómenos sociales, políticos y económicos. Leía mucho, porque la información lo situaba, dándole datos que le facilitaban hacer juicios de valor. Así, leía sobre la batalla de La Angostura, la de Padierna y Churubusco. Lo del ataque al Molino del Rey; lo de la llamada Rebelión de los Po'kos y, sobre todo, aquello que escribían los periódicos, aunque con censura, respecto de ese personaje tan controvertido: Santa Anna.⁽¹⁾



D. José Andrés Motilla Romero

También deducía que su calidad de extranjero implicaba un reto de sobrevivencia y, en adición a todas esas adversas circunstancias, la llegada anunciada del cólera morbus.

Pero no todo era malo. Ante la anunciada catástrofe, José Andrés¹² observaba en el pueblo y en los notables, solidaridad. En efecto, sin distinción social, algunas generosas personas se habían involucrado en comisiones oficiales para hacer frente al problema. El mismo ayuntamiento de la capital organizó una muy buena campaña de asistencia y por bando reglamentó, desde la solicitud de apoyos de todo tipo, hasta el nombramiento oficial de los médicos que tendrían que asistir gratuitamente a los enfermos pobres.

Eran los primeros meses del año de 1850, y todo se complicaba.

Don José Andrés recibió una larga carta de un buen amigo de la Ciudad de México, quien desde su llegada al país, religiosamente le informaba noticias de todo tipo. Abrió el sobre e inició la lectura.

Estimado y fino amigo

No bastaría lo expuesto en este comunicado para dar a usted una idea siquiera general, de lo que es esta bella Ciudad de México, por cierto tan convulsa respecto a su población, dados los diferentes acontecimientos políticos, sociales y últimamente los de la epidemia del cólera morbus.

Diré a usted que algunos estudiosos, que no aficionados como el que ésta suscribe, se dan a la tarea de recopilar información confiable, para dejar claro y preservar para el futuro, lo que es nuestra ciudad, sus habitantes, su movimiento social y económico, así como sus cotidianos acontecimientos, porque si bien es cierto que diarios y periódicos dejan algo de crónica, las pasiones políticas que asoman en sus editoriales o noticias, desvirtúan los hechos.

Para empezar informaré a usted, que de esta Ciudad de México a San Luis Potosí, la distancia es de 114 leguas. Por supuesto y en



ello tiene usted experiencia, los medios de comunicación públicos para largas jornadas, son las diligencias. Recordará, igualmente, respecto a este servicio y al menos en lo teórico (léase cero problemas; ausencia de asaltos; desviaciones forzadas por caminos estropeados), que del puerto de Veracruz a la Ciudad de México, se hacen tres días y medio (Jalapa, Perote, Puebla, Río Frío y México). En la ciudad el movimiento, cuando es por tierra recordará usted que existe traslado, en algunas partes de la capital, por trajineras, (¿le mencioné Xochimilco y el Canal de la Viga, en mi anterior?), se hace por coches de alquiler (de providencia), guayines y ómnibus. Hasta hace poco hemos visto que el servicio mejora, pero los precios suben; los sitios se ubican actualmente en las plazuelas de San José de Gracia, Guardiola, Santo Domingo y el Colegio de Niñas. Creo que entre carretelas, coches y guayines, se cuenta con 186 unidades, lo que no está nada mal para una población que casi alcanza las 200 mil almas. Hay quienes opinan que esta desafortunada epidemia del cólera, enlutará numerosas familias; los estimados de mortalidad para fines de año es de poco más de 8 mil personas y el fenómeno se repetirá, toda proporción guardada, en todos los lugares. Dios nos guarde don José Andrés. Pero sigo; nuestra ciudad se moderniza; así, contamos con alumbrado público de poco más de 1500 faroles, lo que sin embargo no elimina el riesgo de desafortunados asaltos, de vez en vez, pero en lugares aledaños o barrios peligrosos, donde nada tienen que hacer y menos de noche, un caballero y menos una dama.

Respecto a dónde está sepultado su amigo don Miguel N., no lo he podido averiguar, lo que me apena sobremanera. De hecho no es difícil obtener la información, pero exceso de trabajo me ha impedido cumplir su encomienda sobre ese particular. Los cementerios son seis, sin contar los de tierra religiosa aledaña a iglesias, o dentro de sus demarcaciones; a saber, San Diego, Santa Paula, San Antonio de las Huertas, Los Ángeles, Campo Florido y San Fernando.

Por cierto, en mi próxima le mandaré copia de la carta del cónsul de España; parece que se logró obtener lo que usted solicitaba. In-

fórmele al Sr. Rivera y a su apreciable hija Lupita, que el negocio de las mercancías especiales, parece que es un hecho. Anímese y visítenos, le prometo los paseos de tradición como la Alameda, a Chalco vía el Canal de la Viga, a los teatros —en temporada— El Iturbide, El Principal y El de Santa Anna. O si usted lo prefiere, a los toros. En fin, don José Andrés, le prometo que en mi próxima, informaré a usted lo relativo a noticias de los negocios que en su pasada me requirió. Por lo pronto, Dios le guarde. Protesto a usted mi muy atenta consideración. Fernando Martínez Orozco. Mayo 5, 1850.

José Andrés dobló cuidadosamente la carta recibida y reflexionó que si bien la Ciudad de México era buena opción, más convenía sortear lo que viniera, en una pequeña población como San Luis Potosí. Además, y ello era una bendición, mal no le estaba pasando. Estaba construyendo su nueva vida; su futuro y doña Guadalupe, Lupita para él, tampoco mal lo trataba.

Mientras tanto, don Julián de los Reyes se consolidaba como gobernador, muy a pesar de los que querían colocar de nuevo con esa alta investidura al Lic. Adame, o a don Pedro Sámano; ¡pobre don Julián!, con enemigos políticos como los rioverdenses, especialmente los Verástegui, y entre ellos, destacando don Manuel.

De todo se interesaba don José Andrés, leyendo a veces *La Ley* y *La Verdad*, periódicos de oposición, o *El Arjos Potosino* y *El Colibrí*, gobiernistas.

En su soledad José Andrés, se identificó con don Julián de los Reyes, el que recién había enviudado apenas en abril del año anterior; su simpatía hacía él era además por motivos políticos; observaba su dureza y decisiones, como la de destituir a la legislatura, y de ello una renovación de los integrantes del congreso local, teniendo con algunos diputados, nuevos pleitos que llegaron hasta el Congreso de la Unión. —¡Qué bueno que

le dieron el gane a don Julián!, hasta se fortaleció. —¡Qué bueno que destituyó a Manuel Verástegui!

—¡Qué malo que el cólera morbus llegó a San Luis!; ¿cuántos morirán? Dios nos guarde.....

Pasó el tiempo y José Andrés reflexionaba que 1851 fue año muy singular. En efecto, se recordaba entre la población, con tristeza, el saldo de la terrible epidemia: 2176 fallecidos, y 5512 contagiados³³. Era Mariano Arista³⁴, potosino, Presidente de la República; por cierto, protector del gobernador Reyes. Se enorgullecían los potosinos del empedrado de la plaza principal y otras calles. La vida tenía que seguir. —*Ya vendrán mejores tiempos*, se dijo.


Era la época en la que Mariano Ávila y su grupo, en trabajos de resistencia, se hacían notorios. Aún se hablaba del sonado pleito de don Joaquín López Hermosa, contra el gobernador don Julián, de quien se tenían, opiniones encontradas; muy encontradas....

VIII

Las caras de la moneda

Apetición de Benita, a quien respetuosamente cortejaba don Julián le dedicó varias tardes, mientras bebía una taza de humeante chocolate, a contar su vida. Deseaba en verdad a aquella mujercita de modales tan finos y clara inteligencia; no sólo para mitigar su soledad, que le pesaba, sino ese vacío y preocupación de enfrentarse solo, a una paternidad más comprometida. Aquel jueves santo, abril 5, (nunca lo olvidaría) de 1849, fecha aciaga en la que su compañera y querida esposa Dolores había muerto, fue como un parteaguas en su vida; de pronto se quedó con cinco hijos. Haber pedido licencia en aquella ocasión, lo hizo reflexionar en la urgente necesidad de buscar una nueva compañera. Entonces pensó en escoger, sin olvidar que además de una selección juiciosa, era bueno valorar, no sólo el atractivo de la candidata, sino además su capacidad para encargarse de su familia, mientras él sorteaba la difícil actividad de su vida política.

Platicaba a Benita lo que él quería, mostrando siempre su mejor perfil, buscando para atraparla su destreza de hombre de mundo; la verdad sea dicha, aquella mujercita resultó muy inteligente; bondadosa se dejó querer, logrando que al poco tiempo, no obstante lo ocupado y preocupado que estaba don Julián, no dejara de pensar en ella.

 Pero el hombre de mundo, el político consumado, du-

daba, ¿cómo le propondría matrimonio?; ¿cómo guardar las formas?, ¿cómo enfrentarse al qué dirán?

De plano, pensaba el recién viudo, era diferente que cuando Dolores y así, pasaban los días, las semanas, hasta que una noche de insomnio se dijo: *mañana me le declaro; mañana*, y se quedó dormido, soñando su pasado, inconscientemente buscando atraparlo, porque se le escapaba.

—*Julián, Juliancillo, ¿dónde te escondes?* La vieja sirvienta lo buscaba por la huerta de aquella casa tan querida, que nunca olvidaría. —*¿Dónde estás?*

Aquel niño, en edad de continuar sus estudios, tendría que ir a Morelia; al colegio de San Nicolás.

Años después recordaría don Julián su regreso a la capital potosina, y cómo tuvo que enfrentarse al reto de buscar patrimonio, haciendo lo que habían hecho su padre y abuelo: comerciar.

Primero una panadería, hasta lograr destacar en el gremio; después, con un patrimonio para arriesgar, ¿por qué no?, un negocio minero, que lo que más le enseñó, fue a manejar la relación pública. Aprendió a asociarse. Incursionó también en el abarrote y pronto, por su capacidad, seriedad y don de gentes, se ganó la simpatía del vecindario. Algún día, después de haber sido observado por ese anónimo grupo que representaba parte de la opinión pública, cayó en la política, aceptando puestos públicos. Recién cumplidos los 24 años, Julián destacaba en el ayuntamiento como regidor. En efecto, a los puestos públicos anteriores se sumaba en 1836, su inclusión en el cabildo de la Ciudad de San Luis Potosí, conviviendo en su actividad política, con gentes que igual que él destacarían, incluyendo algunos que se convirtieron en sus adversarios políticos.

Entre sus compañeros se encontraban, entre otros, el

Lic. Ramón Adame, don Manuel Otahegui y José María del mismo apellido; don Pedro Sámano y don Pablo Guerra; los alcaldes, don Pablo Barrera, don Andrés Barroeta, el Lic. José María Gordoia y don Gregorio Sánchez.

Para entonces, escoceses y yorkinos, en todo el país, se disputaban el poder. El para muchos nefasto, don Vicente Romero⁵⁵, hacía esfuerzos en San Luis para ganar adeptos e iniciarlos en la luz de la logia yorkina; pero sus trabajos o quizás, mejor dicho, su reputación y antecedentes, inhibieron a los posibles candidatos. Don Manuel Muro⁵⁶, historiador potosino del siglo XIX, dá la noticia que en el Estado se prohibió establecer sociedades secretas (Ley número 79, de la legislatura). El hecho es que existían hermanos masones iniciados anteriormente, y seguro por así convenir al interés de hacer un alto en el camino de la perfección, *estaban en sueños*.

Anastasio Bustamante⁵⁷ había sido electo presidente en abril de 1837. En San Luis Potosí hubo un pronunciamiento⁵⁸ encabezado por don Ramón García Ugarte y don Lugardo Lechón, buscando y promoviendo el restablecimiento del sistema federal, toda vez que no les convenía el denominado Código de las Siete Leyes.

Ponciano Arriaga —recordaba don Julián— fue comisionado por su grupo político y *hermanos* de logia, a Ríoverde. La instrucción, ofrecer al general Esteban Moctezuma⁵⁹, el mando de la insurrección. Tiempo después, en batalla, las fuerzas del general Paredes⁶⁰ acababan con el insurrecto militar Moctezuma, matándolo un teniente de caballería de nombre Eustaquio Gómez, que lo atravesó con su espada. García Ugarte salió de esa aventura bien librado y el Lic. Ponciano Arriaga no tuvo más remedio que hacerse ojo de hormiga y esperar mejores tiempos para defender el federalismo.

Julián fue nombrado, en 1840, síndico procurador.



Para 1842-43 algunos *hermanos* masones incrustados en el ayuntamiento de la Ciudad de San Luis Potosí, fortalecían posiciones. Ellos eran don Juan Bustamante, don Silvestre López Portillo, y don Joaquín López Hermosa; con este último, tiempo después, abiertamente tendría don Julián una confrontación importante⁴¹. Con otros regidores, hubo amistad o al menos, mejor entendimiento, cual fue el caso de don Bernardo Meléndez, Ladislao Vildósola y don Joaquín Parra, identificados en lo político, como moderados.

El 16 de julio de 1844, se expidió el reglamento para la Compañía Lancasteriana⁴² de San Luis, y Julián recordaba con orgullo, su ingreso como socio a dicha organización.

También recordó que un año antes, otros jóvenes con Ponciano Arriaga, manifestaban a través de la prensa liberal un: *¡Perderemos toda esperanza!*⁴³. Los enfoques se dividían y así se veía más lejano de aquellos, sus contemporáneos: Mariano Ávila, Manuel Escontría, Juan María Balbontín y otros más, que pensaban de manera muy distinta, aunque buscaban causas comunes.

Gustaba platicar con don José Eusebio Salazar, el eterno secretario del ayuntamiento.

—Usted me dirá don José; ¿qué opina de su cabildo en este año de 1845?

—Pues verá don Julián, no es lo mismo ser regidor, que diputado. Ya lo ve, vivimos tiempos difíciles y todos, todos sin excepción, buscan su acomodo por camarillos y si no que lo digan los hechos. Don Lugardo Lechón, de alcalde; de regidores don Ponciano Arriaga y Manuel Otahegui y de síndico procurador, el Lic. Mariano Ávila. ¡El Rito Nacional Mexicano se fortalece!

En efecto, un año después el cabildo se veía reforzado, cambiando los puestos, pero no los hombres; otra vez se consolidaban en la administración pública, los licenciados Mariano Ávila, Lugardo Lechón, Ponciano Arriaga, don Pilar Bus-

tamante y Eulalio Degollado. Aquello era un juego de ajedrez. Ayer peones, hoy coronados.

Por su parte, el Ejecutivo, en la persona del Sr. gobernador don José Ma. Flores¹⁴, alertaba sobre el peligro de la invasión norteamericana y tiempo después, su sucesor, el Sr. don Manuel José Othón decretaba, ino faltaba más!, que San Luis Potosí y a mucha honra, sólo reconocía al general Santa Anna.

Ganan los federalistas; el Congreso de la Unión decretaba en noviembre del 46, las normas para el cambio de organización política, y el 21 de noviembre salió el decreto que daba a don Ramón Adame el título de gobernador provisional, para el 9 de febrero de 1847, salir otro flamante decreto que consignaba la titularidad definitiva y con la misma fecha, nombrándose vicedgobernador del Estado a don Mariano Ávila. Por cierto, qué contento estaba don Manuel Verástegui, ya que sus incondicionales y amigos, se fortalecían. Pero la invasión norteamericana hería susceptibilidades. El mismo clero exhortaba a la población y así, don Julián leía el 28 de abril, un documento de interés y patriotismo sobre la infausta invasión.

Porque a todo santo le llega su capillita, don Julián logró la gubernatura, forzadas las circunstancias, habida cuenta la destitución del gobernador Ramón Adame; destitución en la que él mucho había trabajado.

Poco más de 22 mil habitantes de la ciudad potosina, veían la caída del otrora efímero gobernador y, en consecuencia, de su camarilla, y la elevación de un joven gobernador; menos liberal, muy decidido y hasta de firme carácter. Al primero, al desplazado, tiempo después, hasta los conservadores le echarían el ojo, para considerarlo útil a sus propósitos. El segundo, bueno, al segundo el destino le depararía una muy singular carrera política, llena de avatares, luchas, trabajos e intrigas de



El Ilmo. Sr. Lic. Dn. Manuel del
Conde, segundo Obispo de S. Luis
Potosí, nació en esta Capital el 16 de
Febrero de 1766, se ordenó de Presbítero
en esta Catedral de la Laguna en Fe-
brero de 1791, fue cura pro-prio en S.
Sebastián, Gallo y San Felipe, y
de esta Catedral y curato de Aca-
pulco en 1794, en el año de 1801
fue designado para ser Vicario Gene-
ral de esta Obispa en esta S. Iglesia
el 20 de Marzo de 1801 y habiendo
sido el 27 de Agosto de 1822.

Ilmo. Lic. Manuel del Conde, segundo obispo de San Luis Potosí

todo tipo. Don José María Otahegui su compañero de fórmula, nuevo vicegobernador, tomaría con él, posesión, un inolvidable, para ellos, 18 de agosto de 1849. Para esa fecha y por reelección, justificaban su ascenso al poder, permanencia y legitimidad en el mismo. Había que actuar y era el momento. Hacerlo y con mano dura, especialmente ante el conocimiento de que los de Ríoverde se pronunciarían.

Julián hubiera gustado de platicar todo esto a Benita, pero más se dedicaba a cortejarla, al tiempo de planear su tarea administrativa.

En efecto, poco dejaba para el descanso su cotidiano quehacer; sin embargo, el 3 de octubre de 1848 y guardando todas las formas, salió de la capital potosina quedando al mando, el Sr. vicegobernador Otahegui; había que buscar al general Arista, lograr su apoyo.

Al gobernador potosino se le complicaban sus actividades políticas; algo había que hacer...

Un año después y no obstante el respeto de algunos diputados, así como de la mayoría de los regidores del cabildo, don Julián era atacado abiertamente por sus enemigos políticos. Acusado por don Joaquín López Hermosa, recordó cómo la legislatura local lo citó, y tuvo que obligarla a cerrar las sesiones. En 1851 hubo nueva legislatura; los enemigos conspiraban, y los amigos, se perdían, como era el caso del propio Joaquín López Hermosa, don Manuel del Conde ⁴⁵y don José María Flores.

El 7 de abril obtuvo licencia; era imperativo ir a la capital de la República... Ahí, permanecería casi un año. Se le acusaba de que su gubernatura era inconstitucional. Benita lo respaldaba y de vez en vez, nuestro personaje, se acordaba de Dolores, su querida y abnegada primera esposa.

IX

uscando el respaldo_____

En Guadalajara y Tampico estalló la revolución⁴⁶; definitivamente aprovechada por los enemigos de don Julián de los Reyes.

Se iniciaron los conocidos trabajos en Ríoverde, adhiriéndose sus integrantes, grupo de inconformes, a la revolución de Tampico, y así, mientras don Julián resolvía su asunto en la Ciudad de México, el equipo opositor sesionaba con regularidad en casa de los Verástegui.

En la Ciudad de México, el gran jurado de la Cámara de Senadores, finalmente absuelve a don Julián de los Reyes y lo legitima para que reasuma el supremo poder. La circular que esto anunciaba, fue fechada el 20 de marzo de 1852, y pronto se conoció su contenido en San Luis Potosí.

Como había que hacer alianzas, apenas reasumió el poder don Julián, propició poner bajo la dirección del obispo diocesano, el Colegio Guadalupano Josefino⁴⁶. El decreto lo firmó, el 29 de abril de 1852. El gobernador confirmaba su tarea y felizmente casado en segundas nupcias, recibía de Benita el anuncio de que su paternidad se vería nuevamente honrada, con un hijo o hija; que nacería en septiembre.

¿Pero qué pasó durante ese casi año, en la Ciudad de México?



Ilmo. Sr. Pedro Barajas Moreno. Obispo primero de la diócesis de San Luis Potosí

Don Julián aprovechó su traslado a la capital del país, buscando el apoyo de don Mariano Arista, quien calificado de republicano moderado, ganaba adeptos, pero también muchos enemigos. Concedido, a partir de ser electo presidente, nombramiento respaldado por el Congreso de la Unión el 8 de enero de 1851, formó rápidamente su gabinete, con los mejores liberales, moderados y conservadores que pudo conseguir. El 15 de enero de ese año, pacíficamente, recibía don Mariano, las riendas del gobierno; le entregaba el supremo poder su antecesor, el general José Joaquín Herrera⁴⁷. Había vencido a otros candidatos como Mariano Ávila, Nicolás Bravo⁴⁸, Manuel Gómez Pedraza⁴⁹, Juan N. Almonte⁵⁰ y al propio Santa Anna. Por lo anterior, don Julián percibía que estar relativamente cerca del presidente, así como de diputados con los que mantenía relación, podría serle útil, y así contrarrestar las causas por las que se le había acusado ante el Congreso.

El país seguía de capa caída. Tehuantepec, por ejemplo, era territorio codiciado por los capitalistas norteamericanos. En el norte, apaches y comanches invadían; mataban y huían. Filibusteros y aventureros, intentaban conquistas en Sonora y don Mariano Arista no podía controlar tantas adversidades, lo que no era pretexto para resolver situaciones de importancia, como por ejemplo, ayudar a don Julián.

Liberales y conservadores, logias contra logias; en todos, al menos se apreciaba, la intención de dar razón de ser a la política, buscando la consolidación del mejor sistema de gobierno que el país mereciera.

Por supuesto la Ciudad de México seguía siendo la metrópoli acaparadora de los destinos del país; desde ahí salían las órdenes de todas las facciones políticas, que de alguna forma, encontradas entre sí, coexistían.

Julián, un gobernador en exilio obligado, lo que perci-

bió fue el fortalecimiento y dinámica combativa del grupo de los liberales a ultranza, calificados como *puros*.

Gobernar al país, le decía don Mariano Arista, era difícil, dada la tremenda presión de la deuda; en efecto, según información hacendaria, ésta ascendía por lo que se refería a la interior, a 53 millones de pesos y la exterior, a 76 millones. Desesperación y anarquía, necesariamente propiciaban enfrentamientos locales, asonadas, intrigas y divisionismo. Era el parto de una necesaria transformación; el antecedente de una segunda república federal.

Los *puros*, por supuesto, se organizaban y destacaban, apoderándose de puestos clave, aunque no necesariamente de primer nivel, encontrándoseles fuera de sus logias, en la administración pública, el Congreso y los tribunales, además de tener presencia en el ejército. Por contra, los moderados y conservadores, algunos de ellos, conciliaban su actividad política, con los negocios y otros, con sus alianzas religiosas, incondicionales al alto clero.

Patriarcas encontrados, por el lado de los *puros* don Valentín Gómez Farías⁵¹, rodeado de quienes con el tiempo respaldarían todo el movimiento liberal, destacando algunos potosinos como Ponciano Arriaga, Mariano Ávila y otros como Francisco Zarco⁵², Ignacio Ramírez⁵³, Santos Degollado⁵⁴, Guillermo Prieto⁵⁵, Benito Juárez⁵⁶, Comonfort⁵⁷ y muchos más.

Julián leía el periódico; asistía casi a diario a los debates en el Congreso. Se entrevistaba con diputados de todas las tendencias y caminaba; caminaba mucho por esa Ciudad de México, que tanto le asombraba.

También le tocó escuchar al patriarca de los conservadores, a don Lucas Alamán⁵⁸, cuando éste temiendo una nueva pérdida de territorio, buscó se derogara la concesión que se dio a don José Garay, para la apertura de una vía en Tehuante-

pec. Observó don Julián las estrategias hacendarias y la tendencia de que se distribuyeran los dineros a los Estados, que buena falta les hacía. Le impactará oír a Alamán, en su último discurso ante el Congreso, defender la tesis respecto a la urgente reforma a los aranceles, y en fin, de todos aprendía.

Platicó en algunas ocasiones, con don Mariano Arista, e incluso de vez en vez, con algunos liberales *puros*. Apreció cómo los republicanos le hacían la vida difícil al señor presidente y, cansado de tanta intriga, caminaría y caminaría por las calles de esa, para él increíble Ciudad de México.

Visitó también a un alto prelado del clero y le escuchó despotricar contra la intervención de los bienes de *manos muertas*; tuvo algunas reuniones con la gente de la policía secreta, contratando, incluso, los servicios de un joven ex-seminarista y su mujer, a quienes solicitó se trasladaran a Ríoverde a obtener información respecto de los planes de los Verástegui. Ella, joven, inteligente, esbelta y de espigada figura; de edad no precisa y cabellos largos, y de ademanes libres y tan, tan espontáneos, entendió su misión y prometió al gobernador potosino en ese exilio, datos confiables y oportunos.

Don Julián caminaba por esas calles citadinas y extrañaba las de San Luis. Observaba la gran cantidad de pelados y léperos; el gran contraste de las grandes mansiones, con las casas del pueblo; las diferencias sociales tan similares a las de San Luis. La alegría de los menesterosos, con la gallardía de la pujante clase media y sobre todo, especialmente en los jóvenes, la búsqueda de soluciones políticas.

Invitado por amigos, asistía a todo tipo de reuniones, y cuando podía, escribía a los amigos, o mandaba discretas cartas a familiares y a Benita, de quien día a día más se enamoraba y extrañaba mucho.

Desde la casa de asistencia donde se hospedaba, caminaba a “La Bella Unión”, ya que era el lugar donde, abonado, hacía sus alimentos y uno que otro amigo.

—*¿Qué hacer para lograr la reconstrucción nacional?*; a diario se hacía preguntas de esta naturaleza.

En enero de 1852 don Julián, recibe noticias; en breve podría regresar a San Luis Potosí y además, victorioso y respaldado por el Congreso de la Unión. Don Mariano Arista y equipo, no le habían fallado.

Le había ganado al Lic. Ponciano Arriaga y camarilla. Tendría entonces que trabajar arduamente, para demostrar su capacidad.

Comenzó a empacar.

Don Ponciano acusa

El joven y brillante abogado Arriaga³⁹, había tomado partido político y en esa actitud no sólo compromisos, sino gratuitos enemigos; en efecto, su enemistad con don Julián de los Reyes era pública, notoria y de difícil solución. Ambos, de carácter fuerte, incluso identificados en algunas ideas, seguramente hechas propias desde la escuela, ahora enfrentaban intereses opuestos. Lo que más reprochaba Ponciano de Julián, era la forma como éste había despojado del poder político a sus buenos amigos y *hermanos*, don Ramón Adame y al Lic. Mariano Ávila. No podía perdonarle lo que llamaba simplemente usurpación, atropellamiento y despotismo, y en esa inmadurez propia de jóvenes, la lucha era abierta y cruel, especialmente en el foro público, a través de la pluma, en la que por cierto don Ponciano día a día progresaba.

Arriaga consideraba y en ello estaba fincada su estrategia, que su batalla política podía ganarse, exhibiendo ante la opinión pública, la iniquidad del que llamaba gobernador espurio. Así, en un ocurso y alegato, muy al estilo de la época presentó, en la causa que se le seguía a don Julián, ante la sección del jurado de la Cámara de Senadores, sus argumentos. Se apreciaba en ellos, la vehemencia de quien toma sus negocios con esa pasión propia de los líderes. Ponciano lograba hacerse escuchar,

obtenía notoriedad y se daba cuenta que su futuro sería más promisorio, si tomando control de audiencias importantes, podía dejar en ellas la reflexión compartida de sus ideales. Todo éste trabajo lo iría convirtiendo en un hábil político cada vez más moderado en sus enfrentamientos, pero más directo y contundente en la búsqueda de sus objetivos. Tenía pues que ser un verdadero agente de cambio y los tiempos, circunstancias y su inteligencia, lo harían destacar años después, identificándolo como *el padre de la Constitución de 1857*.

Pero mientras ello sucediera, su actitud era más belicosa; más visceral.

Ignacio Cumplido⁶⁰, el editor que monopolizaba la impresión de escritos políticos de la época, publicó el famoso alegato de don Ponciano. Se trataba de dar a conocer esa lucha jurídica nada menos y nada más, que contra un joven gobernador, tan aguerrido, por cierto, como sus detractores.

¿Pero qué esgrimía el joven Arriaga en su alegato? Primeramente su pesar público por la absolución del gran jurado —que respetable— no podría acallar lo que él aseguraba era *...el grito de la conciencia del acusado, de la conciencia que era inexorable, y que a todas horas pondrá a la vista del Sr. Reyes las páginas de su gobierno empapadas en sangre de hombres, de cuya criminalidad él mismo, en Dios y en su conciencia, no puede tener el profundo convencimiento que le sería necesario para su tranquilidad*⁶¹.

Ponciano acusa, pero le ganaba la visceralidad, el excesivo y comprometido amor filial a sus *hermanos* y amigos de taller. Reprochaba, sin embargo, acciones, decisiones u omisiones que siempre a un gobernador hacen sospechoso, y que muchas veces ni siquiera los efectos son imputables a ellos, sino a otras fuerzas, a veces poco visibles, pero definitivamente poderosas.

—Yo acuso— decía —y le recriminó al señor gobernador, su actuar contra los sublevados de Sierra Gorda (y en este señalamiento avalaba, entre otros, a los Verástegui; en especial a don Manuel) y no olvidaba, ni perdonaba, la afrenta personal que de ese gobernador anticonstitucional había recibido.

Acusaba el Lic. Arriaga al gobernador Reyes, de todos los vicios propios de una administración autosuficiente de sus errores, para afirmar con seguridad: ... *Todo se ha desmoralizado con la política tortuosa del Sr. Reyes*⁶².

Así en el foro, en la prensa, en las tertulias y en la calle misma, el Lic. Arriaga acusaba a su enemigo político y todo, todo como un rompecabezas se iba armando, para que el enfrentamiento ideológico, más fuerte por cierto que el físico, nutriera nuevas rebeliones.

La gente decía: *gana una batalla don Julián, pero no la guerra...*

Dolía mucho al Lic. Arriaga, que Reyes fuera absuelto; pero lo que se cocinaba estaba a punto, estaba a punto...

En efecto, reinstalado en el poder, el joven gobernador fue avisado de los trabajos en los que conspiraban sus enemigos políticos de Ríoverde.

La bomba estalló donde menos se esperaba; los federalistas dejaron ver su fuerza en Veracruz, Tamaulipas y finalmente en Guadalajara, Jalisco, lugares todos donde los pronunciamientos contra el gobierno del presidente Mariano Arista, no eran otra cosa que la revancha de los militares desplazados y, a río revuelto, ganancia de pescadores, destacando por supuesto los santanistas y corriendo graves riesgos los protegidos del presidente, como era el caso del gobernador potosino, don Julián de los Reyes. Era evidente entonces que los enemigos del recién reinstalado ejecutivo estatal, conspiraban ya no secreta-

mente. Por supuesto y porque la ocasión no se desaprovechó, se sobornaron militares, pero algunos fieles a don Julián, como don Francisco Mejía y su sucesor, don Gerónimo Cardona, manifestaron lealtad, e incluso apoyo incondicional a quien consideraban su jefe.

Por supuesto los pronunciados de Ríoverde adoptaron el denominado Plan de Tampico y así, el 12 de diciembre de 1852, desconocieron formal y públicamente, al gobierno de don Julián de los Reyes.

La joven espía del gobernador de los Reyes, no pudo avisarle el detalle de lo que se fraguaba en su contra; razones y circunstancias especiales se lo impedían, pero valiéndose de una amiga, le mandó el mensaje: *—Cúidese don Julián, cúidese—*.

Don Julián escuchando rumores diversos, había comisionado al capitán de seguridad pública, don Pedro Martínez, para que investigara. Se sabía de un ranchero, más bien bandolero, llamado el *Anuto*. Él podría estar involucrado.

Otra voz de alerta —además de la de doña Anastacia Tena, amiga de la espía situada en Ríoverde— fue la del subprefecto de Ojo Caliente, quien aseguraba: *—Hay un complot para privarle de la vida.—*

Otra más que decía: *—Mi buen amigo y socio he recibido avisos, cúidese; cúidese por favor.—*

Don Julián entonces replicaba al Sr. Aranda: *—don José María, no se preocupe, no pasará nada, nada—*.

Sin embargo y nunca lo percibió don Julián, en diciembre y el 5 de enero de 1853, por poco y le agarran; todos tenemos el tiempo, lugar y hora... Morir habemos, cuándo, no lo sabemos.

Ponciano acusa. Toda su vida pública fue un acusar. Primero con vehemencia juvenil argumentando lealtades; des-

pués, la madurez natural y su inteligencia probada, le llevaron por el camino de la polémica de altura; por el argumento objetivo, por el de la pasión controlada, pero de efectivas respuestas. Mucho seguramente tuvo que pensar Ponciano Arriaga, para atemperar su original agresividad. Los golpes de la vida, la cercanía con la muerte de amigos y enemigos, así como el observar que finalmente quien más sufría era el pueblo, lo llevaron a pensar en la urgencia de cambiar la ley; debía buscarse legitimar lo que él creía era la mejor forma de gobierno; debía propiciarse una nueva constitución.

De Ponciano, su propio físico lo pintaba como personaje activo, nervioso, de palabra modulada y de ideas fijas, enérgico, se transformaba y entonces, entonces pontificaba: *...el pueblo espera... por el honor de la causa liberal no burlemos su fe, no hayamos ilusoria su postrera esperanza. La democracia, ya lo hemos dicho... es el mundo, el poder, el gobierno, la autoridad, la ley, la judicatura del pueblo... , ...cuando la misión del representante del pueblo tiene algo del sacerdocio, es preciso recordar que el Evangelio quiere que los que llevan ofrendas al altar se purifiquen de toda mancha y ofrezcan la limpieza de su corazón*⁶⁵.

Todos tenemos el tiempo, lugar y hora... Todos.

En efecto, don Ponciano Arriaga tendría que dejar de acusar, incluso de acusarse a sí mismo; moriría en 1865, un 13 de julio. Fue sepultado primeramente en el Panteón de Guadalupe. El acta parroquial de su defunción consignó que recibió tierra sagrada, eclesiástica, así como los sacramentos.

En 1900, uno de los hijos de aquel regidor moderado, don Bernardo Meléndez, el entonces joven Lic. Jesús Meléndez, notario público, daría fe de la identificación y exhumación de los restos de don Ponciano, toda vez que Porfirio Díaz había decretado se trasladaran los restos del constitucionalista, a la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Al realizarse la exhumación de los restos mortales se rescató —según lo consigna un historiador— un frasco de vidrio que contenía un documento que a la letra decía:

...Su vida correspondió a su muerte, siempre justo, siempre grande en las adversidades; fue tierno y amoroso padre; leal ciudadano, amigo fiel y profundo y sincero cristiano. En el mundo ocupó la mayor parte de los primeros puestos del país; en el cielo debe ocupar el lugar de los bienaventurados, porque creía en Dios...en el cielo depositó en el regazo de Dios la sublimidad de su alma!!!⁶⁴.

Ponciano acusa a los que no pensaban como él, a quienes no tomaban partido ni causa, a los vendepatrias; a los que no aceptaban que el progreso estaba en el federalismo.

Acusaba, pero también se arrepintió seguramente de hacerlo, porque tarde, pero reconociéndolo, se dio cuenta que también juzgando se condenaba, como se condenó a aquél que fue su enemigo político; a aquél gobernador anticonstitucional según él, que sin embargo no andaría tan errado, cuando hubo necesidad incluso de promulgar otra constitución, de cuya paternidad él se hizo responsable.

XI

La tercera es la vencida

Eulogio sabía a ciencia cierta que la tercera era la vencida. No podía, ni debía fallar. El compromiso irremediablemente tenía que cumplirse; no tanto por la paga, sino por el qué dirán.

Matar no siempre es fácil —aunque se sea muy macho— pero cuando de venganza se trata, se facilita la situación. Qué remedio, ese era el día; fatal para don Julián. Qué se le hace, era el día en que tenía que morir. Qué se le hace...

Temprano el señor Ortiz⁶⁵ se dispuso —como lo acostumbra su actividad— a preparar el día. Nunca imaginó ni olvidaría, que ese fatal 8 de enero de 1853, presenciaría un asesinato. Hizo durante la mañana lo que la rutina le impuso. Comió en casa y siendo un atardecer tranquilo, se convenció que bien podía escaparse del despacho, tomar el portafolios y regalarse un paseo por la Calzada de Guadalupe, orgullo de la capital potosina. De pronto le vio venir; era el carruaje del señor gobernador. Disculpándose de su casual compañero de banca, el señor Medina, se levantó para saludar a don Julián, dándose cuenta que éste ordenaba a su cochero hacer un alto. Era pues la oportunidad para mostrarle la carta. Después de todo, reflexionó, no siempre se tienen estas oportunidades.

Lino Ortiz, diputado, soltero, se dijo a sí mismo esa noche y muchas más:

—Gordo, prieto, chato y bastante feo—; nunca olvidaría esa cara, como tampoco la forma en que fueron arrolladas sus personas; la manera en que se persiguió al gobernador, se le golpeó; los balazos y esa frase de don Julián, enmarcada en su miedo manifestó: *Señor don Lino, esos ladrones vienen a asesinarlos.*

—Señor don Lino, esos ladrones vienen a asesinarlos, fue lo que el pobre hombre alcanzó a decirle.

Su instinto impulsó a correr a don Julián; todo fue tan rápido y al tiempo tan lento, que éste recordó al detalle toda su vida. Panadero, minero, abarrotero. Político de vocación. A los veinticuatro, regidor; tiempo después, síndico. Presidente y alcalde. Privilegió siempre a la educación, no en balde y con orgullo se afilió como socio a la Compañía Lancasteriana.

Corrió el joven gobernador, pero sintió el cintarazo; el primero de muchos. Sudaba copiosamente.

Recordó —hacerlo implica aferrarse a la vida— a su primer mujer, pero también a Benita, su segunda esposa; a sus pequeños hijos Andrea y Julián.

—Déjenme así, para tener tiempo siquiera de confesarme...

—Ya no le peguen; móntenlo en un caballo..., se escuchó una voz, que parecía la de uno de los jefes.

Don Julián recordó que al día siguiente sería su cumpleaños. 42 años; 5 de gobernador. ¿Por qué tenía que morir? Claro, ellos; los socios del Directorio Revolucionario de Río-verde; ellos...

Eran muchos los rostros de quienes le maltrataban. Ninguno conocido; quizás aquél; sí, aquél, y recordó:

—Señor gobernador, El Amito Andrés, Eulogio Andrés Mora-



les, le envió otra carta. Suplica interponga su influencia para obtener su libertad.

—No acostumbro involucrarme en las atribuciones de la autoridad judicial, ni mucho menos hacer recomendaciones.

Tiempo después se vieron frente a frente; aquél estaba entre el grupo de presos que trabajaban en el empedrado y le increpó:

—¿Cuánto tiempo quiere hacerme padecer en la prisión?

No le contestó pero aquél insistió y con enfado algo le contestó, provocando hacia su persona —como dijera el cronista— bajas palabras, insultantes y soeces.

Ya no vio don Julián cómo el oficial, desenvainando la espada, dio de cintarazos al *Amito Andrés*; golpes fuertes en su cabeza y espalda.

En su cabeza y espalda, don Julián sentía los cintarazos.

Corría, qué podía hacer, pero aceptó con dolor e impotencia, que de la muerte no se escapaba. Una muerte que se le había anunciado.

El Directorio, con catorce de sus socios sesionó.

—Pagaremos; confiad la misión al *Amito Andrés*.

Otro: —El señor gobernador deberá ser secuestrado.

Tarea nada fácil, pero posible.

—Le queremos vivo; sólo así pagaremos.

—¿Y si se resiste?, dijo *El Amito*.

—¿Y si le auxilian?, increpó uno de sus acompañantes.

—¿Y si no se quiere subir al caballo?, señaló *El Amito*, —¿Y si no se quiere subir, qué hacemos?

Esa noche el presidente del Directorio Revolucionario se preguntó: *¿Por qué estoy condenado a ese hombre?, porque dije: ...entonces lo matan.*

Entonces lo matan... y dice el cronista⁶⁶ —como así consignó treinta años después del homicidio, y *El Amito Andrés* contestó: —*Está bien; entonces lo mataremos.*

Don Julián acostumbrado a todo tipo de amenazas, no dio crédito, ni importancia alguna a los avisos; sin embargo, reconociendo como posible el supuesto acuerdo del denominado Directorio Revolucionario de Ríoverde, aceptó tomar algunas providencias.

—*Señor gobernador, —se trata de una gavilla de bandoleros; gente despiadada, desalmados...*

Muchos fueron —recordaba— los posteriores avisos; la señora, ¿cómo se llamaba? Doña Anastasia, quien llorando le suplicaba:

—*No salga a la calle; nunca por el Santuario, ni por Tequisquiapan; ni por las Parritas; siempre con escolta...*

También y lo recordaba, la carta del señor Esparza, la que concluía señalando: *No había duda que existe un terrible complot para privarlo de la vida...*, y otros comentarios de fuentes diversas, que aparentemente eran chismes.

Lo que nunca supo don Julián, fue sobre los dos frustrados intentos para asesinarle.

—*La tercera era la vencida,* se prometió *El Amito Andrés.*

—*Entonces lo matan...*, recordaba que esa era la orden.

—*Está bien, está bien...* se repetía Eulogio, recordando a su querida, quien le bautizó como *El Amito; El Amito Andrés; su Andrés.*



Ya no era la paga, sino el qué dirán. No podía fallar, y para lograrlo el plan se estaba dando; dos grupos, saliendo cada uno a los costados del Convento de la Merced⁶⁷; las calles de escape: la de Rocha y la de la Plaza de Toros.

Cómo le gustaría estar con su querida, en lugar de estar provocando una muerte.

Gritó: *—Ya no le pequen; móntenlo en un caballo...*

—Déjenme así, para tener tiempo siquiera de confesarme..., y una voz, la del gordo, prieto, chato y bastante feo que decía:

—Qué confesión, gran tal...., dándole un balazo e introduciéndole la espada.

—Súbase al caballo le ordenó una voz, pero don Julián, aún queriéndolo no pudo; se sentía derrotado, su lucha estaba terminando. Cayó muerto.

El cadáver siguió siendo mancillado; el del caballo rosillo continuó con la espada, y otros dos dispararon al cuerpo. Fue tan rápido todo... y tan lento; los asesinos escapaban.

El niño no entendía, sólo vio aquel correr de caballos; ruidosos caballos que dejaron tras de sí polvo, desconcierto y en algunos testigos, un sentimiento de impotencia y coraje reprimido.

La muerte llegó, tenía que llegar...

La vida escapó por las perforaciones de espadas y balas; acero y pólvora, fuego; fuego que había sentido don Julián y en su desesperación trató de apagar, sin conseguirlo.

Muerte que para darse, mancilló un cuerpo que se cubrió de polvo, sangre, pólvora. Que permitió raspaduras y desgarres; heridas, algunas mortales por necesidad, pero todas dolorosas. Cuerpo que resistió o intentó resistir el castigo,

crecido por la irracional agresividad de un grupo cruel sin identidad; del grupo que no podía fallar, porque tenía una misión que cumplir; por la paga, por el qué dirán...

La autopsia en términos científicos; fría, calculadora, oficiosa, no sólo describió las múltiples heridas en un lenguaje de especialidad; justificó una muerte como un resultado de un proceso de acciones físicas, de agresiones; nunca de razones.

Las razones; las razones, ¿de quiénes?

El mártir, los verdugos; éstos y los incitadores: los denominados y aparentemente anónimos asesinos intelectuales; aquellos que no se mancharon de la sangre inocente y no enfrentaron la súplica de aquél que desesperado gritaba:

—Déjenme así, para tener siquiera tiempo de confesarme...

¿Consigna política?, ¿venganza?, ¿circunstancia forzada?

A las once de la noche de ese ocho de enero de 1853, certificada y jurada la autopsia, extensa en su detalle, concluía:

...Ocho heridas al parecer en dicho señor, estando de pie o andando, con una espada..., más dos tiros de postas y tres de bala...la muerte parece fue debida a la lesión del corazón y debió haber sido instantánea, pues por la lesión del cerebro, aunque mortal, hubiera podido sobrevivir algunas horas con ella¹⁸.

Los testigos —hay testimonios rescatados por el cronista— vieron desaparecer al grupo de más de diez asesinos.

Gritos, polvo y ese sonar de los cascos de los caballos, que primero fueron fuertes y debilitándose se perdieron, pero no con el olvido de quienes presenciaron tan trágico suceso.

Ese ... *Para tener tiempo de confesarme*, fue no sólo el reconocimiento a la batalla perdida, sino la reconciliación personal de don Julián.



XII

yer asesinos, hoy protagonistas políticos

El Lic. Ramón Adame, muy amigo de don Ponciano y del joven liberal Mariano Ávila, siempre se manifestó como político controvertido. Su primer gran acierto, fue sin duda informarse ante lo que llamó un tratado vergonzante para terminar la guerra contra las invasiones norteamericanas⁶⁹.

Su enemistad con don Julián de los Reyes fue siempre notoria, dadas sus diferencias políticas; de él esperaba lo peor, temiendo incluso por su propia vida.

De hecho, el golpe que recibió de aquél su no muy gratuito enemigo, fue que le usurpara el poder, pero triunfó el Plan de Guadalupe y don Mariano Arista, obligado por las circunstancias, renunció como presidente y por ello la muerte de don Julián pasó a un segundo plano, no obstante la indignación que la población manifestó ante su cruel e injusto asesinato.

Nuevamente en el poder, después de un breve interinato de quien sustituyó al difunto gobernador⁷⁰, don Ramón buscó congraciarse con parte de la opinión pública, que le ligaba con el grupo de conspiradores de Ríoverde. Era pues, secretamente acusado como integrante de aquéllos asesinos intelectuales, que se valieron de bandoleros para lograr su inconfesable propósito.

En su nueva gestión hubo en su consejo de gobierno de todo: militares y liberales como Eulalio Degollado; por supuesto, uno de los Verástegui, don Pablo, e incluso un cura, más tarde obispo, don Manuel del Conde.

Ordenó perseguir a los asesinos materiales, pero hubo silencios para proteger al grupo que fraguó el magnicidio; a los intelectuales del crimen.

Poco a poco fueron huyendo los bandoleros; incluso hasta para evitar indiscreciones hubo ley fuga contra alguno de ellos. En fin, don Ramón tuvo que vivir el resto de sus días, con el estigma de sospechoso; sin embargo, al pedirse tiempo después, referencias de su persona, al instrumentarse el imperio de Maximiliano, se consignaría sobre su persona, en el famoso *Libro Secreto*, lo siguiente: *...puede llenar las funciones de presidente del tribunal de justicia de San Luis Potosí*⁷¹.

La verdad de las cosas, es lo increíble que resultó que un acontecimiento quedase relegado a segundo lugar, ante una noticia o situación, no necesariamente importante, pero sí, distractora. En efecto, cuando por cierto, el primo hermano de don Julián, el Lic. don José Guadalupe de los Reyes, entonces presidente del Supremo Tribunal, se hizo cargo del Ejecutivo, dado el fallecimiento del gobernador, lo que políticamente opacó la noticia del asesinato, fue el rotundo éxito del Plan de Guadalajara, al que de inmediato se adhirieron los políticos liberales del lugar, dándose posesión para respaldar esa acción, al general don José López Uruaga⁷², quien fue nombrado protector del Estado.

Acciones muy débiles por cierto, tuvieron que darse por parte de las autoridades, justificando esclarecer el crimen, pero las líneas de investigación, más torcidas que un cordel, lo único que propiciaban era una tibia justificación y un enredar más el caso. Sin embargo y es de sospecharse, los ases-

natos intelectuales tuvieron que continuar la cadena de delitos, al propiciar, bajo el pretexto de castigos ejemplares, traicionar a los mismos bandoleros, que habían sido los brazos ejecutores del crimen.

Poco a poco y uno a uno, fueron cayendo los asesinos materiales del Lic. de los Reyes. No así los intelectuales.

El Amito, fue uno de los que la libraron, pero no por mucho tiempo. En efecto, ella, la de andar cadencioso, la de la esbelta figura y policía secreta por añadidura, gracias no sólo a su habilidad, sino a la deuda que tenía con el fallecido gobernador, y por el odio que le fue naciendo contra don Manuel Verástegui, fue clave para que *El Amito Andrés*, fuera finalmente apresado.

Los verdaderos asesinos escudados en la autojustificación; en el *No queríamos sino solo que fuere secuestrado*, y en la cómoda posición de la hipocresía, fueron olvidando o al menos ese fue su intento, su sentimiento de culpa. De hecho, se trató de un crimen de camarilla; de pecados grupales de omisión, pero de intención, porque alguno pudo, pero no quiso, hacer un llamado a la cordura. Fueron títeres, cobardes y aunque duela decirlo, poco hombres.

Para no aceptar la culpa, descansaban hasta mandando decirle misas al difuntito; como queriendo mostrarse, incluso, indignados por tan horrible crimen, de alevosía, ventaja y desprecio.

Ayer asesinos; hoy políticos triunfantes, ¡qué asco!

Fue pasando el tiempo, y no obstante que cada año en el periódico se escribían notas condenatorias del crimen⁷¹, tendrían que pasar tres décadas, para que un periodista, don Manuel Muro, rescatara la crónica de ese infausto acontecimiento, y redactara en uno de sus trabajos mejor logrados, la verdadera historia de ese crimen⁷¹.

XIII



La joven viuda

El joven Manuel Muro la observó de lejos; le daba ternura esa mujer. Reflexionó cómo en poco tiempo se puede pasar de un estilo de vida, a otro. Sabía, porque fue público, que el gobernador Reyes se había casado con una guapa señorita de nombre Benita Parada; que recién le había dado el gusto de la paternidad con una niña y que ella, amorosa, se había encargado de cuidar a los hijos del primer matrimonio de su esposo.

Viuda, joven y con apuros económicos, tuvo que enfrentarse a su nueva realidad.

Manuel, estudiante en aquella época, quedó impactado por esa mujer y por el dolor que en su cara manifestaba. Mucho más quedó impresionado por ella, cuando tiempo después y sin miedos, enfrentándose a la crítica, aquella aparentemente débil dama, se atrevió a señalar públicamente su repudio por el asesinato de su esposo.

Manuel leyó detenidamente el folleto que con fecha 8 de marzo de 1853, dos meses después del crimen, publicara doña Benita.

—Benita, Benita... ¡Cuánto te quiero!



Ella, tímida e impactada por el hombre que la había he-

cho madre, arrullaba a su bebé, y recordaba todo lo que para conquistarla, le platicaba su esposo. Debía y lo estuvo pensando, no obstante el consejo de quienes se decían amigos de la familia, denunciar y esclarecer los hechos; debía, por el honor de su marido, poner en claro la verdad, aunque a muchos poderosos les doliera. Incluso, pensó denunciar a algunos, pero recapacitando en esa posible acción temeraria, no quiso poner en riesgo a la familia. Escribió; sólo escribió, destacando pasajes que eran avisos indirectos a quienes sabía que los leerían, buscando la pista de ser acusados. Benita escribió para que se pusieran el saco los culpables, los asesinos intelectuales. Con ironía, ordenó que copia de su folleto llegara a cada uno de los miembros del Directorio Revolucionario de Ríoverde; a don Ponciano, a don Ramón y a otros *hermanos* de las logias.

Liberales, moderados y conservadores, tuvieron a la vista, ese escrito redactado con lágrimas, coraje y nostalgia, en el que por supuesto, se hacía justicia a las buenas obras, no del amado y difunto esposo, sino del estadista que fue, según ella, don Julián de los Reyes.

La pérfida ingratitud con que fueron correspondidos los servicios de mi esposo... ponen la pluma en mis manos... hechos esclarecidos que ilustraron su vida... no dudando que sus enemigos... pero consolada con la idea de que no todos los habitantes de San Luis...

Podrá ser que mi finado esposo, objeto de mi cariño, haya tenido faltas políticas, que yo por sexo me hallo muy lejos de calificar... de la rectitud de sus intenciones necesito responder... sólo se proponía el bien y el engrandecimiento de su patria...

...Pero la envidia que germinaba en los corazones de los que se declararon sus enemigos... llegó al extremo de vociferar sus depravados instintos, extendiendo sus amenazas a la inocente familia... muchas maniobras emplearon para lograr el perverso fin... entre otras,

la de procurar que entrase al servicio personal del gobernador, doméstico infiel y que reportaba la nota de asesinato, a quien se le daba la comisión de encerrarlo.

...El desamparo de seis niños, de los que el mayor tiene apenas once años, y contándose en aquéllos, una niña que fue privada de las caricias y cuidados del autor de sus días a los cuarenta días de nacido.

...¡Aplacaos, repito manes venerados! y entre tanto una familia tierna y una viuda desventurada, regarán con su llanto la tumba en que descansáis⁷⁵.


Muro, el joven estudiante quedó tan afectado, que se prometió reivindicar algún día la acusación; cumplió su promesa años después:

*Todos los catorce individuos bajaron ya a la tumba. Sólo ellos sabrían hasta qué punto llegan los remordimientos de su conciencia...*⁷⁶

...Palidecían siempre que en su presencia se ofrecía alguna conversación, recordando el sangriento suceso...⁷⁷

La joven viuda arrullaba a su bebé y recordaba, sonriendo, aquello de:

—Benita, Benita... ¡Cuánto te quiero!



Quien a hierro mata... _____

Aunque al principio todo fue tranquilidad, las cosas se pusieron feas; de hecho la renuncia de Arista propició un corto periodo de negociaciones. Grupos selectos de liberales, conservadores y moderados buscaban la paz, pero la verdad sea dicha, los militares seguían haciendo alianzas, levantamientos; en fin, se avanzaba un paso, se retrocedían tres.

Santa Anna y todo el aparato que lo utilizaba para sus fines político-económicos, fueron perdiendo fuerza. La muerte de don Lucas Alamán, conservador a ultranza, fue como la puntilla, no en balde tenían en él a un gran político; figura que buscaba la fortaleza en el desarrollo económico y las alianzas financieras. Todos, desde sus diferentes perspectivas, buscaban un nuevo México.

En marzo 1º de 1854, don Juan Álvarez⁷⁸, enemigo de Santa Anna, da el golpe, pero como eran tiempos en que todo tenía que justificarse, fue el *Plan de Ayutla*⁷⁹ el respaldo ideológico que secundó la acción. Días después, en Acapulco, el 11 de marzo, don Ignacio Comonfort modificó el Plan y Santa Anna, aceptando una vez más la derrota, huyó, para dejar la puerta abierta a los liberales, que en esa revolución armada e ideológica, se enfrentarán a todo reducto de conservadurismo.

Visionario don Juan Álvarez se rodeó de jóvenes liberales; intelectuales la mayoría, pero también entre ellos, milita-

res de nueva generación. Sobresalieron algunos *hermanos* de logia, como don Melchor Ocampo, el propio Ponciano Arriaga, don Benito Juárez; el talentoso Guillermo Prieto, Santos Degollado y don Ignacio Comonfort. Sumáronse a esos jóvenes, don Ignacio Ramírez y don Francisco Zarco, para formar así el grupo de los denominados: *puros*, a quienes años más tarde, Aguilar y Marochó⁸¹ satirizaría como los miembros de *La Familia Enferma*.⁸¹

Mientras tanto los bandoleros asesinos de don Julián, cobrada la infausta tarea, se desmembraron por grupos; de hecho, el *Amito Andrés* los había reunido para la específica instrucción del Directorio Revolucionario de Ríoverde, pero urgía que cada cual tomara su camino, porque tarde o temprano acabarían aniquilándose entre ellos mismos.

Esa tarde se enteró *El Amito Andrés*, que sus compinches Eulogio y Juan Beltrán, así como Manuel Cañedo, por una traición, a punto habían estado de ser apresados. Sabía que, una de dos, o harían como que les perseguirían, o de plano les matarían porque sabían demasiado. El dinero cobrado no era de ninguna manera garantía de satisfacción. De hecho, hasta pensó que bien valdría la pena matar también a esos señores del Directorio, pero dada la situación y las cosas tan revueltas, mejor era esperar y mientras algo sucediera, planear algunos otros trabajitos. Total, la vida es tan corta.

De Manuel Cañedo, apresado y misteriosamente requerido por algunos enviados de Ríoverde, el coronel Manuel Iturría buscó antecedentes, derivando por sus indagaciones que había formado parte de la gavilla de asesinos del gobernador. De hecho, Cañedo había hablado de más; sin empacho mencionó que en el dicho asesinato, participaron como instructores de la orden, algunas *personas decentes*.



en manos de la Guardia Nacional, supo el coronel, que aquél había huído, o quizás le facilitaron la fuga. Como fuera, dio parte a sus superiores, manifestando por escrito la media filiación de aquél joven bandolero. Cañedo en efecto fue protegido por el grupo de *personas decentes*, a quienes ya les andaba, pues si bien es cierto que políticamente estaban encumbrados, ser denunciados implicaría una crítica social, de la que mal librados saldrían.

Cañedo nuevamente fue apresado y de igual forma, misteriosamente huyó. Unos dicen que hacia el norte; otros, bueno, otros dicen que no escapó, que todo fue un plan urdido por aquellos considerados como los intelectuales.

Rafael del Águila y otros del grupo, junto con su jefe *el Amito Andrés*, se fueron a donde la vida no vale nada, dedicándose, para no perder la costumbre, al pillaje y a todo tipo de fechorías; incluso, a golpes grandes por lo que nuevamente juntaron un contingente de facinerosos, asaltando la ciudad de Lagos, Jalisco, después de soltar a los presos de la cárcel.

Como el que a hierro vive, a hierro muere, fueron poco a poco cayendo en manos de la justicia algunos de los bandoleros, los que después de juicios sumarísimos, fueron fusilados, pero por otros delitos y no por la participación que tuvieron en el asesinato de don Julián de los Reyes.

Rafael y *El Amito* nuevamente la libraron, pero no por mucho tiempo; para desgracia del segundo, en su final serían dos mujeres las causantes de su merecida muerte. En efecto, Andrés se había encariñado de más con una jovencita que le cumplía todos sus caprichos, al grado de descuidar por estar con ella, toda su seguridad, lo que propició que una pareja de policías secretos le empezaran a tender la trampa; sin embargo, o era suerte, o su destino le daría aún algunos días de vida.

Ella, la de andar cadencioso y de ademanes tan libres, tan libres, estaba irritada consigo misma al fallar nuevamente, ya que cuando creía haber encontrado el lugar secreto de *El Amito Andrés*, éste misteriosamente desaparecía. Recordaba con rabia y dolor, que pudo haber alertado a don Julián para no ser asesinado y ello, que le había quitado noches y noches de sueño, se había convertido en una obsesión; no descansar, se prometió, hasta ver muerto al maldito asesino.

Finalmente y mientras se encontraba con su manceba, la *chula de compañía*, *El Amito Andrés* fue apresado en la madriguera, que descubrió la tenaz mujer policía secreta. Ahora, se dijo ella, empezaría con cada uno de los señores *decentes* del Directorio Revolucionario de Ríoverde.

Supo *El Amito Andrés*, que una mujer fue la causante de su desgracia, pero se dijo: —*desgracia fue nacer y sólo se nace de la mujer; qué de extraño sería morir también a causa de mujer.*

Su cadáver fue colgado después del fusilamiento, para escarmenatar a las malas conciencias. Por informes de amigos, supo la mujer policía que el castigo implicó que ladronzuclos, sin respeto de la muerte, despojaran de botas y ropa a aquél que en vida fue el azote de la comarca, y para la posteridad, así como recreación histórica, la mano ejecutora de un gobernador potosino.

Otros de los asesinos fueron apresados en diversas circunstancias; llevados al juez y seguidas sus causas, inevitable fue que se intentara seguirles juicios cuidadosos, que sospechosamente se hicieron lentos y en los que también, misteriosamente, se fueron perdiendo documentos de los expedientes. Manos secretas; amenazas veladas; intereses oscuros; lealtades propias de *hermanos* y dinero, mucho dinero, fueron los caminos que volvían intransitables las líneas de investigación. Pareciera, ¡oh paradoja!, que la justicia estaba para proteger a los asesinos, si con ello se

lograba poner un velo distractor a quienes, asustados, deseaban seguir como los incógnitos causantes del magnicidio.

Cañedo fue nuevamente puesto en libertad. Situaciones de procedimiento y miedo a delatarle, facilitaron tal decisión, pero al poco tiempo un error le regresó a la justicia, alarmándose algunos de los *hombres decentes*, que desde puestos públicos honoríficos, pretendían mostrar su mejor cara; la hipócrita cara de asesinos de escritorio; la de la honorabilidad fingida, la de ni se piense que fuimos nosotros.

También y para variar la causa de la desgracia de Cañedo, fue otra mujer; su manceba, a la que se le hizo fácil no alcanzarlo en la huida, quedándose con el dinero de su amante. Pero así son las cosas; traiciones hasta de los más cercanos; traiciones de las que más duelen, porque a Manuel lo que más le pudo, fue sentirse más barato que su dinero.

Para acabarla de amolar y después de haber recibido oportunidades, ya no quisieron arriesgarse los otros enemigos de don Julián de los Reyes; ya no hubo fuga preparada, ni mucho menos dinero de por medio, para silenciar la indiscreción de Cañedo. La orden salió de un taller, de una *tenida*, de una reunión de *hermanos*, que no fué precisamente para estudiar el camino de la perfección, sino la salida al riesgo de ser delatados: —*Que se le mate...*—


Manuel Cañedo pensó, en su ingenuidad, que ese traslado a otro juzgado fuera de la ciudad, sería nuevamente fácil camino a la libertad.

Lo único que alcanzó a escuchar fue un: —*Corre...*—,

Manuel sigue corriendo; un dolor muy fuerte le destroza el corazón. Le duele la traición de su manceba; le duele no parar de correr, viendo a lo lejos colgado el cuerpo de *El Amito*

Andrés. Le duele haber nacido y no encontrarle sentido a su vida; le duele en fin, que digan que huyó y que lo hizo con cobardía, porque por más que gritó y gritó, lo único que hizo fue correr al recibir la orden.

Colgado, desde otro árbol, Rafael del Águila, muerto pero no de miedo, sino por balas de un fusilamiento bien respaldado en sentencia firme, mientras se consume observa a lo lejos el cadáver de *El Amigo Andrés* y la loca, loca carrera de quien en la vida fue flojo, mujeriego y muy confiado: el tonto de Manuelito Cañedo.



Se abaten columnas

De 1855 a 1857 se dieron sucesos singulares en territorio potosino. En Matehuala y al grito de *libertad* se dan robos en casas y haciendas. Gavilleros hacen desmanes en pequeñas poblaciones. Enfrentamientos y vejaciones contra aquellos desafectos a la “federación” (léase liberales vs. conservadores). Las malas lenguas señalan que Vidaurri toma, bajo el pretexto de hacer la guerra de bárbaros, \$25,000 en Real de Catorce; de don Eulalio Degollado se dice que incendia su propia casa, para sacar ventaja.

Los conservadores, haciendo gala de ironía fina, denominan a la Constitución de 1857: *Cuerno de la abundancia*.

Quienes entienden inglés manifiestan que el *Mexican Extraordinary*, asevera que los Estados Unidos simpatizan con Comonfort, a quien inclusive ayudan en la *Revolución de Ayutla* (de *hermanos a hermanos*).

Se insulta públicamente al párroco de San Luis Potosí (le ponen pasquines) por no gustarle, aparentemente, la nueva constitución.

Las autoridades liberales, destierran a quienes se les oponen. Incluso declaran parias, a los que no juran la constitución.

El administrador de correos de San Luis Potosí, se queja del

gobernador; le exige la correspondencia para la honesta diversión de saber vidas ajenas...

Más destierros; inclusive de eclesiásticos.

En el Congreso de San Luis se trata de repartir la hacienda de Bocas... A río revuelto, ganancia de liberales.

Hermanos contra hermanos; liberales contra conservadores.

A la revolución ideológica de Ayutla, se opondrá el *Plan de Tacubaya*.⁸⁶ Se inicia la Guerra de Tres Años⁸⁵.

Tomada la presidencia por Comonfort, el 10. de diciembre de 1857, el Poder Judicial se convierte en recinto de liberales. Santos Degollado, Miguel Lerdo de Tejada, Ezequiel Montes, José María Iglesias, Ignacio de la Llave y otros; como presidente de la Suprema Corte de Justicia, el *hermano* Lic. Benito Juárez.

Parrodi⁸⁶, en Jalisco; denuncia de un complot político; los conservadores golpistas algo tramaban: Zuluaga⁸⁷ y don Manuel Payno⁸⁸ son señalados como los malos. Días después, el 17 de diciembre se promulga el *Plan de Tacubaya*. El Congreso de Jalisco reacciona y lo liberal lo identifica. Unos y otros se llaman traidores. Aún en las logias hay diferencias.

Juárez presidente interino.

La opinión pública, dividida y la Iglesia Católica, acusada de apoyar a los conservadores.

Todo el año del 57 fue difícil en San Luis Potosí. El joven Juan Vildósola⁸⁹ lo plasmaría en un diario: "...desde enero, *federales contra conservadores* (conservadores parapetados en Catedral, El Carmen, San Juan de Dios, El Colegio de Niñas, La Compañía y las alturas del Obispado, la Casa de Moneda y

hasta la del Sr. Toranzo). *Los liberales, en su cuartel general*, (El Convento de San Francisco, San Agustín y el Hospicio)".

El Sr. Othón, capitaneando a los conservadores.

Saqueos por doquier...

Se calma la bronca. Algo de diversión para el pueblo. Toros, misa de acción de gracias (solicitada por Vidaurri); bailes... pero todo para que se jure la nueva constitución y, faltaba más, sobre la Biblia.

Sigue el teatro; dentro y fuera de los recintos públicos, y también en los templos religiosos y masónicos. Llega, dice Vilkóso-la, la ópera italiana.

La moda: retratistas. Bueno, como la vida sigue, se anuncia la boda de Florencio Cabrera⁹⁰ con Manuela Otahegui.

San Luis Potosí empieza a respirar tendencias conservadoras. Los liberales tienen que emigrar, cerrar la casa, *entrar en sueños*; que se *abatan las columnas*.

El *Plan de Tacubaya* ganaba adeptos. En la capital del país, las fuerzas de gobierno se alinearon contra los liberales y actuaron arrestando a don Isidoro Olvera y a don Benito Juárez. La noticia corrió de boca en boca; por periódico y a través de *plancha*. La consigna liberal, *abrir la luz* a nuevos iniciados; abrir logias.

Los conservadores se fortalecían en lo militar, destacando Zu-luaga y Miramón⁹¹; también en lo intelectual, con don Manuel Díaz de Bonilla⁹², don Manuel Larraínzar⁹³ y don Severo del Castillo⁹⁴, pero finalmente ganarían los liberales; se *abatían* y *levantaban columnas*; por doquier pero más que trabajos de taller, en busca de la luz y la perfección, la cruenta guerra fratricida dividió opiniones, familias y esperanzas.

Aprendiz, compañero y maestro; muchos de ellos enrolaron las filas para combatir; era la guerra, ¡ qué se le hace...!

El 30 de junio de 1858, San Luis Potosí, cae frente a las fuerzas del liberal Zuazua⁹³.

En el diario de don Agustín Soberón⁹⁴, se lee: que *Cerca de cuatrocientos fueron las casas saqueadas, por donde puede calcularse el estrago⁹⁵.*

— Pobres conservadores, no pudieron, perdieron más de mil fusiles.

— Y veintrés cañones.

— Algunos murieron; otros huyeron.

— Que huyó el gachupín, don José, entre otros.

— Pa' mí que lo querían afusilar.

— Que lo hirieron...

— Que se fue pa México.

— Que dejó al hijo, de cuatro años.

— Que apenas dos años ha, había terminado los negocios con su mujer.

— Que le dejó dinero al niño...

XVI

ambio de vida

Don José lo presentía. Los liberales ganaban terreno. Él era considerado conservador; de hecho simpatizaba con ellos. Corría peligro. ¿Qué hacer?

—*Miguel, te encargo por si algo pasa. Aunque sea de lejos, cerciórate que el niño esté bien.*

—*Sí patrón.*

—*Ya te sabré recompensar. Guarda donde sabes, algunas monedas. Me respondes con tu honor y vida.*

—*Sí patrón.*

—*Si muero... bueno, ya sabes, el Lic. Ignacio López Portillo... él conoce, él ayudará...*

—*Sí patrón.*

—*Pásame el arma y vete a descansar; esto se pone feo.*

Don José pasó a revisar papeles. Le preocupaba el niño. De un cajón sacó el decreto para leer:

Núm. 10/Julián de los Reyes, Gobernador del Estado de San Luis Potosí, a sus habitantes sabed: que el Congreso Constitucional del mismo ha decretado lo siguiente:

Art. 1.º. Que se le habilite a doña Guadalupe Rivera de la edad que le falta para administrar sus bienes, sin que por esto quede privada la madre.

...Lo tendría entendido el Poder Ejecutivo del Estado, y lo hará publicar, circular... San Luis Potosí, marzo 5 de 1851. Ramón Adame, Presidente...

A don José Andrés le preocupaba el niño; de pronto le nació un amor hacía aquella criatura. Añoraba también a doña Guadalupe; siempre tan distante; tan especial...

—*Que se acercan don José, que se acercan*

—*Miguel, ¿ya sabes?*

—*Sí patrón; sí... el niño.*

Don José recordaba; sí, hacía remembranzas:

—*Don Aniceto Rivera⁹⁸. buen hombre y su esposa, doña Teolocia López⁹⁹. Su nieto natural, el niño José Florencio; la madre, doña Guadalupe¹⁰⁰.*

Volvió a la realidad, al escuchar al sirviente:

—*Que se acercan don José, que se acercan...*

—*¿Qué hayo?* —Le cuestionó.

—*Escóndase don José, dicen que no tendrán piedad... huya.*

—*Miguel, ya sabes...*

Esa noche la cosa se puso fea; primero, un silencio; después gritos, balazos, llanto...

Herido en un muslo y perdiendo sangre, don José Andrés tuvo que aceptar la derrota. Era huir o morir. Nunca había imaginado que a los 40 años, cuando de triunfos pasados se

vanagloriaba, tuviera que escapar de ese destino que, nuevamente, lo enfrentaba a la muerte.

Se dio cuenta que no había más remedio; tomar bandera. Además no tenía de otra, más él, que otros, sería señalado como amigo de conservadores, lo que era un hecho irrefutable. Huir, pero ¿a dónde?...¿a México?.. No lo pensó dos veces. Esa noche y condecorador, que como otros, su cabeza tenía precio, no quiso dar la oportunidad de ser traicionado. Se despidió de los bienes patrimoniales y se prometió así mismo con un: *volveré*.

—*Miguel, ya sabes.*

—*Sí patrón... ya sé.*

Por supuesto Miguel, no hubo don José escapado, cuando lo primero que hizo fue esculcar y esculcar; *total, a que se lo lleven otros, a que lo disfrute yo*; pero eso sí, no faltaba más, estaría pendiente del niño, aunque bien cuidado estuviera por doña Guadalupe, que cada día, según la gente, se hacía más rica, y como dinero llama dinero, pues más rica.

—*Pobre de don José; quien le manda. Además, es español; quien le manda...*

XVII

Los remordimientos

Hoy se ha tomado un empeño mayor que nunca en desacreditar nuestra causa a la faz del mundo y con una maligna destreza se hacen circular, aún en la prensa extranjera las especies más absurdas, á fin de hacer creer que el clero mexicano está sostenido y agitando la guerra, con la mira de entronizar un partido político en perfecta consonancia con las pretensiones que con igualdad falsedad se le atribuyen.¹⁰¹

—¿Qué opina de este párrafo don José Euschio?

El señor Salazar, con muchas horas de experiencia política, no quiso comprometer una respuesta a don Bernardo, sabiendo que éste, más que moderado, era conservador.

—Pues verá usted don Bernardo, el párrafo sólo afirma que el clero no está involucrado. De hecho, usted lo sabe bien; sólo busca defender sus posiciones y bienes... bueno, los que le quedan.

En efecto, en 1859, para ser más precisos el 30 de agosto, todo el clero mexicano, encabezado por el señor arzobispo de México, don Lázaro de la Garza y Ballesteros¹⁰², así como varios obispos, entre los que destacaban don Clemente de Jesús Munguía¹⁰³, el combativo prelado de Michoacán y don Pedro Barajas¹⁰⁴, primer obispo de San Luis Potosí, reaccionaban públicamente contra el Lic. don Benito Juárez y, en especial, por los

decretos que éste había expedido en julio de ese año y es que en verdad, los liberales no habían cesado de hostigar a la Iglesia.

—*Mire don José Eusebio, la prueba está en todas esas leyes. La Ley Juárez que anteriormente, en 1855 abolía los fueros; el eclesiástico y el militar. ¿Qué no son fueros las logias?*

—*No don Bernardo, a usted le está ganando el corazón. Esas leyes son y serán necesarias...*

En rigor, la Iglesia, cofradías, hacendados, y todos aquellos que detentaban fuerza económica, estaban en la lucha, o para no perder lo que se tenía, o para acrecentar sus caudales.

Así, gobiernos liberales buscaban el movimiento de los inmuebles, pero paradójicamente haciendo más ricos a los ricos.

—*Don José Eusebio, no me negará usted, cómo se aprovecharon los liberales. Es público y notorio. Los Verástegui, don Paulo y don José María: seis fincas. Y qué me dice de mis buenos amigos los Gordou —al fin licenciados— cuatro fincas y, abundando, don Francisco Antonio Aguirre, 40 fincas¹⁰⁵.*

—*Tiene razón don Bernardo; pero, ¿por qué no compró usted?*

—*¿Y ser excomulgado?, no señor, de ninguna manera...*

—*Tiene razón don Bernardo, el clero amenaza y si no, a las pruebas me remito:*

Para precaver en los fieles los peligros de una falsa conciencia, les hacemos saber que por ningún motivo, ni aún el de salvarle a la Iglesia sus bienes, les es lícito cooperar al cumplimiento del decreto...¹⁰⁶

—*Don José Eusebio... nos están esquinando a los católicos.*

—*Es contra los conservadores don Bernardo...*

La ironía del Sr. Salazar fue fina, demostrando su queha-

cer y oficio político; bien sabía que cada vez se recrudecían, aún entre amigos, las diferencias de opinión. Se despidieron y cada cual se fue a su casa, lugar establecido en ese San Luis Potosí, ciudad señorial, de casi veinte mil almas, cada una de ellas con una historia, cada una, con una esperanza, pero también con escrúpulos y deseo de sobrevivir, no sólo en el decoro, sino frente a los peligros. Peligros de la guerra entre hermanos.

Mientras tanto en Ríoverde, don Manuel Verástegui no podía dormir, se autojustificaba; buscaba argumentos, pero su conciencia le reclamaba repitiéndole: *Por qué condené a ese hombre? ¿qué ganamos?*

Sus ansias políticas, no podían aún en sus logros, superar una cierta envidia hacia su primo Paulo... ¿Qué había ganado?

—Somos piezas de ajedrez, se dijo con cierta parsimonia. —No somos dueños de nosotros mismos; somos títeres...

Desde 1856, don José Andrés, aquél inmigrante ex-carlista, comerciante, prestamista y para males español, en un país donde de todo lo gachupín se criticaba, había decidido tomar partido. Era, no rico, pero prestando entre el 12 y 24% con garantía confiable, podía asegurar, no sólo una vida decorosa, sino sus gustos, mientras pudiera pagarlos.

Tenía un hijo, el que no le pudo dar su legítima esposa, aquella que prefirió quedarse en España. Un niño que día a día y mientras estuviera con su mamá, le dejaba un hueco.

—Necesita más hijos mi mujer, y ese don Cástulo¹⁰⁷ se los dará; entonces, entonces recobraré a mi hijo, a mi José Florencio...

Antiliberal, don José Andrés nada sabía de lo que le esperaba.

Buenas y malas cosas; algo positivo, la posibilidad de consolidar su posición, al establecer alianzas más firmes con los

conservadores, hasta que ese 30 de junio de 1858, el sueño se convertiría en realidad. No habría más remedio, huir o morir.

—Miguel, ¿ya sabes?

—Sí patrón.

En una taberna cercana a San Miguelito, aquel barrio donde convivían conservadores y liberales, un hombre se recriminaba el haber huido dejando a su mujer, a merced de aquél rico hacendado.

—Pero Rosa, ¿Por qué me abandonas? Lo que te ha prometido son puras falsedades.

—Ricardo, lo siento. . .

Orgullosa la dejó. Lo único que nunca supo es que ella le había mentado. Estaba enferma y no quería morir sin haber vengado la muerte de su cliente; de don Julián.

Se había prometido aquélla valiente mujer policía, acabar con Él, con el asesino intelectual. Para lograrlo, propició entrevistarse con el que consideraba su enemigo, pero a quien debía engañar, para en su oportunidad lograr la venganza.

Platicaron; ¿qué?, . . . nadie lo supo. El hecho es que ella dejó Ríoverde, y días después la encontraron unos arrieros, muerta en el camino.

Ricardo, que no comprendía; dándose a la bebida murió años después. Se le escuchaba decir: *No fue ella; el mérito fue mío. . . yo apresé al Amigo Andrés*. Miguel el hermano Miguel, el leal Miguel, primero *aprendiz* y finalmente *maestro*, había decidido. Él fue quien dándose cuenta cómo se le había metido en la cabeza, en el corazón, aquella mujer a don Manuel, la logró convencer de hablar con su amigo, aunque nada, nunca dijo nada,

para evitar que el presidente del Directorio se sintiera menos. Que pensara que fue su propia conquista, aunque al bueno de Miguel su dinero le hubiera costado, con tal de convencerla.

—Le caerá bien señorita. ... es buen hombre; es bueno, aunque tanto se diga de él. No lo dude. Sólo le pido sea discreta, por favor.

Ella aceptó. En realidad cuando aquel don Miguel venía, ella regresaba. Se hizo la usada, cuando en realidad era quien estaba manejando el asunto. Lo único que le dolía era perder a Ricardo, pero ella sabía que era necesario; pronto moriría y no podía hacerlo en paz, sin haber vengado aquél asesinato.

—Don Manuel...

Lo que hablaron aquella pareja, nadie lo supo.

Rosa murió... la encontraron en el camino aquellos arrieros.

—Don Miguel, se murió la Rosa —dijeron los guardias.

—¿Quién la mató?

—No tenía huellas de violencia. ... Murió de joven.

Don Miguel esa noche se autojustificó, cumplió con su deber. Le dio algo de felicidad clandestina a su *compañero y maestro*. Pero sólo él, solo él sabía la verdad.

XVIII

Un coronel sin ejército _____

... *N*o tuve otro remedio que salir huyendo para la capital de México.

Nuevamente, aquella novia llamada muerte buscaba seducirme... Huí, corrí y no sé cómo, ni cuando, pero semanas más tarde, mi buen amigo me daba resguardo en su casa, como a un hermano. Nunca podré pagárselo.

—Mire don José, primero se me alivia. Esa herida en el muslo es de cuidado; perdió mucha sangre. Usted, perdone el atrevimiento, no está para estos trotes. Déle gracias a Dios que sigue vivo.

—Vivo pero porque huí. Así no vale la pena don Fernando... No vale la pena.

El Sr. Martínez Orozco pudo, días después, conseguirle a don José Andrés, la cita.

En documento rescatado años después, se pudo leer lo que propició que el excarlita regresara al mundo de la milicia.

El Presidente, entonces de la República, general don Félix Zuluaga, a quien fui presentado por el Sr. general Miramón a consecuencia de los servicios que había prestado a la causa y en vista de los despachos que le fueron presentados, me dió la orden para que formase el Escuadrón de San Luis, lo que efectué... habiéndolo montado a mis expensas, como consta en...¹⁰⁸.

Militar, comerciante; nuevamente militar.

El destino es único; da tregua pero canaliza vocación.

La orden estaba dada, había que formar el Escuadrón de San Luis y manos a la obra.

Se dice fácil; había experiencia, mas formar un grupo armado implica inversión, tiempo y búsqueda del necesario elemento humano.

Respecto al gasto, había que hacerlo; libranzas, cobros, inversiones, préstamos; lo que fuera, que al fin y al cabo se destinaría a la causa.

Así, se adquirieron caballos, armas y otros efectos necesarios. Todo del propio peculio.

Don José Andrés deseaba, al menos ver de cerca al hijo, a ese niño que era lo único que le daba sentido a su vida y por quien tendría que sobrevivir.

Doña Guadalupe, la madre, tendría que permitirlo. Total, tendría otros hijos, aunque fueran de otro agiotista.

—Mañana saldremos para San Luis, Sr. Martínez Orozco. Siga escribiéndome; prometo contestarle.

—Sí coronel; claro que lo haré; por supuesto.

pílogo

Todos los personajes de este relato murieron; aún los de ficción. Aquellos que siéndolo, fueron más reales, porque representaban al anónimo hombre o mujer de una época realmente difícil; la de aquél México tan contrastante, donde se enfrentaron ideologías, cada cual según su dicho, propietaria de la verdad absoluta.

De uno de los personajes, conservador y consecuentemente de los vencidos, protagonista secundario de esa historia poco conocida y en proceso de rescate, un joven escribió a uno de los descendientes de ese perdedor histórico, después de haber leído su historia:

...Me agradó el tema... pero me parece que usted critica un poco al personaje... y hasta su filiación conservadora. Mi punto de vista es que esa fue la línea de conducta en que se actuó en ambos bandos. La rudeza de su antepasado yo la justifico... Así se comportaban los miembros de los dos partidos en pugna... No se podía ser militar de un bando y tener consideraciones para con los partidarios del otro....

Hay que conocer algo de los "vencidos", pues la historia la escriben los vencedores....

El coronel no vivió mucho; falleció en 1870. Su mujer, casada con hombre rico, se hizo más rica y le dio a la Igle-

sia tres hijos sacerdotes. Gordos todos. Su marido, construyó la iglesia de San José¹⁰⁹ y expió sus culpas derivadas de una riqueza hecha a ciencia y conciencia, entre la edificación de obras, el préstamo a no bajo interés, y el amor por el dinero que por cierto, poco disfrutó.

Don Manuel Verástegui, quiso ser político y nadie sabe si lo logró. Él mismo dudaba de ello, y aunque pudo contarle mucho a sus nietos, nada les dijo; secreto de hermandad.

Don Ponciano Arriaga, es un héroe. Padre de una constitución al poco tiempo superada, pero de grandes logros.

El obispo Barajas, que fue el primero de San Luis, fue obsequiado con una lápida en catedral que en nada compite con la del que se la mandó hacer¹¹⁰ Además, la comparte con otros obispos...¹¹¹

Rosa, la mujer policía, murió en el camino; la encontraron envuelta en su propio misterio; quizás recordando aquella pregunta y su lacónica respuesta: —*¿Por qué estás tan triste? Murieron los míos señor; murieron...*

Don Julián de los Reyes, lo último que alcanzó a ver, fue *La Caja del agua*¹¹². Todos la conocen, pero de él, sólo sus amigos se acuerdan; su joven viuda, hijos y aquel joven que rescató la historia de esa infamia, don Manuel Muro.

Don Bernardo Meléndez el regidor, se fue haciendo viejo. Lleno de nietos y viudo, murió de pulmonía o de algún otro pretexto. Una de sus hijas se casó con el hijo del coronel ex-carlista.

Los *hermanos* de algunas logias; de las que *entraron en sueños*, porque hubo que *abatir columnas*, buscaron su futuro. Los más, siguieron en la política; los menos, *buscando el camino de la perfección*, la luz y el encuentro con el Gran Arquitecto del Universo.



Ilmo. Sr. Ignacio Montes de Oca y Obregón, cuarto obispo de la diócesis de San Luis Potosí

El Amigo Andrés, colgado hasta que alguna alma piadosa le dio sepultura.

El viejo secretario del ayuntamiento don José Eusebio Salazar, afirmando a quien le cuestionara: - *En política no hay que perder la capacidad de asombro...*

Don Ramón Adame, hasta en el *Libro Secreto* de Maximiliano aparece, y casó, a su hija, no faltaba más, con quien fuera un gobernador de San Luis¹¹³.

Liberales y conservadores; ni tan liberales, ni tan conservadores...

Y miles, miles de potosinos de esas épocas, quedados en el olvido, pero al fin raíces de lo que somos; para bien, o para mal...



Notas

1. ELEUTERIO QUIROZ (*Nació en 1825, en San Luis Potosí, murió en 1849, en Querétaro*). Encabezó la revolución de la Sierra Gorda. (Nota 30) levantándose en armas contra el gobierno de don Julián de los Reyes. Autores diversos manifiestan que fue manipulado por Manuel Verástegui, (Nota 5) quien le redactó el "Plan Político y Eminentemente Social del Ejército Regenerador de la Sierra Gorda". Su movimiento, agrarista, propició reacción incluso del gobierno federal y dio pauta a la creación de columnas militares.
2. JOSÉ MARÍA MATEOS. Masón grado 33, escribió: *Historia de la Masonería en México*, obra clásica de consulta sobre el tema; contemporáneo de Valentín Gómez Farías (Nota 51), así como de Crescenciano Rejón y Ponciano Arriaga (Nota 59). Su obra ubica a importantes personajes de la historia patria como masones y liberales, muchos de ellos iniciados en el rito yorkino, el escocés y el denominado Rito Mexicano.
3. RAMÓN ADAME. (Nació en 1815, en San Luis Potosí, muere probablemente en la Ciudad de México en 1884, un 21 ó 22 de abril); combatió contra los americanos; fue gobernador dos veces de su Estado. Se le acusó de ser autor, uno de ellos, intelectual, del asesinato de don Julián de los Reyes, su enemigo político. Amigo de Santa Anna (Nota 31); decano del foro potosino. Su hija Margarita casó con el Lic. Pascual M. Hernández (Nota 113), quien fue también gobernador del Estado potosino. Está enterrado en las criptas del Templo de San José (Nota 109), en San Luis Potosí. (Ver Nota 71).
4. PAULO VERÁSTEGUI. Hermano de María de Jesús. Primo de Manuel del mismo apellido. Vasco de origen, hacendados con grandes extensiones de tierra en Ríoverde; políticos, por conveniencia, para la protección de sus fortunas. Se dijo amigo de Julián de los Reyes, pero igualmente apoyó a Ramón Adame. De los Verástegui se ha manifestado que fueron el prototipo de hacendados liberales del XIX. Fue abogado.
5. MANUEL VERÁSTEGUI. Primo del anterior. Aunque miembro de una burguesía, no tenía recursos económicos suficientes para competir en riqueza con sus parientes, a quienes incluso llegó a servir como su administrador. Buscó destacar políticamente y se le aprecia como oportunista liberal. Estuvo en pugna con algunos personajes, con los que luego circunstancialmente se le vio aliado. Usó a Quiroz

- (Nota 1) y terminó enemistándose con el gobernador Julián de los Reyes y don José Antonio Barragán, *sus personales y gratuitos enemigos* cf. *Apuntes sobre la Rebelión de la Sierra Gorda (1847-1850) en busca de una interpretación*, de Tomás Calvillo U., en *Jirones de la Historia*, Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, S.L.P., 1991. Tuvo como hermano a José Martí. En 1872 escribió un proyecto de constitución.
6. Agosto de 1846. Fragmento de versos de *Las mujeres Sanluisenses a los soldados que vinieron de México, y no quieren ir a pelear con los gringos* (las comerciantes de la Plaza del Mercado, y las torcedoras de cigarros de la Fábrica Nacional de San Luis Potosí).
 7. ZACARÍAS TAYLOR. General comandante en jefe del ejército invasor de los Estados Unidos. Se convirtió en el azote de las fuerzas militares mexicanas. Contrincante de Santa Anna (Nota 31) en la batalla de La Angostura y otras.
 8. PEDRO AMPUDIA. General. Combatió a los americanos (*una fotografía de este personaje, en la historia de Muro*, Tomo II, p. 385, edición 1910) Dio ejemplo de valor. Firmó la capitulación de paz junto con otros militares; por este acto fue severamente criticado e incluso se le inició causa, la que fue sobrescrida por órdenes de Santa Anna. (Nota 31). Nació en 1805 y murió en 1868. Fue liberal. Se le criticó fusilar al sacerdote Francisco Ortega, quien en 1855 encabezó la rebelión de Zacapoxtla.
 9. MARIANO ÁVILA. Mancuerna política de Ramón Adame (Nota 3) y amigo de Ponciano Arriaga (Nota 59); como personaje de la época existe de él poca información personal, destacando únicamente lo referente a su actividad como liberal, federalista y vicegobernador. El historiador don José Francisco Pedraza M., manifestando una vez más su generosidad, nos facilitó de su archivo personal, las fichas que consignan datos de este personaje. Alerta, para evitar confusiones que hubo dos Marianos Ávila, incluso contemporáneos; el de nuestro interés es el que fue vicegobernador; murió seguramente joven. Fechas importantes de su vida: 1848, vicegobernador; 1828 teniente de la Tercera Compañía del Batallón de la Milicia Cívica del Estado. Instigador del levantamiento del general Esteban Moctezuma en 1837. Para esas fechas era abogado y destaca con Ponciano Arriaga. Fue secretario del gobernador interino, D. Francisco Condelle, 1834. Ponciano Arriaga habla de Ávila: ... *El inmutable y malogrado joven D. Mariano Ávila, que sucumbió quizás abrumado por los odiosos recuerdos de la humillación, del atropellamiento, de la ingratitude y el vilipendio con que su autoridad constitucional fue ultrajada, por el poder dictatorial del Sr. Reyes...* (1852). Fue síndico procurador del cabildo potosino (1844-1845).
 10. Estos párrafos pertenecen al *Detalle de las acciones dadas el 22 y 23 de febrero próximo (1847)*, en los campos de La Angostura, redactado por el general Santa Anna, al Gobierno Mexicano.
 11. JOSÉ IDELFONSO DÍAZ DE LEÓN. Nació en Pinos, Zacatecas el 21 de enero de 1772. Murió en San Luis Potosí, el 29 de julio 1828. Primer gobernador del Estado potosino. Promotor de la educación pública, apoyó al padre Manuel Gorriño y Arduengo (Nota 12) en la fundación del Colegio Guadalupano Josefino (Nota 40). Abolió la esclavitud. Introdujo el alumbrado público. Construyó la Casa de la Moneda. Se distinguió por su honradez.

12. MANUEL GORRIÑO Y ARDUENGO. Nació y murió en San Luis Potosí, (22 Noviembre 1767-31 agosto 1831). Uno de los más inteligentes personajes de su época. Redactó el primer proyecto de constitución para el Estado potosino. Fundó el Colegio Guadalupano Josefino, (Nota 46). Fue presidente del primer Congreso del Estado. Poliglota, sacerdote, filósofo, educador y filántropo. *CV. El Doctor Gorriño y Arduengo. Su proyecto para la primera constitución potosina 1825*. Presentación, comentarios y notas de Jesús Motilla Martínez. Casa de la Cultura de San Luis Potosí, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, San Luis Potosí, 1990.
13. IGNACIO DEL CONDE. Padre del que fuera segundo obispo de San Luis Potosí. (Nota 45). Se le asocia a los miembros del Directorio Revolucionario de Rioverde; consecuentemente enemigo del gobernador don Julián de los Reyes. Fue síndico del ayuntamiento, junto con Mariano Ávila (Nota 9) en 1844 (cabildo potosino). Antes, en 1801, fue regidor.
14. FRANCISCO DE P. CARRERA. (1792-1863) Aunque nació en San Miguel el Grande (Allende, actualmente) Estado de Guanajuato, muy joven se radicó en San Luis Potosí. Casó en primeras nupcias con doña Magdalena Ortiz de Parada y, en segundas con doña María de Jesús Lacave y de Alday. Viudo nuevamente, a los 64 años casó con doña Guadalupe Díaz Barriga (en marzo de 1856).
15. JOSÉ PULGAR. Gobernador provisional (15 junio - 21 julio 1830). En varias ocasiones fue miembro del cabildo de la capital potosina (1814: alcalde 2º voto; 1822: regidor; 1827: 1º alcalde).
16. MANUEL DE OTHÓN. Regidor en 1828, 1829, 1835 (José Manuel Othón), 1836 (*Idem*). Un Juan Othón (6º Regidor en 1839) en 1843 (*Idem*). Conservador, combatió a los federales en 1857 (Diario de Vildósola - Nota 89). *En San Luis existió entonces un grupo conservador bastante activo, del cual formaba parte el coronel Manuel Calvo, oculto en la ciudad, el cual dirigió la rebelión auxiliado por D. Juan Othón y las brigadas de los generales Rosas L. y Miguel María Echegaray que habían llegado a San Luis Potosí a fines de noviembre. Se pronunciaron el 10 de diciembre por "Religión y fueros" bajo el plan proclamado en Iguala por Castrejón, el 11 de septiembre / Velázquez, Historia T.III, 270 y 5; Muro, Historia T.III, 162 y 5.*
17. EULALIO DEGOLLADO. Fue Gobernador de San Luis Potosí (sustituto 7-julio-27 diciembre, 1857). Masón. Fue director del Instituto Científico y Literario en 1859. En 1858 vuelve a ser gobernador (30 junio- 8 julio). Antes, en 1846, fue 3º regidor del ayuntamiento de San Luis Potosí.
18. SILVESTRE LÓPEZ PORTILLO. Abogado de prestigio, político en funciones dentro de los cabildos de varios ayuntamiento de la ciudad de San Luis Potosí, desempeñando puestos diversos en los que destacó. De familia acomodada, mineros y hacendados; afiliado a la masonería en la que igualmente alcanzó distinciones. Hombre de sociedad. Fue regidor (1840); 2º alcalde (1842-43) un hermano fue también regidor (Guadalupe López Portillo, en 1843) Fue prefecto del cabildo en 1850 y parte de 1851.

19. BUNTAMANTE: Fueron varios liberales de la época de este relato, los que llevaron este apellido. Destacaron Juan, periodista y mason, originalmente escocés, posteriormente liberal puro. Gobernador y comandante militar de San Luis Potosí (1864), gobernador constitucional en 1867. Defensor de las Leyes de la Reforma. Se le acusó de malversación de fondos y renunció en 1868. Otro fue Pilar Bustamante (Nota 112), igualmente liberal mason. Otros, del mismo apellido e ideología: Francisco L. Nidoro, hermano de Juan. En 1864, Isidoro fue jefe político de la capital potosina.
20. PLAN DE TACUBAYA. Diciembre 17, 1857. Contra la Constitución de 1857, promulgado por Félix Zuluaga (Nota 87) (1817-1862) (Ver nota 84).
21. BASES CONSTITUCIONALES. No confundirlas con las del 15 de diciembre de 1835 (Congreso Ordinario, erigido en constituyentes 1835/de las que derivó la "Constitución de las Siete Leyes" 30 diciembre 1836.).
22. GENOVEVA MELÉNDEZ DÍEZ ZAPATA. Hija de don BERNARDO MELÉNDEZ, casó con JOSÉ FLORENCIO MOTILLA RIVERA; tuvo siete hijos y murió en junio de 1907. Duró casada – según lo consignó su viudo – 28 años, 7 meses, 28 días.
23. JOSÉ FLORENCIO MOTILLA RIVERA.- Hijo del coronel José Andrés Motilla Romero (Nota 32) y de doña Guadalupe Rivera (Nota 100). Casó con Genoveva Meléndez Díez Zapata el 3 de octubre de 1878. Se dedicó a la teneduría de libros y a la administración de bienes. Fue asesor y empleado de compañías mineras, cual fue el caso de La Concepción y Anexas, en Catorce, en 1890, época en la que fue secretario del Consejo de Administración de esa empresa. Trabajó para Larroche y Cía, Sucesores, hasta 1896, siendo comisionado 10 años. Murió a los 59 años, el 16 de mayo de 1912. Le sobrevivió su madre (Nota 100).
24. JOSÉ CELEDONIO DOMECA JARAUTA. Cf. María Elena Galaviz De Capdevielle. Eleuterio Quiroz y la rebelión de 1847 en Xihu. San Luis Potosí, 1979. "Fue el padre Celestino Domeca de Jarauta, autor de una proclama que posteriormente corrigió y aumentó don Juan Vel Verástegui, que se inició bajo el título de "Comandancia General de la Sierra de San Agustín del Ejército Reenumerador de la Libertad e Independencia Nacional"

Del padre Jarauta, según lo asevera don Eugenio Verástegui González O., en su investigación: *Ríoverde, S.L.P. Y Domingo Español y la Independencia*, Academia de Historia Potosina, Archivo de Historia Potosina, San Luis Potosí, 1979, p. 33: *Al ser derrotada el bando carlista en España... se evadió y ya en México, siguiendo su costumbre a la indisciplina y al desorden, levantó una partida de voluntarios y peleó contra los norteamericanos. (Sic).*

Manuel Muro, *Historia de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, 1910, t.2, pp. 539 y 549, es más benévolo con el cura Jarauta, indicando: *En esos días apareció un valiente guerrillero en Los estados de Puebla y Veracruz. Era un fraile franciscano o dominico, colgó los hábitos, empuñó las armas y organizó una guerrilla de ochenta a cien hombres, y con ellos daba frecuentes albosos a los americanos, haciéndoles muertos y quitándoles convoyes de municiones, armas y comestibles. Y añade que incluso fue objeto de versos de un poeta veracruzano que circulan donde expedicionaba (los versos pueden leerse en las pp. 540 y 541 de la ob. cit., en el capítulo correspondiente).*



Primo Feliciano Velázquez. *Historia de San Luis Potosí*, México, D.F., 1946-1948, t.3, pp. 249-250, también habla de este cura excarlista, indicando que en Lagos, en junio 1 de 1848, publicó su plan revolucionario y que finalmente Anastasio Bustamante (Nota 25) lo apresó en julio del mismo año, mandándolo fusilar.

Por su parte La Enciclopedia de México, t. VII, p. 914, consigna que Jarauta fue franciscano, nacido en 1814 en Zaragoza, España y muerto en Guanajuato, Gto., en 1848. Que fue carlista y vencido su movimiento se embarcó hacia América, llegando a Veracruz en 1844; el obispo Vázquez le dio una parroquia en Puebla, considerándole seglar para pasar al poco tiempo al convento de La Merced. En Veracruz, durante la invasión de 1847 fue nombrado capellán, pero prefirió formar guerrillas. Firmada la paz con los norteamericanos se estableció en Lagos de Moreno, Jal., y lanzó su plan revolucionario. Cayó prisionero en Valenciana, donde el general Cortázar lo remitió a Bustamante, quien ordenó se le fusilara.

No tenemos noticia, pero pudiera deducirse que el padre Jarauta fue conocido por el coronel Motilla (Nota 32), por el hecho de haber sido ambos carlistas. Como fuera, lo cierto es que coincidieron en espíritu rebelde, vocación y ansias militares basadas en ideología.

25. ANASTASIO BUSTAMANTE. Nació en Jalisco 1770; murió en San Miguel Allende en 1853. Fue médico y director del Hospital de San Juan de Dios en San Luis Potosí. Se incorporó al ejército con Calleja en 1810. Secundó a Iturbide. Fusiló a Jarauta. (Nota 24). En 1828, el Congreso lo nombró vicepresidente de la República al lado de Vicente Guerrero y en 1830 asumió la magistratura suprema como interino. Creó la policía secreta. Expulsó a Poinset (yorkino). Fue desterrado en 1833 y radicó en Francia hasta 1836, para regresar a México y combatir cuando la guerra con Texas. En 1837 se le nombró presidente, puesto que dejó, para tener un tercer período que igualmente abandonó en 1841.
26. SOCIEDAD PATRIÓTICA POTOSINA. Esta organización tuvo en su fundación un éxito inusitado, dado el número de personas que en la apogía al nacionalismo y regionalismo, se inscribieron. Casi todos los abogados de la época se afiliaron y qué decir de los comerciantes, quienes tenían además intereses económicos en juego. El grupo fue *llamado de perate*; en efecto, al corto plazo esta organización se debilitó hasta desaparecer.
27. MIGUEL BARRAGÁN. Nació en la actual Ciudad del Maíz, S.L.P., el 8 de marzo de 1789 – murió en la Ciudad de México, siendo Presidente, el 1º de marzo de 1836. Rindió el Fuerte de San Juan de Ullúa, último baluarte en poder de los españoles en 1825. Formó parte del regimiento *Fieles del Potosí*, que derrotó a Morelos en 1813. Apoyó a Iturbide y formó parte del Ejército Trigarante (1821). Se enemistó con Iturbide cuando éste se proclamó emperador. Se adhirió al *Plan de Alamo* (1827) combatiendo a la masonería yorkina. Apoyó a Santa Anna (Nota 31) y, en su momento a Gómez Farías. (Nota 51). Fue presidente sustituto del dictador. Introdujo el centralismo. Casó con Manuela de Trebuesto y Casasola. Fue masón escocés.
28. MANUEL PEÑA Y PEÑA. Presidente de la República Mexicana. Nació en Tacuba, el 10 de marzo de 1789. Alumno brillante se recibió de abogado en



dicembre 16 de 1811. Síndico del ayuntamiento de la Ciudad de México, en 1813 magistrado de la Suprema Corte de Justicia (1824). Ministro del Interior en 1837. En 1841 participó en Las Bases Orgánicas y la formación del Código Civil. Escribió entre otras obras: *Lecciones de práctica forense mexicana*. En 1847 se le nombró presidente, época de la invasión norteamericana. Bajo su régimen se celebró el tratado de Guadalupe - Hidalgo. Murió el 2 de enero de 1850.

29. RAMÓN ADAME (Nota 3) Y MARIANO ÁVILA (Nota 9) vieron coronados sus esfuerzos y trabajos políticos, al ser constitucionalmente elevados a la gubernatura y vicegubernatura respectivamente; sin embargo, se enfrentaron al sistema político imperante y fueron críticos de decisiones tomadas, como la para ellos deshonrosa paz con los norteamericanos, lo que propició enfrentamientos que los llevarán a perder sus puestos y ser sustituidos, por el gobernador Julián de Los Reyes y su grupo.
30. REVOLUCIÓN DE SIERRA GORDA. Sobre el tema mucho papel y tinta. Investigadores extranjeros incluso, como Mariev France Houardel Morizot, con: *La Insurrección de la Sierra Gorda (1846-1850)* citada por Tomas Cávillo; otros, "*La rebelión campesina de Sierra Gorda. 1847-1850*, de Leticia Reyna. Fuente, un anónimo folleto de la época, cuyo autor sólo firmó con las siglas O.L.A. (13 de junio 1849): *Origen y Proceso de la Revolucion de la Sierra Gorda* y, por supuesto, otros documentos de la época, que incluyen la correspondencia de Manuel Verástegui de la que se desprende su óptica al problema y sus muy personales opiniones sobre personajes de la época, a veces contradictorias, según los consideraba amigos o enemigos. Así no dudó en elogiar a Julián de Los Reyes en una época: *Le escribí al Sr. Reyes felicitándolo (Feb. 1848) y ciertamente, que al hacer (el Congreso) v. r. esa elección, se encontraron iluminados del Espíritu Santo, por ser hombre enérgico, activo, versado en los negocios políticos, bien intencionado...* La revolución fue apagada, muerto Quiroz (Nota 1), su movimiento no dejó de considerarse un fenómeno de bandoleros y no un movimiento social o agrarista. Cfr. Ma. Elena Galaviz de Capdevielle: *Lulceno Quiroz y la Rebelión de 1847, en Xichú*. San Luis Potosí, 1979.
31. SANTA ANNA. Militar veracruzano. Eterno dictador; presidente cuantas veces lo dejaron, jugador de gallos. Políticamente concencenciero. El *quince años*; *Aleza Serenísima*. Satanizado, pero al fin, cojo y viejo, pretexto de lo que México merecía, al habersele incluso dejado perder parte importante del territorio. Mucho papel, tinta y crítica, pero malo, malo y odiado, guadalupano y mujeriego, es uno de los personajes que por interesante, interesado, inteligente y pícaro, muchos países, con menos méritos que el nuestro, enviarían. Es un reto para el lector, redescubrir en literatura histórica oficial u oficiosa, buscar a este personaje. Queda de tarea...
32. JOSÉ ANDRÉS MOTILLA ROMERO. *El Coronel sin ejército*; excarlista. Conservador por convicción y circunstancia. Nació en España en 1818. Combatió desde joven en el ejército carlista, distinguiéndose en el campo de batalla y la administración militar. Emigró a Francia en 1840, donde permaneció cerca de siete años. Se trasladó a México y finalmente al Estado de San Luis Potosí, haciendo fortuna. En 1858 sale huyendo de San Luis Potosí al entrar Zuazua (Nota 95) a la plaza y perseguir a los conservadores. Se presenta en México a Zuluaga (Nota 87) y se le ordena, que con recursos propios, forme al *Escuadrón de San Luis*.

- Participará en algunas acciones pero deberá salir del país (1861); regresará a México y se integrará al Ejército Franco-Mexicano, después de haber sido nombrado prefecto político de Tampico (1863). En 1864 en San Luis Potosí, formará parte de la comisión que celebró la llegada de Maximiliano. En 1867 recibe de este emperador, la Orden de Guadalupe; al fusilamiento de Mejía, Miramón (Nota 91) y Maximiliano aparece en la lista de prisioneros, pero salvará su vida y retirado vivirá en San Luis hasta su muerte, en 1870. De su unión con Guadalupe Rivera (Nota 100) nacerá su único hijo José Florencio Motilla Rivera (Nota 23). Existe expediente en la Secretaría de la Defensa Nacional (Exp. D.III-4-4342. Caja 270, exp. 9189 año 1866) del que se obtuvieron datos para rescatar su identidad, así como en España (Archivo General Militar de Segovia/una curiosa carta a su Majestad la Reina, entre otros papeles) *cf.* Jesús Motilla Martínez. "Identidad rescatada, don José Andrés de Motilla, militar conservador". Archivos de historia potosina, Vol. XV – Julio 1987, San Luis Potosí, S.L.P.
33. COLERA MORBUS. Sobre datos estadísticos respecto de esta epidemia en San Luis, fuentes varias, documentales y de historiadores locales, como Muro y Primo Feliciano Velázquez, en sus respectivas historias de San Luis.
34. MARIANO ARISTA. (Nació el 26 julio 1802 en San Luis Potosí; falleció a bordo del vapor inglés "Tayus", el 5 de agosto de 1855 cuando regresaba a su patria). Militar. Luchó contra Iturbide y distinguiéndose por consolidando posiciones. Se encumbrió y sucedió al presidente José Joaquín Herrera (Nota 47) el 15 de enero de 1851; renunció el 4 de enero de 1853 un día antes del asesinato de su amigo, el gobernador Julián de Los Reyes. Retirado en una de sus haciendas, la presión de la dictadura de Santa Anna lo obligó a exiliarse.
35. VICENTE ROMERO. Gobernador de San Luis Potosí. (1828-1830) y nuevamente provisional, en 1832. Para muchos historiadores fue nefasto. Apoyó la consolidación de la masonería yorkina (Joel R.L. Poinsset). Enemigo de conservadores y moderados; promovió en San Luis un periódico de filiación e ideología yorkina: "El mexicano libre potosinense", (1828), imprenta del Palacio de Gobierno, que dirigía el Sr. Ladislao Vildósola. Su responsable era el Sr. Lugardo Lechón. Para algunos historiadores (Pedraza Montes) era un periódico aburrido; *Cf.* José Francisco Pedraza Montes: *El mexicano libre potosinense, primer periódico potosino y la ciudad de San Luis Potosí en 1828*. Biblioteca de Historia Potosina, Serie Cuadernos 59, Academia de Historia Potosina. San Luis Potosí, S.L.P., 1978.
36. MANUEL MUÑO. (28 de diciembre 1839 - 22 de octubre de 1911). Historiador potosino, periodista, político controvertido y fecundo escritor; se le tacha de ligero, respecto al uso de sus fuentes; sin embargo, de la crónica de su época tiene muy buenos trabajos, destacando—a nuestro juicio—en el que con maestría informa sobre la muerte del gobernador Julián de Los Reyes, obra que nos motivó para intentar novelar alrededor de ese infortunado evento, parte de una época de la historia de San Luis Potosí, a partir de personajes históricos secundarios y otros de ficción.
37. ANASTASIO BUSTAMANTE. Ver nota 25.



38. EL PRONUNCIAMIENTO DE DON RAMÓN GARCÍA UGARTE Y DON LUGARDO LECHÓN. (Ver nota 35) Se dio en abril de 1837, con el batallón del primero, del que era jefe (*Acta de San Luis*), se proclamó el restablecimiento de la federación en San Luis Potosí, firmándose incluso una acta, en la que aparece como secretario Mariano Ávila. (Nota 9). El movimiento fue sofocado.
39. ESTEBAN MOCTEZUMA. (N. En 1785 ó 89 en Alaquines – M. El 26 de mayo 1837 en la Hacienda de Carbonera) apoyó a Ponciano Arriaga (Nota 59) y a MARIANO ÁVILA, (Nota 9) lo que le costó la vida. Pretendía restablecer el sistema federal. Paredes y Arrillaga (Nota 40) lo venció y murió en combate (*lo mató un teniente de caballería*, Don Eustaquio Gómez).
40. MARIANO PAREDES ARRILLAGA. Vencedor del general Moctezuma (Nota 39); ultraconservador. El 4 de agosto de 1841, proclamó en la Ciudad de Guadalajara un plan, exigiendo se convocara un congreso nacional extraordinario. En 1845, diciembre 14, se pronunció en San Luis Potosí. Derrocó al presidente Herrera (Nota 47).
41. LA CONFRONTACIÓN QUE TUVO EL GOBERNADOR REYES CON DON JOAQUÍN LÓPEZ HERMOSEA. Se hizo pública en la sesión del Congreso potosino del 27 de diciembre de 1850, en la que se acusó al gobernador de faltas administrativas y anticonstitucionales; usurpación de funciones de la diputación permanente, citándolo, lo que provocó su ira y no presentándose, contestó con un decreto que cerró la actividad de esa legislatura, el 28 de diciembre del citado año. La legislatura se reunió y presentó acusación al Congreso General (Cámara de Diputados) el 30 de diciembre, solicitando se le condenara por violar la constitución, iniciándose un juicio. Los que firmaron la denuncia fueron el indicado López Hermosa, Manuel del Conde (Nota 45), Vicente Liñan, José Ma. Faz y Cardona, Mariano Martínez, Eugenio Sandoval y Francisco León, todos ellos diputados de esa legislatura.
42. COMPAÑÍA LANCASTERIANA. Su origen como sistema "one room school", se fundamentó en las obras de Lancaster: *Improvement in education* (1803) y *The British system of education* (1810). Fue tal el éxito de esta modalidad educativa que tutelaba la enseñanza elemental masiva, que pronto y en diversos países, se fundaron sociedades lancasterianas o las que pertenecieron importantes miembros de la comunidad. En la ciudad de San Luis Potosí la obra educativa de Lancaster también cristalizó; en efecto, 1827 fue el año en que se fundó la primera escuela de este tipo, pero fue hasta 1842 cuando se estableció la junta. Cf. Jesús Motilla Martínez en: *La educación elevada a rango constitucional, en un proyecto de la primera constitución potosina (Notas histórico - jurídicas)*, en Revista Jurídica Jalisciense, Año 2, Núm. 2, Enero – Abril – MCMXXII, pp. 215-238, Guadalajara, Jal., 1991. Originalmente se identificó con la masonería escocesa y el protestantismo; sin embargo, probó el tiempo que a ella pertenecieron socios de diversas ideologías, pero todos destacados personajes interesados en la modernización de la educación.
43. ¡PERDEREMOS TODA ESPERANZA!. San Luis Potosí, Imprenta de Carrillo, 1843.
44. JOSÉ MARÍA FLORES. Político respetado, fue primero encargada del gobierno (30 de enero al 1° de marzo 1845). Se le ratificó en modalidad constitucional, hasta el 28 de agosto de 1846. También participó en el H. Ayuntamiento de la Ciudad de San Luis Potosí, como alcalde (1834).



45. MANUEL DEL CONDE Y BLANCO. (Nació el 16 febrero 1816 y murió en su ciudad natal, San Luis Potosí, el 21 de junio de 1872). Fue el segundo obispo de San Luis Potosí (1869-1872). Sacerdote desde febrero de 1839. Diputado (1849-1850). Alumno, profesor y rector del Colegio Guadalupeño Josefino. (Nota 46). Presidente de la Junta Lancasteriana (Nota 42). Murió de tuberculosis. Su padre estuvo involucrado con los miembros del Directorio Revolucionario de Ríoverde. (Nota 13).
46. COLEGIO GUADALUPANO JOSEFINO. Fundado por Manuel Gorriño y Arduengo (Nota 12) durante la gubernatura de Hdefonso Díaz de León (Nota 11), antecedente del Seminario Mayor. Institución benemérita de estudios medios y superiores que vino, después de un largo período, a restituir lo que los jesuitas habían logrado en materia de educación y que se suspendió al ser expulsados.
47. JOSÉ JOAQUÍN HERRERA. General, nació en Jalapa, Ver., en 1792. Murió en 1854 en la Ciudad de México. Combatió a los insurgentes. Se adhirió al *Plan de Iguala*. Se unió a Nicolás Bravo y entró a la Ciudad de México, con el Ejército Trigarante. Se distanció de Iturbide, fue preso; libre se unió a los diputados que derrocaron a Iturbide. Como militar tuvo puestos varios. Fue varias veces ministro de Santa Anna. Conservador, escocés. En 1845 se le elige presidente, hasta que lo destituye Mariano Paredes Arrillaga (Nota 40), el 30 de diciembre de 1845. Después del armisticio con los americanos fue presidente hasta 1851, entregando el poder al potosino Mariano Arista (Nota 37).
48. NICOLÁS BRAVO. Héroe de la Independencia. Gran maestro de la masonería del rito escocés; líder del grupo más adelante identificado como conservador.
49. MANUEL GÓMEZ PEDRAZA. 1789-1851. Político, orador, iturbidista. Inteligente, parlamentario. Se cree nació en Querétaro, otros dicen que en Soto La Marina. De noble familia se dedicó a la carrera militar. Fue miembro de *los Fieles del Potosí*, viniendo a Morelos. Se le identifica como "molerado". Fue llamado a desempeñar la más alta magistratura, por poco tiempo (1830). Posteriormente fue candidato a la presidencia. Falleció siendo director del Monte de Piedad.
50. JUAN N. ALMONTE. Otro personaje que en la historia oficial es de los "malos". Fue hijo de Morelos. Conservador, apoyó a la Intervención Francesa y fue empleado de Maximiliano. Diplomático, escritor.
51. VALENTÍN GÓMEZ FARÍAS. Nació en Guadalajara, Jal., el 14 de febrero de 1781. Estudió medicina; aprendió francés para estudiar en el idioma de sus autores preferidos. Diputado a Cortes Españolas. Después diputado al primer Congreso Constituyente. Liberal y masón. Hombre de inteligencia. Vicepresidente de la República. Inició La Reforma. Se le desterró dos veces; la segunda, duró hasta 1845, época en que cayó Santa Anna. Se le nombró vicepresidente. En 1850 fue postulado a la presidencia. Juró la Constitución del 57, el 5 de febrero, sobre el Evangelio. Considerado el patriarca de La Reforma, fue jefe del grupo de masones liberales denominado *Puros*. Fue honrado y desde su convicción, patriota. Austero.
52. FRANCISCO ZARCO. Nació en Durango (4 de diciembre de 1829) periodista político. Francisco Sosa, biógrafo de personajes del XIX, de él manifiesta-

- to: "...entre los escritores liberales, nadie le aventajó". Colaboró y se hizo cargo de célebres periódicos (*Las Conquillas, El Siglo XIX, La Ilustración, El Demócrata*). Fue diputado suplente al Congreso de la Unión por Yucatán, en 1854 y en 1856 por Durango. Fue campeón de las leyes de Reforma. En San Luis Potosí, fundó cuando la Intervención Francesa, el diario: *La Independencia Mexicana*. Murió joven, a los 40 años.
53. IGNACIO RAMÍREZ. Licenciado, nació en Guanajuato (San Miguel el Grande) el 23 de junio de 1818. Brillante polemista. Liberal y periodista. Académico y jurista. De gran erudición. Orador parlamentario. Político, llegó terminada la Guerra de Tres Años (Nota 85) a ministro de Justicia y Fomento. Preparó la formación de la Biblioteca Nacional. Fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia. Literato y humanista. Miembro de número de sociedades científicas. Perteneció a la Sociedad de Geografía y Estadística. Poeta. Murió en 1879.
54. SANTOS DEGOLLADO. Hijo de insurgente, nació en la Ciudad de Guanajuato en 1811 y murió combatiendo, en el Estado de México, en 1861. Liberal se cobijó con Melchor Ocampo y combatiendo el centralismo, destacó como militar y político. Se sumó a la Revolución de Ayutla (ver Plan de Ayutla, Nota 79). Juárez, en su momento, lo nombró su ministro de Guerra y general en jefe del Ejército Liberal. Masón. En 1859 organizó en San Luis Potosí una fuerza de seis mil hombres. Cerca de San Luis Potosí (Laguna Seca) requisó 600 mil pesos para combatir a Miramón (Nota 91) y 400 mil los regresó a los ingleses. Quiso vengar la muerte de Ocampo, pero murió frente a los conservadores. Fue el forjador del Ejército Liberal.
55. GUILLERMO PRIETO (1818-1897) Político, literato, juarista, periodista y quizás uno de los más inteligentes liberales de su época. Llegó a ser diputado y ministro de Hacienda de Juárez. Al triunfo del federalismo se dedicó a ocupaciones varias, en las que destacó incluyendo la cátedra. Llegó a sufrir prisión y mucho escribió; fue un cronista de las costumbres de su larga vida. Colaboró en *Monitor Republicano* y en *el Siglo XIX*. Fue de los fundadores de la Academia de Letrán. Altamirano le bautizó como el *Poeta Nacional*. Murió en Tacubaya. Su seudónimo fue: *Fidel*.
56. BENITO JUÁREZ. Nació en 1806 en Oaxaca; muere el 18 de julio de 1872, siendo presidente de México. Abogado liberal y masón destacado. Casó con Margarita Maza. De inteligencia especial y honestidad probada. Fue diputado y gobernador de su estado (1848) catodrático; enemigo de Santa Anna, sufrió prisión y exilios. Fue declarado presidente en 1851 y combatió a los conservadores, a los intervencionistas y al imperio de Maximiliano. La historia oficial hace apología total de este personaje que se distinguió, pero también cayó en una dictadura. Nacionalista, merece el respeto de los mexicanos por lo que hizo de bueno. Porfirio Díaz y otros liberales federalistas lo combatió en el final de su vida. La leyenda dice que murió envenenado.
57. IGNACIO COMONFÓRTE Presidente de la República. 1812-1863. Nació en Puebla. Comenzó a Bustamante, apoyando a Santa Anna en 1832. Fue diputado. Proclamó el Plan de Ayutla (Nota 79) en 1854. 1855 es el año de su elevación a la presidencia, como sustituto de Juan Álvarez (Nota 78). Presidente constitucional el 1º de diciembre de 1857. Propició un golpe de estado y perdió popularidad. Se desterró. Regresó y siendo ministro de Guerra, fue asesinado cerca de Celaya, en una emboscada.

58. LUCAS ALAMÁN. 1792- 1853. Historiador, político, académico, industrial y potentado. En sus ratos libres, científico. Diputado, minero exitoso. Secretario de Estado, se le acusó de la muerte de Guerrero, pero fue absuelto; colaboró con Santa Anna. Ideólogo conservador.
59. PONCIANO ARRIAGA LEIJA. Nace en San Luis Potosí el 18 noviembre de 1811, S.L.P., muere un 13 de julio 1865 en la misma ciudad. Brillante abogado. Se casó con doña Rosa González. Destacó en el foro mexicano. Constitucionalista liberal, federalista. Padre de la Constitución de 1857. Masón y cristiano. Combatió en su juventud a Bustamante en 1832 y a los santanistas. Participó en el ayuntamiento de la capital potosina. Secretario de gobierno, diputado, polemista. Propuso una procuraduría de pobres; periodista combativo (*El Estandarte de los Chimacates*). Con Arista (Nota 34) fue ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública. Se opuso no sólo a la invasión norteamericana, sino al tratado de paz con los yanquis. Fue gobernador de Aguascalientes (1862) y del Distrito Federal (1863). ¡Todo un personaje!
60. IGNACIO CUMPLIDO. 1811-1887. Nació en Guadalajara, Jal., murió en la Ciudad de México. Desde los 18 años fue impresor y editor. Fue emprendedor y publicó a autores, algunos que le provocaron la animadversión del gobierno, llegando incluso a sufrir cárcel. Fue diputado al Congreso de la Unión y senador. Fue filántropo y combatió a los norteamericanos durante la invasión a México. Modernizó su giro e importó de Europa lo último en prensas. Publicó diarios, entre otros, *La Ilustración Mexicana*, *El Album Mexicano*, *El Siglo XIX*. Animó a intelectuales como Payno (Nota 88); supo hacer su trabajo con inteligencia y honestidad, provocando preservar las crónicas de los principales sucesos de México del siglo XIX.
61. EL ALEGATO DE ARRIAGA. Se denominó: *Alegato de bien probado en la causa que contra el gobernador de San Luis Potosí, don Julián de los Reyes, ha seguido ante la sección del jurado de la Cámara de Senadores, el Lic. Ponciano Arriaga...*. México, imprenta de I. Cumplido (Nota 60), 1852.
62. Idem.
63. ARRIAGA. *Cf. Parte expositiva del proyecto de constitución (16 de junio 1856) y del discurso contra el restablecimiento de la Constitución de 1824.*
64. LA EXHUMACIÓN DE LOS RESTOS DE DON PONCIANO ARRIAGA (Nota 59) fue en 1900, para darle honores en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en el Panteón de Dolores, de la Ciudad de México, por orden del Presidente don Porfirio Díaz. El dato de esta cita, es un texto del documento protocolizado por el notario Meléndez, hijo de don Bernardo del mismo nombre.
65. LINO ORTIZ. Diputado. El 9 de enero de 1853, ante el juez segundo de letras de la capital potosina, declaró como testigo presencial del asesinato del gobernador Julián de los Reyes, dando datos de interés: "...era gordo, prieto, chato, y

bastante feo...", hablando de uno de los ascimos materiales. El Sr. Ortiz era del Valle del Maíz y diputado al H. Congreso del Estado.

66. Se refiere a don Manuel Muro.

67. CONVENTO DE LA MERCED. Se estableció en 1628, terminándose su construcción en 1686. Joaquín Meade: *Guía de San Luis Potosí*, 1946, edición bilingüe, dice de este convento: "tenía una nave de 42 varas por 13 de ancho" su templo. Fue demolido en 1861-1862. "Se trataba de un hermoso templo con un convento a su lado derecho". Muro en su *Historia de San Luis*, Tomo III, pág. 332, dice: "En 1867 el gobernador y comandante militar D. Juan Bustamante (Nota 19) mandó que también fuera derribado (el convento), para ensanchar la antigua Plaza de la Merced a la que le dio el nombre de Colón".

Muro también da noticias de la destrucción del templo, ob. cit., pp. 330-351, transcribimos:

Comandancia militar de San Luis. — Siendo la calle de la Concepción la mejor y más concurrida de San Luis, y el paseo conocido por "Calzada de Guadalupe" — y encontrándose obstruida aquélla y éste por el Templo de la Merced. — hará que el próximo lunes 24 del corriente, sin falta alguna, se comience a derribar, poniendo para dar cumplimiento á ésta orden, a trabajar a toda la prisa. — las razones que ha tenido... está comandancia... son, primero, que hay multitud de templos en esta ciudad dedicados al culto; segundo, que la mejora material de la que se habla es una de las que deben embellecer... a la Ciudad... y tercera, que la permanencia de este templo por respeto al fanatismo, debilitado ya por los ruidos golpes de la revolución, sería lo mismo que dejar una lengua muda, un monumento de atraso que testificara a los siglos, lo impotente que había sido La Reforma en San Luis. — Libertad y Reforma. San Luis Potosí, marzo 20 de 1862. Jesús G. Ortega. C. Agente de la comandancia del Estado — Presente. Ortega nació en 1822 y murió en 1881. En 1858 fue gobernador de Zacatecas, comandante liberal, masón y político controvertido; para muchos historiadores, arbitrario; Derrotó con otros a Mirzón (Nota 91), finalizando con ello la Guerra de Reforma. (Nota 85).

68. LA NECROPSIA (Autopsia). Los médicos que la realizaron fueron don Buenaventura Paz, don José Marcos Torices y don José María Sousa.

69. LA CONTROVERSI RESPECTO A UNA PAZ HUMILLANTE se dio entre la población; los jóvenes Arriaga, (Nota 59) Ávila (Nota 9) y Adame (Nota 3) fueron los que públicamente se opusieron a los arreglos para la solución del conflicto, lo que implicó que fueron criticados, e incluso considerarlos enemigos del Gobierno Federal.

70. Se trata de don GUADALUPE REYES (nació con el siglo XIX). Primo de don Julián de los Reyes. Diputado en 1824 con Tomás Vargas y Gordoa, como representantes del Estado ante el Congreso Constituyente. Gobernador sustituto de Vicente Romero (ver nota 35) en 1831 y de don Julián a raíz de su asesinato. Fue presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado Potosino. De él hace referencia el *Libro Secreto* de Maximiliano: "... muy íntegro, honesto pero de una edad avanzada para que pueda llevar sus funciones".

71. Ya mayor de edad, don Ramón Adame (Nota 3) fue objeto de observación por los invasores franceses y por la gente de Maximiliano. El fatigoso *Libro Secreto* consigna información sobre él.

72. JOSE LÓPEZ UIRIAGA. Nació en Michoacán en 1810; murió en Estados Unidos, en San Francisco, California, en 1885; militar, estudió en Alemania y Francia. Liberal, combatió en la Guerra de Reforma. Perdió en batalla una pierna (igual que Santa Anna); luchó contra la Intervención Francesa. Se pasó a los conservadores sirviendo al Imperio y como consejero de Maximiliano. Formó parte del séquito de Carlota en Trieste. Inteligente y político sagaz.
73. Durante varios años se publicó desde el segundo aniversario del asesinato, un impreso denominado: "*La Sombra de D. Julián*", firmado, según lo consigna Muro, por "*unos amigos*", exaltando al finado. Tiempo después, sigue señalando el cronista historiador, don Julián de los Reyes hijo, fue quien siguió redactando y publicando la dicha hoja (sería interesante conocer el texto de esos impresos anuales, que no tuvimos en suerte consultar).
74. Se refiere a la obra de Manuel Muro denominado: *El Asesinato del Gobernador del Estado D. Julián de los Reyes*. San Luis Potosí, S.L.P., Tip. de la E. I. Militar, dirigida por Aurelio B. Cortés. 1908. Muro termina su obra diciendo: ...*La actual generación potosina sabe por deficiente tradición, el crimen que hoy relato. . . Tal vez vengan. . . quienes aprovechen los datos que por ahora sólo quedan escritos, para difundir en las clases sociales el conocimiento de. . .*
75. BENITA PARADA. Escribió su folleto, en México, en la imprenta de Manuel Murguía y Compañía, según lo informa Nereo Rodríguez Barragán (Letras Potosinas, Año XXXVII, San Luis Potosí, S.L.P., enero - abril 1979, núm. 221, p.7).
76. MURO, *Ob. cit.*, p. 90.
77. *Idem.*, p. 90.
78. JUAN ÁLVAREZ. 1790-1867. Nació en Atoyac, Guerrero. Militar que inició su carrera desde soldado de Morelos; desconoció a Iturbide. De principios republicanos se consolidó en la actividad política hasta llegar en 1830, a general de brigada. En 1841 secundó el *Plan de Regeneración*. Antisantanista. Destacó en la Guerra de la Invasión Norteamericana. Participó en la Revolución de Ayutla. Llegó a la alta magistratura del país; en 1861, el Congreso, en vida, le declaró *Benemérito de la Patria*.
79. PLAN DE AYUTLA. 1º de marzo de 1854 (en agosto 13, 1855, la guarnición de México se pronunció adhiriéndose a este Plan) Fue proclamado por Ignacio Comonfort (Nota 57); este plan se proponía una nueva constitución, por considerar que la del 24 estaba superada.
80. IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO. Conservador a ultranza, escritor, abogado, irónico polemista. Nació en Morelia, en 1813. Académico, compañero de estudios del talentoso Murguía (Nota 103). Litigante exitoso, vivió en San Luis Potosí en 1841, lugar donde destacó y se le apreció en sociedad por su profesionalismo. Casó en la capital potosina y tuvo puestos públicos como jurista y diputado al Congreso Nacional en 1846. Se afilió al partido conservador. Periodista, colaboró en *El Universal*. Se enemistó con Juárez, sufriendo prisión. Formó parte del grupo que en Europa le ofreció a Maximiliano el trono de México. Fundó *La Sociedad Católica* y *la Voz de México*. Criticó la Reforma con pluma mordaz. Murió el 28 de marzo de 1884.

81. LA FAMILIA ENFERMA. Obra de Aguilar y Marocho, publicada en 1860: "Primer calendario de ..." libro de crónica y sátira a la Reforma y catálogo probado de los crímenes y delitos de los liberales (abarca del mes de marzo de 1854 a diciembre de 1859). Ejemplo de sus versos: "¡comamos y robamos, robamos sin picual, gritando a todo trance: ¡viva la libertad!" o: "Prométe a tus puros mil bienes cuartos. Cuando puros flautas, cuando flautas puros"
82. AGUILAR Y MAROCHO, *Ob. cit.*, p. 40. Referencia al 8 de mayo de 1856.
83. *Ibida.*, p. 50 (abril de 1857).
84. PLAN DE TACUBAYA. Básicamente se trata del pronunciamiento de Tacubaya, que propició la revolución de los conservadores en diciembre de 1857. Proclamado el Plan lo siguiente: Se deroga la Constitución Federal (1857); a Comonfort, facultades omnimodas; convocatoria a un nuevo Congreso, mientras una nueva constitución se expedía, un consejo de representantes de los Estados; cesar del ejército a quienes no secundaron este Plan. Fueron reducidos a prisión Juárez, que era presidente de la Suprema Corte y el Lic. Isidoro Olvera, presidente del Congreso, entre otros. (Ver nota 20).
85. GUERRA DE TRES AÑOS. Se conoce bajo este nombre la Guerra de Reforma (1858-1860), la que finalmente ganaron los liberales. En enero de 1861, el gobierno de Juárez se instaló en la Ciudad de México, expulsándose entre otros, a Jesús Murguía (Nota 103), Lázaro de la Garza (Nota 102), Pedro Barajas (Nota 104), y al embajador de España, don Joaquín Francisco Pacheco.
86. ANASTASIO PARRODI. General. Fue gobernador del Estado potosino del 17 de enero de 1853 al 8 de enero de 1854. Es de notarse que la pavimentación de la Calzada de Guadalupe, fue ordenada por él y consta que se inició en agosto de 1854, siendo, así se consigna en documentos y una lápula al comienzo de la calzada, gobernador y comandante militar.
87. FÉLIX MARÍA ZUILUAGA. (1813-1898) Político, militar, conservador. Combatió la Revolución de Ayutla en 1854. Se adhirió al Plan de Tacubaya (Notas 20 y 84). Fue electo presidente interino de la República el 22 de enero de 1858. Entregó la presidencia a Miramón. Fue puesto fuera de la ley por el fusilamiento de Melchor Ocampo. Vivió en Cuba durante la Intervención Francesa. Nació en Álamo, Sonora; murió en la capital del país.
88. MANUEL PAYNO Y FLORES. Nació en 1810 y murió en 1894, en la Ciudad de México. Secretario de Mariano Arista (Nota 34) y amigo de Guillermo Prieto (Nota 55). Fue diplomático (1842). Estableció el servicio secreto y el de correos México-Veracruz, durante la ocupación norteamericana. Ministro de Hacienda del presidente Herrera (Nota 47) en 1850. Sufrió persecuciones durante la Intervención Francesa. Regresó a la diplomacia. Escribió novela costumbrista: "Los Bandidos de Río Frio" y fue además historiador. Prolífico escritor liberal y periodista puntual y combativo.
89. JUAN VIDOSOLA. Joven que consignó en un diario de noticias, eventos de los que fue testigo. Sus datos son de importancia, como fuente de consulta del periodo que abarca su crónica, especialmente lo sucedido en 1859. Murió a temprana edad. Fue

seminarista (su obra 1857-59). De esa época se pueden obtener datos testimoniales en *Recuerdos de mi vida*, del Dr. Francisco Estrada (padre de uno de los más destacados científicos potosinos). El diario se consignó en un volumen (31 x 25 cms.).

90. FLORENCIO CABRERA. Nació el 23 de Febrero de 1828, en San Luis Potosí, S.L.P., tercer hijo de don Francisco de Paula de Cabrera y de doña María de Jesús Lacavex. Casó con Manuela Otahegui; él 29 años, ella 18, un 26 de noviembre de 1857. Tuvieron siete hijos.
91. MIGUEL MIRAMÓN. Nació en la Ciudad de México en 1832; muere fusilado con Mejía y Maximiliano en el Cerro de las Campanas, Querétaro, en 1876. Militar; político conservador. Luchó contra los liberales en la Revolución de Ayutla. Asumió el mando del Ejército del Norte a la muerte de Osollo durante la Guerra de Reforma (Nota 85). Destituyó a Félix Zuloaga (Nota 87) y tiempo después sustituyó a Robles Pezuela, como presidente del país, versión conservadores (interino). Se unió a los franceses. Protestó contra el Tratado Mc Lane- Ocampo. Viajó a Europa y tiempo después apoyó a Maximiliano, sufriendo igual suerte que el emperador. Fue valeroso y honesto. La causa en juicio que se le siguió, le condenó por: "*delitos contra la independencia y seguridad de la Nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales*".
92. MANUEL DÍAZ DE BONILLA. Ideólogo conservador, político. Formó parte de quienes proponían la monarquía en México, así como de una Junta Superior de Gobierno, en 1863.
93. MANUEL LARRAÍNZA. Abogado. Nació y murió en San Cristóbal Las Casas, Chis. 1809-1884. Magistrado de la Suprema Corte, senador, escritor y diplomático. Conservador, apoyó a Miramón (Nota 91). Sirvió a la Intervención Francesa. Formó parte de la Junta de Notables. Escritor prolífico.
94. SEVERO DEL CASTILLO. Militar 1824-1872. Nace y muere en la Ciudad de México. Ministro de Miramón. (Nota 91). Conservador a ultranza. Fue escritor de una obra sobre la guerra de castas. Sirvió al imperio de Maximiliano.
95. JUAN ZUAZUA. Coronel. Tomó la plaza de San Luis Potosí causando estragos. Liberal federalista. Expulsó al obispo Pedro Barajas (Nota 104) y entre otros, persiguió al coronel don José Andrés Motilla Romero (Nota 32), por ser simpatizante de los conservadores. Fue gobernador y comandante militar de San Luis, del 8 de julio, al 13 de agosto de 1858. Nació en 1821 y murió en 1860. Fue vencido por Miramón, en Ahuatlulco de Pinos.
96. AGUSTÍN SOBERÓN. Consignó en un diario, testimonios personales y sucesidos en Matchuala, durante los años de 1858 a 1873.
97. DIARIO SOBERÓN. El testimonio de un matchualense de la época, don Agustín del mismo apellido. "*Diario de don Agustín Soberón. Matchuala de 1858 a 1893*" Dos tomos, publicado sólo el primero, que comprende del 3 de enero de 1858 al 31 de diciembre de 1861.

98. ANICETO RIVERA. Padre de doña Guadalupe Rivera. (Nota 100). Exitoso hombre de negocios.
99. TEODOCIA LÓPEZ. Esposa del anterior.
100. GUADALUPE RIVERA. Hija de don Aniceto Rivera y de Teodocia López. Dio un hijo, José Florencio (Nota 23), al coronel José Andrés Motilla Romero, (Nota 32), Casó después con el agiotista don Cástulo Camacho (Nota 107) y tuvo de él tres hijos, sacerdotes todos ellos. Fue dueña del actual edificio del arzobispado en las Calles de Madero y Díaz de León, en el centro de la capital potosina. Heredera de gran fortuna sumada a la de su marido, la hizo de las más ricas de su época. Murió de 63 años.
101. Este párrafo muestra la posición oficial de la Iglesia Mexicana.
102. LÁZARO DE LA GARZA Y BALLESTEROS. Nació en el Estado de Nuevo León, en 1785. Arzobispo de México (1850-1862) Lo fue de Sonora. Le tocó la Reforma. Condenó la Constitución de 1857. Juárez lo desterró a Cuba. Murió en Barcelona, España, en 1862; le sucedió D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.
103. CLEMENTE DE JESÚS MUNGUÍA. Obispo y arzobispo de Michoacán (N. 1810 M. 1868). Abogado litigante, académico, filósofo, literario y opositor político a las Leyes de Reforma. Fue juez, autor de libros. Miembro de la Academia de San Juan de Letrán. Rector del seminario de Michoacán (San Nicolás). Especialista erudito dejó obras filosóficas, pedagógicas, jurídicas teológicas, políticas y literarias. Murió en Italia. Se distinguió por haber combatido con valentía la reforma liberal. Se opuso a Maximiliano por considerarlo liberal en sus hechos y política. Salió del país en 1865 y murió en Roma.
104. PEDRO BARAJAS MORENO. Primer obispo de San Luis Potosí. Nació en Lagos de Moreno, Jal., un 23 de octubre de 1795 y murió en la Ciudad de San Luis Potosí, el 30 de diciembre de 1868. Su obispado comprendió de 1854 a 1868. Formó parte de la junta de notables para decidir la suerte del imperio de Maximiliano. Se opuso a la Constitución de 1857 y Benito Juárez lo desterró. Antes había sido expulsado de su cattedra. No apoyó a la Intervención Francesa.
105. JUAN BAZANT. *Los Bienes de la Iglesia en México 1856-1875*. El Colegio de México, primera reimpresión, 1984, apéndice 20 (lista alfabética de los compradores de los bienes eclesiásticos en San Luis Potosí, 1856-61, por \$1000 ó más cada uno), se nombran, entre otros, también a Juan V. Ballbontin, José Antonio Barragán, José María y Miguel Aranda, Justo y Rito Flores, Luperío Levya y otros. Se trataba de mineros, comerciantes, funcionarios, hacendados, abogados, regidores, etc.
106. EL MENSAJE A LOS HIJOS CATÓLICOS ERA DIRECTO. Protesta contra el decreto de 25 de junio de 1856 de D. Clemente Jesús Munguía (Nota 103) y su muy Ilustre Venerable Cabildo (sobre la enajenación forzosa de fincas pertenecientes a las comunidades eclesiásticas). Estas protestas provocaron el decreto de parates de sus diócesis (Circular del Ministerio de Gobernación, del 6 de septiembre de 1856).

107. CÁSTULO CAMACHO. Esposo de doña Guadalupe Rivera (Nota 100). De él, en su obra "Primer Centenario del Santuario del Señor San José" 1885-1985, el historiador potosino Rafael Montejano y Aguiñaga dice, p. 32: *Potosino, comerciante y constructor, apoderado de la casa Maza de Cañone, S.L.P., y factor de Larreche y Cía... Don Cástulo y doña Guadalupe procuraron a José, Juan, Luis y Jesús... (los que) llegaron al sacerdocio. Falleció de 55 años, el 19 de julio de 1886, a poco más de un año de haber construido el Templo (de San José); aunque no alcanzó a terminar la torre.* Era agiotista. Está enterrado en la cripta del templo indicado.
108. EL CORONEL JOSÉ ANDRÉS MÓTILLA ROMERO, manifestó en su relación militar el párrafo citado (ver nota 32).
109. LA IGLESIA DE SAN JOSÉ. Tuvo por constructor a don Cástulo Camacho (Nota 107) (cfr. Rafael Montejano y Aguiñaga "1885-1985 Primer Centenario del Santuario del Señor San José". San Luis Potosí, S.L.P., Ob. Cit.).
110. SE REFIERE AL OBISPO MONTES DE OCA, Cuarto de San Luis Potosí (Ipandro Acaico), quien nació en Guanajuato, el 26 de junio de 1840 y murió en New York, cuando regresaba a México de su destierro, el 18 de agosto de 1921. De posibilidades económicas, fue mandado a estudiar a Inglaterra. Más tarde estudió en la Pontificia Academia de Nobles Eclesiásticos, así como en la Universidad Gregoriana. Polígloto, traductor de los poetas bucólicos griegos. Fue Camarero Secreto Supernumerario del Papa y capellán de los ejércitos pontificios. Se había ordenado sacerdote en 1863. Fue capellán de honor de Maximiliano, emperador de México. Fue nombrado obispo de Victoria, Tamps.; fundó un seminario en su primer diócesis. Fue noveno obispo de Monterrey y en 1884, de San Luis Potosí, su cuarto obispo. Fue arzobispo titular de Cesarea del Ponto (7 de mayo 1921). Fueron trasladados sus restos a la cripta que en la Catedral potosina, el mismo se construyó.
111. LOS ANTECESORES DEL OBISPO MONTES DE OCA fueron: don Pedro Barajas Moreno; (Nota 104) don Manuel del Conde y Blanco (Nota 45) y don Nicanor Corona Elizarrás.
112. LA CAJA DE AGUA O CONSERVERA. Fue junto con la Caja del Agua del Santuario de Guadalupe, obra de don José María Guerrero y Soloache, según lo ha podido comprobar el historiador potosino don Alejandro Espinosa Pitman (cfr. *Las Cajas del Agua*. Letras Potosinas. San Luis Potosí, S.L.P., México, 1985), y no como se atribuyó a otros (Juan N. Sarabia, Francisco E. Tresguerras). La Conservera o Caja del Agua de la Merced, se ha convertido en quizás el símbolo de la capital potosina. Cuando ocurrió el asesinato de don Julián de los Reyes, el Paseo de Guadalupe existía, pero aún no se habían realizado las obras de remodelación, consistentes en la pavimentación de la calzada, lo que se dio de agosto de 1854 a mayo de 1855, por disposición del general Parrodi (Nota 86), entonces gobernador y comandante del Departamento (actual estado de San Luis Potosí). Don Pilar Bustamante (Nota 19) dirigió los trabajos.
113. PASCUAL MARÍA HERNÁNDEZ. Nació en Santa María del Río, S.L.P., en 1840. Murió en 1878, en septiembre, en New Orleans, Estados Unidos. Fue abogado, periodista y de fácil palabra, destacando por su capacidad literaria.

Fue gobernador de su Estado, primero sustituto en 1873, y constitucional del 21 de junio de 1874, al 20 de noviembre de 1876. En ambas ocasiones fue gobernador después del general Mariano Escobedo. Fue antes, diputado local. Por ser partidario de Lerdo de Tejada, al ser derribado este, tuvo que igualmente exiliarse. Fue hijo político de don Ramón Adame. (Nota 3).

 *Indice*

Arriba el telón	5
I. Río revuelto, ganancia de pescadores	10
II. El oriente potosino	19
III. Singular pareja	26
IV. Recuerdos de La Angostura	29
V. Los Regidores	37
VI. Regionalismo y política	42
VII. Mitad del siglo	46
VIII. Las caras de la moneda	52
IX. Buscando el respaldo	59
X. Don Ponciano acusa	65
XI. La tercera es la vencida	71
XII. Ayer asesinos, hoy protagonistas políticos	77
XIII. La joven viuda	80

XIV. Quien a hierro mata...	83
XV. Se abaten columnas	89
XVI. Cambio de vida	93
XVII. Los remordimientos	96
XVIII. Un coronel sin ejército	101
XIX. Epílogo	103

*Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Ing. Jaime Valle Méndez,
el libro Entonces lo matan...
(Del asesinato del gobernador potosino,
don Julián de los Reyes),
se terminó de imprimir el 14 de diciembre
de 2001 en los Talleres Gráficos de la
Editorial Universitaria Potosina.
La edición estuvo al cuidado de su autor y de
José de Jesús Rivera Espinosa.
Se imprimieron 1000 ejemplares.*

